

Luis Noriega

Héroes anónimos



RIALP

LUIS NORIEGA

HÉROES ANÓNIMOS

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

INTRODUCCIÓN

Batman, Superman, el Hombre Araña... personajes que desde que tenemos conciencia nos rodean. Los queremos y los admiramos. ¿Qué niño no ha querido volar a través del cielo como *Superman*? ¿Quién no siente esa satisfacción especial al ver cómo *Batman* vence a los enemigos de la *Ciudad Gótica*? E incluso... ¿quién no ha tenido una playera —o hasta un pijama— del *Hombre Araña*?

Todo hombre tiene inscrito en su corazón —por su propia naturaleza— el deseo de hacer el bien y vivir conforme a la verdad. A todos nos gusta lo bueno, lo bello, lo limpio, lo sano. El deseo del hombre por conseguir esa instauración del bien, mezclado con un toque de fantasía es la combinación perfecta para producir los héroes de nuestra época: personajes que en apariencia son iguales a los demás, pero que tienen algunas cualidades especiales que ponen en práctica para luchar contra el mal.

Podemos agrupar en tres las características del héroe moderno:

- 1) *Pasan ocultos*. Viven su vida como cualquier otro ciudadano. ¿Quién podría sospechar que Clark Kent es *Superman*? ¿O que detrás del antifaz del *Zorro* se esconde Don Alejandro de la Vega?
- 2) *No buscan nada a cambio*. Luchan desinteresadamente por el bien de los demás. Ni siquiera buscan su bien personal. Buscan el bien ajeno y son capaces de arriesgar su vida y hacer grandes sacrificios por conseguirlo.
- 3) Ponen en juego sus *talentos especiales* para conseguir el bien.

En las páginas siguientes encontrarás historias reales, de seres de carne y hueso — como tú y como yo—, a quien yo me he atrevido a llamar *héroes anónimos*. Y les llamo así porque cumplen a la perfección con todas las características anteriormente expuestas, con la salvedad de que los personajes que aquí encontrarás no tienen el *toque de fantasía*: son personas reales, que viven situaciones concretas en el tiempo y en el espacio.

Son *héroes que pasan ocultos*. Las anécdotas que verás aquí no salen en la prensa ni en la televisión, de hecho es muy probable que nunca las hayas escuchado. No son grandes sucesos aparatosos sino más bien cosas pequeñas y ordinarias que, como la gota que cae sobre la piedra, van dejando huella con el pasar del tiempo. A lo largo de estas páginas, he procurado cambiar los nombres y algunos datos en las anécdotas —sin modificar lo esencial de la historia— para respetar el sano pudor de sus verdaderos protagonistas.

Tampoco *buscan nada a cambio*. Nuestros *héroes anónimos* son personas que — desinteresadamente— se esfuerzan por conseguir la felicidad ajena, comprometiéndose

en ese afán de servir a los demás, y consiguiendo —de paso— la felicidad propia.

Los *héroes* de este libro también tienen *talentos especiales*. Evidentemente ninguno de ellos vuela, ni atraviesa las paredes, pero como tú y como yo, saben que han recibido algunos dones especiales —alguno la facilidad para la música, otro la capacidad para ejercitar un deporte, otro más la capacidad intelectual que tiene...—, y buscan sacarles partido para conseguir el bien de los demás.

A través de las anécdotas de este libro, nuestros *héroes* no se toparán con ningún villano como *Lex Luthor* o *El Acertijo*. Sin embargo sí lucharán contra otro tipo de enemigos, muy difundidos por desgracia en la actualidad, como lo son el *materialismo*, que da tanto valor a las cosas materiales que hace que nos olvidemos de las inmateriales —que son las que verdaderamente valen la pena—; el *relativismo*, donde ya no hay cosas buenas o malas por sí mismas, sino que la realidad se hace a la medida de cada uno: si a mí me parece bueno, entonces es bueno, si no, no; el *egoísmo*, que nos lleva a pensar que lo único importante en el mundo soy yo, y todo debe girar en torno a mí; o el *hedonismo*, que coloca el placer inmediato como bien último, por citar algunos de ellos.

En este libro, encontrarás algunos ejemplos de *héroes* que luchan por ser mejores, porque «*si tú y yo nos decidimos a portarnos bien, de momento ya habrá dos pillos menos en el mundo*».^[1] También veremos a *héroes* que —con su ejemplo o con su palabra— invitan a otros a mejorar. Otros más que luchan por recuperar la identidad cristiana de la sociedad, sabiendo que el mejor bien que se puede conseguir es estar cerca de Dios.

El propósito de estas páginas no es hacerte pasar un rato agradable, sino animarte a contribuir en esta maravillosa aventura de vivir para los demás.

Quiero dedicar este libro a los verdaderos protagonistas de estas historias, porque su ejemplo nos espolea para seguir luchando por ser mejores. Pero también quiero dedicarlo a los demás miles de *héroes anónimos* que pasan desapercibidos en su lucha cotidiana por hacer de este mundo un lugar tan maravilloso en el que vivir. ¡Ojalá y seas uno de ellos!

LUIS NORIEGA

México, D. F., 26 de junio de 2011

1. TRES IMPACTOS

ARTURO y MARGARITA
73 y 70 años

Arturo y Margarita acaban de cumplir 50 años de casados. En una ocasión, Arturo invitó a comer a su casa a Ricardo, un cliente joven con quien estaba haciendo unos negocios.

Quedaron previamente y, al llegar, salió a recibirlos Margarita. Fue aquí el primer impacto: a Ricardo le llamó poderosamente la atención la manera tan cariñosa en que ambos se saludaban.

—Ni que fueran novios —pensó Ricardo para sus adentros.

Ya en el recibidor, Margarita se disculpó porque la cocina demandaba su presencia. Entonces vino el segundo impacto: Arturo le dijo a su amigo en voz baja:

—¿Tú crees que siento algo cuando la saludo de esa manera? Sin embargo, sé que a ella le gusta.

Ricardo quedó sorprendido. El anfitrión pasó unos momentos al baño a lavarse las manos y Ricardo se dirigió a la cocina. Comenzó a charlar con Margarita, que le preguntó con desenfado:

—Ricardo, ¿te gusta la sopa de cebolla?

Este contestó que sí. Pero la naturalidad de Margarita le sacudió nuevamente:

—A mí se me parece tan simple..., pero es que a Arturo le encanta.

Entendí por qué llevan tanto tiempo tan felices.

2. EL EFECTO DOMINÓ

ANA y RAÚL
31 y 29 años, marido y mujer

Cada vez es más común que las parejas se casen a mayor edad. Y cada vez es menos frecuente que quieran tener hijos. Cuando Raúl y Ana anunciaron a sus respectivos conocidos que iban a casarse, las reacciones fueron muy variadas: unos abrían la boca sin emitir sonido alguno, otros levantaban las cejas... Y todos ellos exclamaban: *¿tan jóvenes? ¿Tan pronto?*

En realidad, a los veinticinco y veintisiete años, Raúl y Ana se consideraban ya más que maduros para dar ese paso, aunque cada vez sea menos corriente. De seguro, no eran ningunos niños, y además, sus respectivas familias los apoyaban. Unos meses más tarde, eran ellos los asombrados: y quienes antes se llevaban las manos a la cabeza, asustados ante semejante audacia, ahora se iban animando a imitarlos.

Fueron tantos los amigos que se casaron en esos meses que, en su jerga particular, ese año pasó a la historia como *el año de las bodas*. Raúl y Ana aprovecharon aquellas circunstancias para tener en su apartamento un breve curso de orientación familiar para una docena de parejas recién casadas o a punto de hacerlo.

Pocos meses después de la boda volvieron a desconcertar a todos: Ana estaba embarazada. Las reacciones no tardaron en llegar: *pero... ¿qué les pasa? ¿Y sus vacaciones? ¿Cuándo van a disfrutar de la vida?*

Contra todo pronóstico, pronto volvió a producirse el *efecto dominó*: varios de los nuevos matrimonios esperaban también a sus primogénitos. Raúl y Ana ignoran hasta qué punto influyó su ejemplo. Si el otro año había sido *el año de las bodas*, los dos siguientes bien podrían llamarse *los años de los niños*.

En medio de tantos acontecimientos, resultaba más fácil afianzar el trato con amigos a los que antes solo veían esporádicamente. Tenían mucho en común, muchas alegrías que compartir, y las conversaciones sobre la vida cristiana surgían espontáneamente. Esto le sucedió a Raúl con Marco, cuyo hijo nació poco más tarde que el suyo.

Cuando Raúl *junior* acababa de nacer, muchos amigos aparecerían por su casa para conocerlo. El bebé era un estupendo aliado: desde el principio era un niño despierto pero tranquilo, que solo buscaba alguien con quién reírse. Raúl intentaba disimular el orgullo de ser papá, pero más de uno comentó que *Raulito* contagiaba las ganas de tener niños.

También en el ámbito familiar la joven pareja sacó provecho a todas esas alegrías. Uno de los efectos fue la boda de un primo; luego, poco antes de la última Navidad,

nació un sobrino, hijo de otros parientes.

Mientras esperaban la llegada de *Raulito*, organizaron una serie de encuentros mensuales bajo el título: *La familia joven: entre la razón y el sentimiento*. Se trataron temas de ética familiar: desde la familia numerosa hasta la educación de los hijos, pasando por cuestiones tan útiles como el trato con los suegros. Asistió casi un centenar de personas a cada sesión.

Sondeando al público, pronto concluyeron que *no había que dar nada por supuesto*. Y antes de cada conferencia sugirieron amablemente a cada ponente que no se dirigiese al auditorio como si todos estuvieran de acuerdo en cuestiones como la indisolubilidad del matrimonio, la generosidad con los hijos, un estilo de vida cristiano... Los frutos fueron muchos, gracias a Dios.

Uno de los resultados tangibles del curso ha sido una *segunda tanda* de nacimientos, inaugurada entre los amigos por Miguel y su mujer.

3. ¿QUÉ TIENEN LOS HOMBRES EN LA CABEZA?

JORGE

52 años, peluquero

Jorge es peluquero, y es delgado y algo fibroso. Lleva 25 años trabajando en un pequeño local del centro de la ciudad: la peluquería «París».

—Llevo ya algunas horas con las tijeras entre las manos... pero claro, de algo hay que comer —señala.

Bajo su maquinilla eléctrica, Manuel pone literalmente la oreja en la conversación, y se decide a intervenir:

—Pues yo soy cliente de esta peluquería desde hace veinte años. Mi novia de entonces me dijo: vete al peluquero... Así que llegué aquí, Jorge me hizo un buen corte y cuando me vio mi novia me dijo: vuelve en un mes y repite el corte de pelo, que nos casamos. Y hasta hoy. Así que una vez al mes vengo a París... peluquería. Lo que es la vida: me casé con mi novia... y casi con Jorge... —dice con gracia— pues aunque cambié de barrio sigo con la misma mujer... y el mismo peluquero...

Jorge no se inmuta. Silencio. Se pone las gafas y recorta serenamente las patillas de Manuel. Con el rabillo del ojo desvía la atención al espejo. Un joven asiático abre la puerta del local. Son las 20.45 horas del viernes:

—Amigo, ¿le puede cortar el pelo a mi compañero?

Otro entra tras él en la peluquería. El primero de ellos, de una edad difícil de concretar entre los 18 y los 38 años, contempla el delantal azul del hombre que le mira. Insiste.

—Oiga, «jefe», sé que es tarde, pero mi amigo tiene el pelo muy lacio. Tardará poco.

—Claro hombre, no hay problema —anima Jorge con la mejor sonrisa—. Siéntese aquí, por favor. ¿Quiere usted el pelo corto o largo?

—Corto, corto. Lo siento, hablo poco español. No sé mucho hablar, aunque sí entiendo.

—¿Y cuánto tiempo llevas en México?

—Tres años.

—Yo también emigré...

—¿Ah sí? No lo parece.

—Nací en Guatemala —continuó Jorge—, pero dejé mi pueblo para buscar mejores opciones de trabajo. Estuve trabajando en peluquerías de distintas ciudades durante cinco años. Bueno, también en una fábrica.... Y durante unas vacaciones vine aquí, y me enamoré... El amor. ¡Qué te voy a contar! ¿Tienes novia?

—Sí, vive aquí. Trabaja en un restaurante.

—Ya, eso está bien. Pues ánimo, a ver si te casas.

—¿Casarme yo, ahora?

—Sí, hombre. Todos necesitamos estabilidad.

—¡Está complicado jefe! —interviene su compañero, levantando la vista del periódico—. A ver si dentro de unos centavos más...

—Bueno, en ese caso rezaré para que te vaya bien, si no te importa... —contesta Jorge.

—¡No me importa! Me gustaría casarme y tener hijos aquí. ¿Tiene usted hijos?

—Yo tengo un muchacho y dos niñas preciosas. Bueno el niño vale por dos... Quiero decir que es muy valioso, tiene Síndrome de Down...

—¿Y dónde está?

—En casa —continúa Jorge—, vendrá en un rato. Ya tiene 30 años... Recuerdo que al principio estuve tres o cuatro años preguntándole al de arriba ¿por qué yo? Hasta que lo entendí, y lo acepté. Hoy es el mejor regalo que me ha podido dar el del Cielo. Oye, no habla, pero tiene una mirada limpia que es la alegría de la casa. Cada vez que llego a mi casa acude corriendo a la puerta a darme un beso.

El cliente escucha. Sin comentarios. Son casi las 21,10 horas. El foco del techo cansa la vista. Los dos orientales se despiden cuando todavía hay luz y personas. En la peluquería París —como en otras muchas— los clientes y el personal cuentan sus vidas.

—Oye —dice Jorge al joven, antes de que se vaya—, el pelo te crecerá rápido... Vuelve cuando lo necesites. Los pelos, como los problemas, tampoco hay que dejarlos largos, pues la raíz quedará lejos de las puntas...

—¿Y qué me recomienda para arreglar ese problemilla?

—Pues venir con frecuencia es una buena forma de fortalecer el cabello. Es como si eres cristiano y vas a confesar...

—¿Cómo hace usted, don Jorge, para no tener problemas?

—¿Cómo que no tener problemas? Yo soy del mismo barro que toda la raza... Te contaré una historia que me ayudó a entender eso. Un cliente vino un día para «despedirse». Es decir, que tenía un fuerte problema económico, lo habían demandado y había decidido suicidarse. Pensé que yo podía ser él. Salí de la peluquería un segundo y me fui, agarrotado, a la cantina de la esquina. Tomé un trago y regresé con otro en un vaso. ¡Échese un trago, que le tengo que decir algo! El cliente, de otra ciudad, me miraba a través del espejo. Realmente yo no sabía qué decir. Recé algo breve y le dije serenamente: es usted... ¡un cobarde!, porque el problema se lo deja... a su familia. Usted me ve aquí, pero me gustaría estar en su situación, porque yo no tengo un duro, soy también un miserable que solo aspira a partir de cero y poder cambiar. Así que le espero aquí el mes que entra para la siguiente pelada, porque todavía queda la esperanza. Esa noche recé mucho por aquel hombre. Volvió al mes. Agradezco a Dios que me diera fuerzas para ayudarlo, pues yo estaba peor que él. Escuchar sus defectos me ayudó a reconocer los míos, y a pedir perdón a Dios.

—¿Y ahora qué tiene usted entre manos? —le preguntó otro cliente, en son de broma.

—La cabeza y las preocupaciones de los demás.

4. DONDE LOS DEMÁS HUYEN

FERNANDO
36 años, bombero

Siempre pensó Fernando, como tanta gente, que la actividad de los bomberos consistía básicamente en apagar incendios, hasta que finalizó sus estudios como técnico sanitario y quiso entrar en cuerpo de Bomberos de su ciudad. Esta profesión arriesgada tiene un encanto especial, que no consiste solo en ir por la calle a toda velocidad entre el estrépito de sirenas y destellos de luces y focos. Se trata de una lucha de solidaridad, muchas veces peligrosa, contra elementos y medios hostiles. *El bombero entra allí donde huyen todos los demás*, es una de las máximas que siempre tienen presente.

Desde el primer día comprobó que los incendios no son su principal fuente de trabajo. Realmente, son pocos en comparación con la gran cantidad de servicios que les reclaman los ciudadanos; desde un accidente de tráfico con múltiples víctimas, hasta pequeños —y no tan pequeños— apuros domésticos, atención de pacientes, salvamentos en catástrofes urbanas... Pero todas esas tareas revisten casi siempre una característica común: el contacto con el sufrimiento y el esfuerzo personal por aliviarlo en lo posible, o al menos, enfocarlo humana y técnicamente bien. Fernando dice esto porque, en las situaciones límite, el trato con los heridos graves requiere, junto a una gran profesionalidad, una cierta técnica para hacer de padre y de madre: de padre, como la persona que protege y transmite seguridad, y de madre, como quien lo cuida y le da cariño. Esto contribuye a que, con naturalidad y sencillez, también pueda ponerse al paciente o el accidentado ante las realidades sobrenaturales.

Son muchas las ocasiones en que una persona en estado grave ha aceptado la presencia de un sacerdote para recibir los sacramentos, o que con motivo de un sufrimiento, ha cambiado sus planteamientos, quizá exclusivamente humanos hasta entonces. El trato posterior con algunas familias también demuestra que la gracia de Dios se sirve de estos sucesos para purificar a las almas y ganárselas.

A Fernando le viene a la memoria el pariente de un compañero que atendió en una urgencia, cuando se encontraba ya al final de su vida. Enseguida empezó una comunicación de gran confianza. Fernando se dio cuenta de que quería que le ayudara a hablar con Dios —a bien morir—, y rezaron juntos.

—Me acordaré de ti —le dijo a Fernando cuando se despedían, refiriéndose a *desde el Cielo*.

Estaba muy contento y agradecido. Murió al día siguiente, después de recibir los

sacramentos.

O una persona a la que asistieron en un barrio humilde: con su familia se crearon unos lazos de amistad que les llevan a verse unas cuantas veces todos los años; unas, para dar algún consejo y otras, con motivo de celebraciones familiares.

Con los compañeros, Fernando habla con frecuencia de la necesidad de mejorar personalmente para poder ayudar a sus *clientes* en todos los sentidos. Los bomberos tienen fama de superar todos los obstáculos en su camino hacia el siniestro, y cuentan con algunas virtudes humanas, como la fortaleza, que facilitan que arraigue la gracia.

El jefe de Fernando es médico, y se fue acercando paso a paso a la práctica religiosa. Asistió a un curso de Teología y, desde entonces, entre los dos han ido profundizando en cuestiones de ética profesional, participando en congresos e impartiendo conferencias, charlas y clases a personal sanitario, bomberos y policías. Ahora trata de imprimir en sus subordinados un espíritu cristiano.

La vida en el cuartel de Bomberos es agradable por el ambiente que se respira: la esperanza de ver fuera de peligro a esa persona que ha sido atendida; el cariño dado y recibido en situaciones de sufrimiento; esos ratos de conversación amena entre salida y salida, donde brota con naturalidad la confianza y la posibilidad de intimar un poco más. Algunos de sus compañeros piden consejo a Fernando sobre temas que les preocupan; los hay que le abren de par en par las puertas de sus casas y así Fernando va conociendo a sus familias; a otros les presta libros sobre algún tema espiritual, les presenta a algún sacerdote, o simplemente les acompaña al médico. Todo contribuye a afianzar su amistad, a mejorar su trabajo y a que se vayan acercando más y más a Dios.

5. DE TAXI EN TAXI

GABRIEL
64 años, vendedor

Por motivos de su trabajo y de su poca destreza al volante, Gabriel tiene necesidad de tomar taxis con relativa frecuencia. Aunque todos los taxis son diferentes y los conductores también, Gabriel ha encontrado una cualidad en común en todos los *taxistas*: suelen tener un generoso espíritu de servicio, un carácter abierto y una especial disposición para charlar amigablemente con el pasajero que les inspira un mínimo de confianza.

Un tema recurrente en esas conversaciones es la vida familiar: número de hijos, educación... Algunos, en cuanto ven que se les escucha con interés, cuentan todo lo que llevan dentro a la espera de algún consejo.

—Pero, ¿usted está casado por la Iglesia? —pregunta Gabriel a veces.

—Todavía no. Estoy esperando un empujoncito... Mi mujer me dice lo mismo que usted, y creo que ya ha llegado el momento de regularizar la situación —respondió uno, con cierto remordimiento.

Otro, en cambio, que había abandonado la práctica religiosa, decía que bautizaría a sus hijos cuando fuesen mayores. Con el rumor del tráfico como testigo de la conversación, Gabriel intentó explicarle que debía darles lo mejor, no solo en lo material, sino también en lo espiritual, y que privarles de la gracia de Dios no tenía sentido. Su interlocutor quedó bastante convencido, y quedaron en que no esperarían mucho más.

En otra ocasión le tocó viajar con un taxista extranjero, joven, de aspecto bastante *moderno* —con *piercing* y pelo largo—, simpático y muy extrovertido. Llegaron fácilmente a hablar de Dios. Era creyente:

—Solo sé —dijo el joven— que Dios existe y que todos somos hijos suyos. Nada más.

—Y nada menos —apostilló Gabriel.

No les costó nada charlar sobre algunas consecuencias prácticas de la filiación divina. Pero la mayor sorpresa se produjo cuando Gabriel le ofreció la estampa de un santo:

—¡No puede ser! ¡Ese santo me está persiguiendo!

Resultó que unos días antes, otro pasajero le había dado una; cuando la empezó a leer se dio cuenta de que necesitaba cambiar de vida, y por eso no acabó su lectura. En este segundo *encuentro*, reconoció que debía ser más valiente, y estaba seguro de que aquel santo le ayudaría.

Un buen atasco de tráfico es la mejor oportunidad para hablar tranquilamente. Gabriel

recuerda cómo, en una ocasión así, un taxista comenzó a explicarle que las cosas había que hacerlas bien, y que si no, era mejor no hacerlas... Era chofer desde hacía treinta años y el taxi tenía más o menos la misma edad, pero lo cuidaba tanto que no lo aparentaba.

Según había subido a otro taxi, el conductor preguntó a Gabriel:

—¿Sabe usted latín?

Realmente, la pregunta era inesperada se mire como se mire.

—Sí, algo —respondió Gabriel, temiendo que preguntara dudas sobre declinaciones y casos.

El taxista pasó a explicarle su teoría sobre el origen de las lenguas. La verdad es que era algo estrambótica, pero gozaba habiendo encontrado a alguien que le escuchara. Su conclusión era que todas las lenguas derivaban del maya.

El taxista, que vibraba de emoción ante la falta de críticas contra su teoría, se despidió efusivamente. No cabía en sí de alegría.

6. BUENOS DÍAS, ESPERANZA

SARA
76 años

Sara y Raúl acaban de celebrar sus bodas de oro. Por eso Sara tiene la casa más bonita que nunca, con ramos de flores y regalos de sus hijos. Su hijo vive en una ciudad cercana y tiene dos hijos, de diecisiete y catorce años. Su hija vive en Estados Unidos y tiene dos niños, de trece y ocho años.

Es Sara quien cuenta su historia:

Durante la celebración, en la que comimos muy a gusto y lo pasamos muy bien, mi nieta María me estuvo preguntando por mi boda. Empecé a contarle que el abuelo y yo nos casamos el 12 de octubre de 1956, en *La Villa de Guadalupe*, junto a *la Patrona*, y fue muy emocionante. Y también fue muy divertido, porque cuando salía del Hotel y me dirigía hacia la Basílica, me avisaron que esperara un ratito, porque estaban poniéndole un montón de flores a la Virgen y colocando los gladiolos blancos sobre el altar, como habíamos pedido. Durante ese tiempo se me acercó un Obispo, muy solemne, con solideo y capa púrpura —vendría de alguna ceremonia, supongo— y me preguntó:

—Pero hija mía, ¿dónde vas vestida así?

Y yo le dije, con todo respeto:

—Pues, señor Obispo, es evidente: ¡me voy a casar!

En fin; les estuve contando los recuerdos habituales de las Bodas de Oro de cualquier matrimonio que tenga la alegría de celebrarlo.

Nuestras Bodas de Oro han sido, como diría yo..., algo especiales. Antes pensábamos que de mayores tendríamos los típicos achaques, la presión alta o cosas así. Ahora, algunos días, cuando me levanto y pienso en la enfermedad de Raúl, me inunda una sensación que me recuerda aquella canción de Edith Piaf: *Buenos días, tristeza*. Pero rectifico enseguida y le pido ayuda a Dios para identificarme con su Voluntad.

Raúl lleva enfermo desde hace más de diez años. El primer síntoma fue en la Navidad de 1996, cuando fuimos a visitar a mi hijo. A la vuelta venía conduciendo y se perdió en dos ocasiones. Yo me quedé extrañada, porque Raúl conocía la carretera como la palma de su mano. A partir de entonces empezó a tener dudas y distracciones. Bajaba, compraba el periódico y lo dejaba sobre la mesa, sin abrir...

— Sarita! —me decía—, algo me está pasando...

Un día, en la primavera del 1998, se puso a hacer la declaración de Hacienda, como todos los años. Trabajó toda su vida como auditor bancario y... ¡no sabía hacerla! Hasta

que dijo: «vamos al médico».

Era Alzheimer.

Desde entonces ha ido perdiendo progresivamente la memoria, y eso es muy duro, porque está... pero no está. Un día, durante una reunión, varios comentaban cómo mi marido va cambiando de expresión, de gesto, cómo va perdiendo la mirada...

—Quizá —les dije yo—. Pero sus ojos siguen siendo azules.

Yo procuro darle todo el cariño que puedo y no me tengo que esforzar, porque gracias a Dios hemos sido un matrimonio muy afortunado: nos hemos querido mucho y nos seguimos queriendo, aunque ahora él no pueda expresarlo. A veces, le acerco mi mejilla a sus labios, y aunque tarda en reaccionar, siempre me acaba dando un beso.

Hemos sido muy felices en nuestro matrimonio, aunque no nos han faltado penas. Se nos murió un hijo con diecinueve años. Pero hemos tenido siempre la fuerza y el consuelo de la fe.

Raúl siempre se preocupó por su formación espiritual. Ahora siento mucha alegría al recordar que nunca le puse dificultades cuando se iba unos días de retiro y yo me tenía que quedar en casa sola con los niños. Pero pensaba: «esto es bueno para él; y si es bueno para él, es también bueno para mí».

Luego, me fue ayudando a mejorar en mi propio trato con Dios. Cuando más tarde comencé yo a ir a cursos de retiro, él tampoco me puso ningún obstáculo: al contrario, me ha ayudado siempre. Gracias a esa formación espiritual, hemos recibido tantas orientaciones buenas para la educación de nuestros hijos, para nuestra relación humana y espiritual... y también hemos hecho muchos amigos.

Hay un sacerdote que viene a ver a Raúl con frecuencia, y aunque no se sabe hasta qué punto comprende, su presencia nos hace mucho bien a los dos. El otro día, para mi aniversario de boda, unas amigas me trajeron un enorme ramo de crisantemos, y me puse a llorar.

—Pero, Sara, ¿por qué lloras? —me preguntó una.

Le expliqué que también se llora de alegría, al ver esas delicadezas que da la amistad; esas muestras de cariño que son como si te envolvieran en una bufanda de cachemir...

Son delicadezas de madre: yo perdí la mía a los tres años, y me criaron dos tías que han sido como madres para mí. Murieron las dos con más de cien años y me estuvieron ayudando y confortando, por teléfono, hasta el último momento. A mí me daba muchísima pena no poder ir a verlas, a causa de mi situación, pero ellas me decían: «No te preocupes: ahora, tu primera obligación es cuidar de tu marido; y la segunda, cuidarte tú».

Por eso, siempre que acudo a alguna clase de formación cristiana, aunque me planteen metas muy exigentes, les doy las gracias. Cuando me preguntan por qué, como me gusta hablar claro, contesto: ¡porque me están ayudando!

Naturalmente, hay aspectos de la formación espiritual que me ha costado vivir, y cosas que no he comprendido a la primera. También le doy gracias a Dios por eso: he ido ganando en docilidad a la Voluntad de Dios, y Dios me ha ido preparando para esto...

Me han ayudado a ver el amor de Dios en estas circunstancias, a intentar encariñarme

con esta enfermedad; a sonreír y a estar contenta, aunque tenga mis sesiones de llantos, pero sin amargura, con sosiego, con paz. Es mi forma de ser fiel a Dios y de serle fiel a Raúl.

Pertenezco a una Asociación de Familiares con Alzheimer, y formo parte de un grupo de cuidadores de personas con esta enfermedad, que procuramos ayudarnos entre nosotros, porque nuestra situación es muy difícil y dura. La Asociación funciona muy bien: nos orientan, nos confortan, nos dan afecto y nos fijan metas; y contamos con las orientaciones de un psicólogo para el grupo que nos anima a cuidar de nosotros mismos, para transmitir al enfermo el propio bienestar; porque esta enfermedad tiende a aislarte de los demás y las amistades vienen menos a verte, quizá como autodefensa: es tan triste contemplar a una persona que se va apagando lentamente...

Yo a Raúl le hablo mucho, aunque no me pueda contestar y no sepa si me comprende del todo. Y siempre, cuando regresa del centro de día, ayudado por otra persona, salgo a esperarle a la puerta de la calle, como cuando éramos novios.

Ahora, cuando pienso en aquellos años, me da mucha alegría haber tenido un noviazgo cristiano: se lo agradezco mucho a Dios. Me parece que en estos momentos gran parte de la juventud desconoce el verdadero amor. El otro día, cuando mi nieta María me preguntaba por mi boda, le conté algo personal, muy íntimo quizá, pero que refleja el modo de ser de Raúl. Lo cuento, por si puede hacer bien a alguna persona. La noche de bodas quisimos pasarla cerca de *La Villa*, en un hotel de finales del siglo XIX que tenía una habitación con una ventana desde la que se veía la Basílica. Y al acostarme, bajo la almohada, me encontré una carta. Era un detalle de delicadeza muy típico en él.

Habíamos sido novios durante cuatro años, y casi todo nuestro noviazgo fue por carta, porque él vivía en otra ciudad, y entonces ni las comunicaciones ni las posibilidades económicas eran las de ahora. Total: que nos habíamos visto relativamente poco, aunque durante cuatro años nos habíamos escrito todos los días: to-dos-los-dí-as. En esa carta, la primera de casado, me manifestaba todo el amor que me tenía, su alegría por haber recibido el sacramento del matrimonio, y su deseo de serme fiel durante toda la vida.

Hace unos años no hubiera contado estas cosas. Pero ahora las digo, porque hay jóvenes que lo reducen todo a pura biología: y eso no dura, no puede durar. Nosotros, gracias a Dios, teníamos clarísimo en aquellos momentos, por nuestra formación cristiana, que el matrimonio es un sacramento y un camino de santidad; que nos casábamos para siempre y con todas las consecuencias.

Recuerdo que hace años, Raúl tenía que viajar mucho a causa de su trabajo, y me contó que, después de hacer una auditoría, no recuerdo ahora en qué ciudad, había ido con el equipo de auditores a tomar una cerveza a un bar. Eran un grupo de solteros y casados. En el bar se encontraron con unas muchachas y empezaron a hablar. Unas muchachas normales. Todo normal. Al día siguiente volvieron al mismo bar, y al ver que estaban las mismas niñas, él se despidió.

—¿Por qué te vas? —le preguntaron.

—Porque tengo una mujer esperando en mi casa —les dijo.

Ya digo que no había pasado nada en especial: pero él decía que en esas circunstancias de soledad hay que ser especialmente cautos y saber alejarse a tiempo.

Recuerdo con qué cuidado preparaba las auditorías; quería hacerlas lo mejor posible, para ofrecérselas a Dios. Y siempre, antes de entregarlas, me pedía consejo sobre tal o cual expresión.

—¡Pero si yo no tengo ni idea de esas cosas! —le decía yo.

—Sí, pero las mujeres son más delicadas que los hombres —me explicaba—, y saben decir lo mismo de forma más amable. Yo quiero decir la verdad, pero sin herir a nadie. Anda, léete esta frase, a ver si se puede decir mejor.

¿Esto son tonterías? Pienso que no; es coherencia cristiana. ¿Y de dónde salía todo esto? Está claro: de lo que rezaba, de su fe..., que también vive en estos momentos, porque esta enfermedad es una ocasión más de acercarse a Dios.

Esto que voy a contar ahora sí que puede parecer una tontería: tengo un tazón en la cocina para la sal, y un día se me ocurrió escribir en él: «*la sal de la tierra*», que es una idea que me gusta mucho. ¡Pues Dios se sirve hasta de estas tonterías! El otro día mi nieta María entró en la cocina y me preguntó:

—Abuela, ¿y esto que significa?

Y antes que yo le contestara, su padre le explicó que eran unas palabras del Evangelio. Fue algo muy pequeño, pero yo descubrí que Dios se sirve de cualquier medio, por pequeño que parezca, para remover a los demás. Como esos pequeños detalles de cariño que son tan importantes.

7. MIL KILÓMETROS SEMANALES

HÉCTOR

29 años, asesor bancario

Héctor es Ingeniero Agrónomo y trabaja desde hace seis años en el Departamento de Créditos Agropecuarios de un banco. Fue destinado a un pueblo que tiene treinta mil habitantes y está ubicado al oeste de la capital del país.

Su área de trabajo es extensa y recorre en coche alrededor de mil kilómetros semanales. Además de tratar con productores agropecuarios, es frecuente que gente del campo, estudiantes y policías, le pidan que los lleve si va en la dirección que a ellos les conviene.

Héctor suele aprovechar los trayectos para hacer algunas prácticas cristianas de piedad. Cuando lleva a alguien se aprovecha de la ayuda de su acompañante para hacer un rato de lectura espiritual. El planteamiento es muy simple: *yo conduzco y tú lees*. Así surge la oportunidad de repasar con los ocasionales compañeros de viaje temas como la fe, la oración, la confesión...

En una de esas ocasiones, acompañaba a Héctor un muchacho. Le contó que venía de visitar a su novia y que se dirigía a otro pueblo por unos trámites. Por un comentario que hizo, Héctor comprendió que su acompañante estaba un poco desorientado en algunos temas. Mientras le aconsejaba cambiar de actitud, su acompañante lo escuchaba en silencio. Cuando llegaron al punto de destino, el acompañante pidió a Héctor su dirección. Poco tiempo después, Héctor recibió una carta en la que su antiguo compañero de viaje le contaba que ya había arreglado la situación de la que habían hablado e incluso le invitaba a su casa para conocer a su familia. Sus padres, sus cuatro hermanos y él llevaban mucho tiempo sin practicar la religión. Héctor pudo hacerse amigo del mayor, Oscar, de veintidós años, muy despierto y alegre, campeón de dominó de su pueblo y gran jugador de fútbol. Cada vez que Héctor pasaba por el pueblo de sus amigos entraba a saludarlos y a tomar una cerveza. Luego Héctor le prestó a Oscar unos libros que leyó con avidez, y pronto comenzaron a hablar sobre el trato con Dios y sobre cómo acercarse más a Él a través de unas prácticas de piedad. Con el tiempo, Óscar volvió a practicar su fe. Hoy estudia en el Seminario diocesano.

En otra ocasión, el pasajero se llamaba Adrián, un universitario que regresaba a pasar el fin de semana a su pueblo. Durante el trayecto hablaron de la práctica religiosa y de algunas dificultades para asistir a la Santa Misa dominical, pues vive en el campo. Enseguida encontraron la solución a su problema e intercambiaron direcciones de correo

electrónico. A partir de ese momento, cada vez que Héctor tiene que pasar la noche cerca de la ciudad donde estudia Adrián, suelen reunirse para tomar un café y charlar sobre temas varios. A esos encuentros periódicos se han agregado dos amigos de Adrián, buenos estudiantes, entre los que destaca Miguel, por sus preguntas incisivas y sus ganas de progresar en la fe.

Pero las ocasiones de conocer nuevos amigos no surgen únicamente en los caminos, sino también en las distintas ciudades o pueblos por donde pasa. En una ocasión, cuando salía de la parroquia después de haber rezado unos minutos, Héctor se fijó en dos muchachos que estaban en el templo. Le llamó la atención la piedad de los muchachos ante el Sagrario, junto con una genuflexión no muy bien hecha, mezclada con una precipitada Señal de la Cruz. Héctor les esperó a la salida del templo y los abordó para explicarles, con simpatía y buen humor, cómo debían manifestar externamente su fe ante el Sagrario. Ambos muchachos le agradecieron la observación. Tiempo después, en un día de fiesta, se acercaron a Héctor cuatro muchachos a quienes no reconoció, y uno, señalando a dos de ellos, le comentó sonriendo:

—Ahora estos también saludan bien al Señor en el Sagrario.

Héctor nunca pensó que un trabajo como el suyo le hubiese dado tantas oportunidades para hacer apostolado, y más particularmente entre gente joven.

8. SER POLICÍA

TOMÁS, RAMIRO y ESTEBAN
Oficiales de policía

Un buen número de agentes de policía asisten a pláticas de formación humana y cristiana. Con frecuencia, su trabajo se desarrolla en ambientes difíciles, alejados de la práctica cristiana. Ellos procuran influir positivamente allá donde van.

Tomás es un joven oficial de policía. En una ocasión, se jugó la vida para detener a un peligroso criminal... y lo consiguió. Ya en el ministerio público, mientras cumplimentaban los trámites burocráticos, Tomás le compró un donut. Más de uno manifestó su sorpresa:

—Podía haberte matado, ¡y tú le compras un bocadillo!

—El tipo tenía hambre... —fue toda su respuesta.

Tomás procura tratar a todos con el mayor respeto posible, también a las personas que detiene. Es una consecuencia de su visión cristiana de la vida:

—Muchos bajan la mirada ante esta gente, pero nadie sabe por lo que han pasado antes de encontrarse en su situación actual —comenta Tomás.

Él y su hermano Ramón asisten a las pláticas junto con otros colegas. En ocasiones se reúnen para ir a Misa y, después de desayunar, se dirigen a la Academia de Policía.

Esteban es jefe del programa de entrenamiento, y veterano del ejército. Una vez, mientras trabajaba como oficial de policía, se le acercó un muchacho buscando pelea. El chico le lanzó unos puñetazos y él se defendió. En medio del forcejeo, el joven sacó un cuchillo. Como profesional experimentado, Esteban logró reducirlo y detenerlo sin sufrir ningún daño. Al cabo de un tiempo, él mismo se presentó como testigo de la defensa. Comentó al abogado:

—El muchacho es joven. Estaba confuso y no sabía lo que hacía.

Pasaron los años. Un día, un hombre se le acercó por la calle y le dijo:

—Yo soy aquel muchacho del cuchillo. Ahora estoy trabajando y estudiando en una escuela. Un millón de gracias por lo que hizo por mí.

Este suceso es una pequeña muestra, porque Esteban tiene cientos de historias *de película*: le han disparado muchas veces, y más de una bala le ha pasado a pocos centímetros de la cabeza; en una ocasión, lo arrojaron desde la ventana de un apartamento de un segundo piso; también tiene en su haber varios rescates de personas en peligro: una de ellas, que se salvó de un edificio en llamas, le puso una denuncia por no haber salvado también a su mascota.

Los cursos de doctrina cristiana le han ayudado a Esteban a mantener una perspectiva cristiana de su trabajo en todas estas situaciones. Como Oficial Comandante, trata de asegurarse de que los nuevos oficiales encajen bien y se sientan a gusto en el trabajo. En una profesión como esta, en la que puede haber situaciones duras y desagradables, es importante poder apoyarse en los compañeros.

Tomás quiere lanzarse a escribir un libro sobre sus aventuras profesionales. En cada capítulo piensa describir una anécdota simpática, haciendo ver que ser policía también tiene su lado divertido. En la parte final, piensa dar una serie de consejos a los agentes. Entre ellos, la importancia de poner a Dios y a la familia siempre en primer lugar.

Ramiro es sargento e hijo de un oficial de policía. Dice que en su trabajo no hay un solo día en el que la naturaleza caída del hombre no se ponga en evidencia, y que la única forma de mantener su salud mental es vivir en serio la fe católica. Está muy agradecido por toda la formación que ha recibido. Él mismo lo dice:

—En este trabajo hay muchas variables que uno no puede controlar. Por eso, para mí son fundamentales las enseñanzas del Catecismo. El antídoto para tanto mal es buscar a Dios en todo. Y tratar de hacer una siembra abundante del bien.

9. EL MEJOR TRUCO DE MAGIA

JAVIER

28 años, cajero de un banco y mago aficionado

Javier trabaja en un banco. Es además un mago aficionado. ¿Su mejor truco?: convertir una simple afición en una ocasión de servicio a los demás, haciéndoles pasar un buen rato.

Un día, de pequeño, le hicieron un regalo maravilloso: una gran caja rectangular en rojo y negro, con una varita y una estrella reluciente en la tapa: un famoso Juego de Magia. Desde entonces le entusiasmó, y fue practicándola durante la niñez y la adolescencia. A través de un amigo, conoció una asociación de magia y aprendió nuevas técnicas.

Ahora trabaja como cajero en un banco. En su tiempo libre, es instructor de un club de tiempo libre para jóvenes. Está convencido de que el tiempo libre educa mucho y, si uno lo dedica a los demás, es incluso más divertido. Por eso enseña magia a los muchachos, y luego se los lleva a visitar a los niños de la zona de pediatría de un Hospital, para alegrarles y distraerles con sus trucos.

Javier cree en la magia, naturalmente: todos los magos saben que, con unos cordeles y unas bolas de espuma pueden, en esas visitas a los hospitales, hacer surgir de repente la ilusión en el alma de un niño enfermo o, por unos momentos, hacerle olvidar con sus trucos el dolor de su enfermedad... Para Javier ese es el verdadero poder de los magos: fabricar ilusión.

El truco que más les gusta a los niños es cuando traspasan una caja de cartón, con quince escobas, pero con el ayudante del mago dentro de la caja. ¿Cómo lo hacen?: ¡No hay truco! Es... ¡magia!

Javier piensa que a los niños hay que ofrecerles productos de calidad, en los que, a través de la diversión y la fantasía, vayan conociendo los grandes valores de la vida, mediante recursos divertidos y positivos. Lo piensa así porque a él también le ayudó. Sus papás, que eran pasteleros, enseñaron a todos sus hijos a desarrollar actividades y profesiones que intentaran transmitir alegría y belleza a los demás.

Javier disfruta mucho viendo las caras de asombro y los ¡Ooooooh! del público. Aunque, en ocasiones, cuando intenta fusionar dos o tres trucos en uno, las cosas no salen tan bien como él esperaría. Pero, como le enseñó un profesor de la escuela, en cualquier tipo de trabajo hay que empezar una y otra vez, con constancia.

Ahora está perfeccionando un truco en el que saca de un pañuelo un jugo de naranja, y

luego hace aparecer una botella de *Coca-cola*. Lo de la botella es lo más complicado del asunto, porque en su última actuación se empezó a desparramar el líquido en el momento más inoportuno. No hay que preocuparse: son gajes del oficio. Gajes de mago.

10. EN LA CÁRCEL

PATY

48 años, doctora

Paty se presenta así, dando sus datos por orden de importancia:

—Estoy felizmente casada, tengo seis hijos, y soy médico, especialista en prevención de riesgos laborales.

Trabajó muchos años como médico en un Centro de Readaptación Social. Durante esa época intervino en la negociación de las condiciones laborales del personal sanitario y tras esa experiencia se incorporó a una empresa de auditoría, hace seis años, especializándose en seguridad, higiene y ergonomía. Trabaja como responsable de salud laboral en el Gobierno del Estado.

Ser médico de una cárcel no es un trabajo fácil. En donde ella trabajó hay hombres y mujeres internos. Los hombres son más primarios, pero se gana su respeto; ven que está para ayudar, aunque no acceda a algunas demandas. En el departamento de mujeres, Paty trabajaba con las que estaban ingresadas en la sección de enfermería, y ahí es más parecido al trato hospitalario. Pudo profundizar en el trato y comprobar el fracaso de la educación que habían recibido. Para muchos es normal ir a prisión, porque ya están allí su papá, su mamá, algún hermano, un vecino del barrio o de su escuela...

A las mujeres embarazadas, muchas de ellas enfermas con Sida, Paty procuraba darles información real, de acuerdo con el ginecólogo. El Estado facilita la posibilidad de abortar en hospitales públicos en determinadas situaciones, y algunas decidían no tener el hijo, porque les decían:

— Tú tienes Sida, tu hijo va a tener Sida, no le hagas daño.

Paty les explicaba que con medicación y controlándose, ya no es cierto que todos los niños nazcan con Sida, y hay muchas posibilidades de que nazcan sanos.

—Y si no —les decía Paty— estamos aquí para ayudarte, para dar medicación, porque el Sida en la actualidad no significa una muerte segura.

A veces cambiaban de opinión.

En la cárcel sirve muchísimo el ejemplo de una vida coherente. Las noches de guardia son muy largas, uno tiene tiempo para hablar con los colegas y los funcionarios. Luego, cuando surge algún problema, lo visitan a uno, porque se dan cuenta de que tiene la suerte de tener fe, y piden oraciones o consejos, aunque no compartan las mismas opiniones.

Una vez, en una noche de guardia, fue a ver a Paty una trabajadora de la cárcel, y le

dijo:

—Vengo a darte las gracias porque acabo de tener mi tercer hijo, y te lo debo a ti.

Paty no sabía a qué se refería, hasta que le explicó:

—Tuve mi primer hijo con cesárea, y cuando iba a tener el segundo me dijeron que era otra cesárea. En el quirófano, el ginecólogo me dijo que tenía que ligarme las trompas porque no podía arriesgarme a más embarazos. Y en aquel momento me vino tu imagen durante una noche de guardia, en que me contaste que habías tenido cinco hijos con cesárea y que te encontrabas muy bien, y me negué a que me hicieran la ligadura. No te dije nada, pero gracias a esa decisión ahora he tenido mi tercer hijo, con cesárea, y estoy muy bien.

Paty se emocionó.

Aunque las cosas vayan mal, Paty intenta ver la parte buena, descubriendo la voluntad de Dios en los sucesos de cada día. Además, eso le ayuda a sentir su responsabilidad como cristiana, porque en su ambiente de trabajo hay mucha gente que no tiene fe. Esa idea le lleva a rectificar cuando se equivoca. Paty —como predicaba un santo de nuestro tiempo—, se esfuerza para que los demás puedan ver a Cristo en ella, tanto cuando acierta como cuando se equivoca, rectificando y pidiendo perdón. Es lo que más le estimula en el trabajo: que en todo lo que haga y diga, su modelo sea el mismo Cristo.

En el trato con las personas Paty procura entender, no culpabilizar. Eso es muy importante en una prisión. Hay que descubrir la dignidad de cada uno. Hace unos días estuvo en un centro tutelar para menores con delitos. Son jóvenes que empezaron a delinquir a la edad de trece años. Ahora tienen dieciséis o diecisiete. Hay que respetarlos como personas, con independencia del pasado que lleven a cuestas. Y todos ellos advierten y agradecen ese respeto.

Este tipo de personas necesita especialmente que uno cumpla sus promesas, porque han sufrido muchas promesas incumplidas en su vida. Encontrarse con una relación de mutuo respeto, donde yo cumplo y tú cumples, les enciende algo en alma. Eso no significa ser débil con ellos. Paty no les daba facilidades en cuanto a drogas, etcétera, y les decía claramente cuándo actuaban mal. Pero todos advertían que los respetaba y los valoraba.

Paty intentaba, lo mismo que con sus hijos: educar en positivo.

—¡Qué bien! ¡Llevas sin consumir una semana, vas a lograr rehabilitarte!

Ellos se quedan sorprendidos, porque nadie los había animado nunca de ese modo.

En su trabajo actual todos conocen bien sus convicciones. Ella no oculta nada: y durante los treinta minutos de descanso en que se van a tomar el café ella aprovecha para ir a Misa. Y cuando le toca estar en las mesas de negociación, procura que no haya fricciones, que cada uno pueda exponer su postura, que se respeten las intervenciones de los demás...

11. CUANTO ANTES, MEJOR

ARTURO

31 años, comerciante

La hija recién nacida de un amigo de Arturo se encontraba en un estado delicado de salud, por lo que Arturo le preguntó a su amigo cuándo la bautizarían.

—Tenemos que esperar, porque la madrina se encuentra de viaje —respondió el amigo.

Eso suponía retrasar un mes el bautizo. Arturo le dijo que le parecía una imprudencia y le sugirió buscar otra madrina para sustituir a la ausente.

—No, es mejor esperar para que pueda asistir a la celebración.

Días antes, el amigo había mostrado a Arturo su nuevo automóvil con mucha alegría, y este aprovechó para sacar el tema en la conversación:

—Y tu coche, ¿está ya asegurado? —le preguntó.

—¡Claro!, incluso unos días antes de sacarlo de la agencia —contestó con rotundidad.

—Pues es una pena que asegures antes un coche que el Cielo para tu hija...

Muy pocos días después la niña fue bautizada.

12. POR INSISTENCIA POPULAR

JAVIER

49 años, arquitecto

A lo largo del año 2003, Javier tuvo que ser internado tres veces en un hospital. La primera vez echó en falta una capilla, un Sagrario donde poder encontrar al Señor.

En su segunda estancia coincidió con Enrique, un médico que acababa de ser destinado allí. Este le sugirió redactar un escrito a la dirección del hospital. Javier lo hizo, elogiando —con justicia— la finura del trato que había recibido y las modernas instalaciones del recién estrenado hospital; pero también hizo notar la falta de una capilla con Sagrario.

Antes de salir del hospital, ayudado por dos sobrinos, recabaron más de quinientas firmas de pacientes que apoyaban la petición de Javier. Javier siguió encomendando el asunto al Señor.

Hace unos días acudió de nuevo al hospital para visitar a su hija, que le convirtió en abuelo por primera vez. A la gran alegría por su hija y su nieta, se unió otra: un letrado en tres idiomas indicaba el lugar donde se encontraba el oratorio.

Javier asistió a la Santa Misa en el hospital y al terminar, el sacerdote le aseguró con entusiasmo que la idea de instalar una capilla había surgido de la insistencia popular. Javier, emocionado, agradeció al Señor que por fin estuviera allí, acompañando a los enfermos de ese hospital.

13. 13 HIJOS Y 51 NIETOS

IGNACIO

81 años, comerciante

En estos días, Nacho prepara el bautizo de su nieto número cuarenta y ocho, y ya está anunciada la venida al mundo del cincuenta y uno[2]. Le gustaría fotografiarse con toda su familia, pero le aseguran que todos no cabrían. Cuando comenta cuántos son, suele escuchar a menudo la siguiente frase:

—Te has ganado el Cielo.

—No es tan fácil —contesta—. No se trata de llenar la tierra, sino de ayudarles a alcanzar la Gloria.

Su casa parece —con tanto relajo— una terminal de autobuses: unos llegan, otros se van, piden la cena, cuatro más a dormir, tres a comer...

Nacho y su mujer se casaron el 9 de enero de 1950. En diecinueve años vieron alegrarse su hogar con el nacimiento de trece criaturas. Nacho dice que, aunque muchas veces con algunos apuros, vinieron todos *con su torta bajo el brazo*, algunos lo hicieron *jcon todo y salsa!*: un milagro le parece el haberlos sacado adelante. Al llegar el cuarto, el médico les advirtió que no podían, o mejor, que no debían tener más. Lo mismo repitieron cuando llegó el undécimo...

Nacho ha tratado de educar a sus hijos a medida que él mismo buscaba formarse mejor para ser un buen papá. Sus hijos le recuerdan a menudo anécdotas de cómo aprendían y crecían en la fe, en la afectividad, en la reciedumbre, en la sinceridad, en la austeridad, en el uso del dinero... Por ejemplo, Nacho les hacía planes para que estuvieran ocupados; en algunas ocasiones, eran tanta la actividad que los hijos se escondían y comentaban con buen humor:

—Cuidado, que papá está organizando...

En esta vida, Nacho ha tenido que hacer de todo, además de trabajar en una tienda de alimentación-farmacia, para sacar la familia adelante: montó con unos amigos una imprenta, otra empresa para vender una máquina revolucionaria para el campo, compró al departamento de Obras Públicas del Estado unos terrenos desocupados para cultivar hortalizas... Y finalmente acabó, junto con otros, promoviendo un colegio.

Y ha habido de todo. Marcha al Cielo de seres queridos. Enfermedades. Operaciones. Dificultades varias. Incluso un incendio en casa. En fin, alegrías y penas... muchas alegrías porque las penas, con Dios, son menos.

En cierto momento, transmitió a un sacerdote su preocupación por uno de sus hijos, y

este le aconsejó:

—Reza y no te preocupes, porque al final todos serán buenos.

Estas palabras siguen siendo consuelo y esperanza.

En la actualidad, Nacho sigue con su trabajo en la tienda. Su trabajo le brinda la ocasión de ayudar a la gente transmitiéndoles ideas claras; hasta ha podido evitar que se perdiera la vida de más de un no nacido. Ahora colabora en la educación de sus nietos... y le queda aún mucho por hacer.

14. HAY QUE ENTRARLE...

MIGUEL

34 años, padre de familia

Miguel vive en una moderna urbanización que atrajo recientemente a un buen número de familias: un condominio cerrado, donde se han construido edificios amplios, rodeados de extensas zonas verdes. El ambiente es ideal para el correteo y los juegos de muchos niños, que se encuentran verdaderamente a sus anchas.

Como Miguel se dedica a la compra y venta de inmuebles, conoce prácticamente a casi todos los que viven en el condominio. Suele coincidir con ellos en el supermercado, en la farmacia, corriendo por las mañanas...

En una de esas ocasiones conoció a Roberto. Con un poco de conversación rápidamente afloró la amistad. Roberto, a su vez, fue presentando a Miguel en su grupo de amigos. Se reunían una vez por semana a jugar al dominó y a conversar entre ellos.

Durante una de esas reuniones, surgió en la conversación una preocupación común y que Pedro supo resumir en pocas palabras:

—Tenemos que hacer algo por nuestros hijos. No podemos dejar que les arrastre el ambiente.

Era necesario actuar. Entonces Miguel se entusiasmó con la idea de organizar un club para muchachos, comenzando con su hijo, los amigos de su hijo y los hijos de sus amigos del dominó.

Así comenzó una nueva aventura: organizar a casi treinta chiquillos, que cada martes lo miraban con ojos llenos de curiosidad y de entusiasmo. Al caer la tarde, se reunían y Miguel les hablaba de alegría, compañerismo, amistad y otras tantas virtudes. Si se pasaba de los veinte minutos, los ojos que le miraban eran entonces de angustia, porque se morían de ganas de empezar el partido de fútbol.

Jamás se había imaginado Miguel implicado en una actividad así. Se notaba que le faltaba experiencia, así que lo primero que hizo fue involucrar a los demás padres: Ramón, Julián y Jorge rompieron el hielo. Después Josué, que es periodista, se encargó del periódico del Club, y Oscar volvió a sus tiempos de infancia mientras organizaba un torneo de cometas.

Pasados los años, en una de las reuniones semanales de dominó, comenzaron a salir recuerdos de los inicios del Club. Todos a una coincidían en que había significado un esfuerzo muy grande, pero había valido la pena.

15. MIS CINCO HIJOS Y LA CUNA DEL NACIMIENTO

GABRIELA
30 años, ama de casa

Gabriela tiene 30 años, y se ocupa de la gestión de un website. Trabaja la mitad de la jornada y desde su casa gracias a Internet. Se casó hace seis años y gracias a Dios, su marido y ella ya tienen 5 niños, desde cinco años a dos meses de edad.

El Adviento en su familia es un tiempo sencillo y al mismo tiempo importante. Grandes y pequeños están cada vez más alegres porque se acerca la Navidad. El primer domingo de Adviento sacan la cuna del Niño y la preparan entre todos. Al final de la tarde, rezan un poquito todos los días: unos minutos con los niños, y luego más tiempo ella y su marido.

El Adviento sirve para preparar el corazón antes de que nazca el Señor. Por eso, cada uno intenta esforzarse por estar más pendiente de los demás. Gaby y su marido sugieren a los pequeños cómo ayudar a sus hermanos o a sus amigos. También ellos procuran tener más paciencia y llevar la alegría a la casa. A los niños, además, les cuentan muchas historias sobre María, José, Jesús, los pastores y el resto de figuras del Nacimiento.

La prioridad para todos es preparar bien el alma. Y para eso se necesita paz interior, alegría y generosidad. Sobre el aspecto material de la celebración, Gaby procura prepararlo antes de que comience el Adviento: los regalos, la decoración, etcétera. De esa forma, ya no tiene que preocuparse luego de eso y puede concentrarse en ayudar a los niños a darles el sentido que tienen. Como adultos, podemos preparar la Navidad concentrándonos en lo espiritual, ¡pero los niños no! Ellos necesitan ver la decoración, preparar la cuna, llenar la casa de estrellas... Por ejemplo, el 8 de diciembre —fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen—, organizan una pequeña fiesta, y los niños escriben una carta con sus deseos, etc.

Todos los años instalan una pequeña luz detrás de la cuna, para iluminar el establo donde dentro de unos días pondrán al Niño Jesús. Evidentemente, por razones de seguridad, todas las noches apagan esa luz. Bueno, pues cuando Gaby se levanta, aunque aún sea de noche, ¡lo primero que ve es la luz de la cuna encendida! Los niños se despiertan antes que ella, y silenciosamente encienden esa luz. Es un pequeño gesto, pero con eso ayudan a recordar a Gaby y a su marido qué es lo importante en el día que comienza.

A Gaby le gusta sentarse frente al Nacimiento y pensar en la maravilla de ser hija de Dios. Pese a sus defectos, debilidades y dificultades, Gaby se sabe hija de Dios. Ya solo

eso es una razón suficiente para estar siempre alegre. Y no con una alegría aparente, sino profunda. Alegre con una alegría que recupera cuando reza, cuando se confiesa, cuando comulga... Por eso, ahora que se acerca la Navidad, Gaby pide con más frecuencia al Señor que, cuando el día se complique, le ayude a recuperar la sonrisa y las ganas de pensar menos en sí misma y más en los demás. También está poniendo un poco más de empeño por hacer mejor su trabajo profesional y su trabajo como madre. Le ayuda mucho pensar —dice— en la Virgen, que vivía con el Señor, le servía y le ayudaba con humildad y sencillez.

16. EL EJEMPLO ARRASTRA

PEPE

55 años, empleado bancario

Todos los días a la misma hora, Pepe suele asistir a Misa a una iglesia frente a un kiosco de venta de periódicos.

—¿A dónde va usted siempre tan temprano? —le preguntó un día el kiosquero.

—Pues voy a Misa. Tengo la costumbre de asistir todos los días.

—¡Ah! Mire usted, mis padres y mis abuelos en el pueblo también iban todos los días, y en mi casa rezábamos el Rosario, pero desde que he venido a la capital...

—Las buenas costumbres hay que procurar conservarlas —dijo Pepe con una sonrisa.

A los pocos días, se encontraron de nuevo, y Pepe le saludó:

—Me alegro mucho de verle.

—¡Y yo también! —dijo el kiosquero, mientras entraba sonriente en el templo para asistir a Misa en un día laborable.

17. EL EJEMPLO DE UNA SONRISA

ADELA
84 años

A sus 84 años, Adela se considera en buen estado de salud, quizá solo exceptuando su ligera sordera en ambos oídos.

Un día, creyendo ver encendida la luz del confesionario, se encaminó allí como de costumbre. Al no haber otros penitentes, se arrodilló frente a la rejilla y se apresuró a decir:

— Ave María Purísima, sin pecado concebida.

Y procedió a confesar sus pecados.

En ciertos momentos se detenía dubitativa al notar que el confesor no le decía nada..., pero ella continuaba. Cuando terminó, se dispuso a escuchar los consejos del confesor pero... ¡no se oía nada!

—¡De verdad estoy bien sorda! —pensó para sus adentros.

Tras unos momentos de duda, salió preocupada del confesionario para encararse con el sacerdote y entonces se dio cuenta: ¡no había sacerdote en el confesionario! Dada la situación, le entró un ataque de risa por lo grotesco de la situación.

—¡Pues, nada! —pensó—. Tendré que volver mañana...

Y salió del templo, todavía riendo por la tontería que había hecho.

Al día siguiente, regresó con la intención explícita de cerciorarse de que realmente estuviera allí el confesor. Apenas había entrado cuando se le acercó una muchacha joven y le dijo:

— Señora, quiero agradecerle mucho su ejemplo de ayer.

Adela la miró, extrañada.

—Lo que pasa —prosiguió la muchacha— es que traía yo un problema muy grande y no sabía cómo resolverlo. Estaba muy triste y llevaba varios días sin dormir. Me sentía muy infeliz y no sabía cómo recuperar la alegría, hasta que alguien me sugirió que fuera a confesarme. Pero no me atrevía. Dudaba que pudiera ayudarme. Iba caminando por esta calle, vi el templo y entré. ¡Y lo primero que vi fue a usted saliendo con tanta felicidad del confesionario...!

18. MERCANCÍA DE EXPORTACIÓN

GUILLERMO
40 años, Empresario

Desde hace unos años, Guillermo dirige una empresa de papel y material de embalaje. Suele viajar con mucha frecuencia porque, cuando no asiste a las ferias del sector, negocia con proveedores extranjeros, participa en seminarios o visita clientes. En esos desplazamientos conoce a bastantes personas; con algunas, conserva luego el trato, pero con otras resulta difícil verse de nuevo. Por eso Guillermo procura hablarles cuanto antes de Dios, sobre todo si la conversación se prevé muy breve.

Normalmente lo bueno de una reunión de trabajo es la comida. Durante la sobremesa suele departir con su interlocutor sobre temas que trascienden el ámbito profesional. En esos momentos, Guillermo prefiere llevar la iniciativa y preguntar a su colega por su familia, pues resulta muy natural hablar luego de Dios. Guillermo lo comprobó hace unos años, cuando realizaba un curso de inglés en Londres. Sus compañeros procedían de varios países. Guillermo aprovechaba las comidas para hablar cada día con uno. Conversando en un inglés algo elemental, entabló amistad con Klaus, de origen austríaco. Cuando sacó el tema de la práctica religiosa, Klaus le contestó que tenía poca formación. Se le veía con ganas de aprender, así que Guillermo le propuso hacer varias excursiones juntos en las que repasar mientras tanto algunas verdades de la fe. Ahora se escriben habitualmente, e incluso Klaus viajó en una ocasión para visitarle.

Rumbo a Londres le sucedió otra anécdota similar. Al registrar el equipaje en el aeropuerto, Guillermo vio a una persona de su edad en la fila. Por alguna extraña razón, pensó que quizá esa persona asistiría a la misma exposición comercial, y se acercó a saludarle. La perplejidad del individuo le hizo caer en la cuenta de su error: se había equivocado. Sin embargo, aquel pasajero tenía su asiento contiguo en el avión, con lo que reanudaron la conversación durante el vuelo. Le dijo que era católico, pero que no practicaba desde hacía tiempo. Guillermo le animó a frecuentar los sacramentos y le dio su dirección en Londres. Al cabo de unos días, su amigo le visitó y pasearon con calma por la ciudad. Desde entonces se ven con frecuencia.

En la agencia de viajes saben que Guillermo prefiere los hoteles que estén cerca de una iglesia católica, para poder asistir a Misa diariamente. Cuando no es posible, Guillermo pregunta en cuanto llega por la parroquia más cercana. En Graz entró en una bonita iglesia barroca. No vio los horarios de las Misas, ni al párroco, pero había un universitario rezando piadosamente ante una imagen de Nuestra Señora. Guillermo

esperó a que terminara y le preguntó a qué hora habría Misa al día siguiente. Enseguida hablaron de sus estudios...

Hace algunos años le invitaron, junto con otros empresarios, a visitar una fábrica de papel en Helsinki. Guillermo se levantaba temprano, iba a Misa y regresaba para desayunar en el hotel. La primera mañana, sus colegas le preguntaron de dónde venía a esas horas. Ya durante ese primer desayuno, habló con varios sobre la piedad eucarística. Dos años después, volvieron a Helsinki. En el avión pudo coincidir con otro empresario del grupo al que no conocía. Comenzaron a charlar y, cuando salió el tema de Dios, el empresario le preguntó si era él quien iba a Misa todos los días de madrugada. Guillermo sonrió pensando en lo que él entendía por madrugada, y siguieron conversando sobre la importancia de los Sacramentos.

Pero Guillermo no siempre está de viaje; también charla de Dios con los empleados de la empresa. En octubre se casó uno de los vendedores. Una semana antes de la boda, el vendedor invitó a comer a Guillermo. Aprovechando la ocasión, este le preguntó cómo se había preparado interiormente para ese gran paso y le habló de la conveniencia de estar en gracia de Dios. El vendedor comprendió y aceptó un folleto para preparar la confesión.

19. CAPÍTULOS Y DIBUJOS

LUIS
67 años, psicólogo

Después de treinta años trabajando en el servicio psicopedagógico, Luis recibió su jubilación oficial, con lo que comenzó a pensar en otro trabajo. Así, si la famosa crisis de la jubilación, de la que tanto se habla, tocaba a su puerta, no le encontraría disponible.

Como era de esperar, tenía mucho más tiempo libre para dedicar a sus amigos, pero a la vez, temía que el alejamiento del ámbito laboral hiciese más difícil el contacto. Estando en esas, le vinieron a la cabeza dos aficiones que había cultivado a lo largo de toda su vida, desde la más tierna infancia: escribir y dibujar. La idea se abría camino con fuerza: solo faltaba encontrar algo que decir y dibujar, y un público al que dirigirse.

Material, le sobraba. Tras treinta años de encuentros y conversaciones con centenares de niños en el servicio psicopedagógico, tenía un archivo imaginario repleto con los recuerdos de sus vivencias, problemas escolares, familiares y personales. ¿Y el público?: no podía ser otro: ¡ellos mismos! Así quedó perfilado lo que deseaba que fuese su nuevo trabajo: escribir y dibujar para niños y jóvenes.

En el esbozo del primer libro predominaban las ilustraciones. Luis se dirigió a un editor para ver si le interesaba. El tema y los dibujos —monstruos con los que la imaginación infantil se angustia y lucha— causaron alguna perplejidad pero, tras regatear un poco, firmaron un contrato.

El libro tuvo buena acogida y eso animó a Luis a escribir un segundo libro. Esta vez se trataba de una narración más larga, sin apenas dibujos. El punto de arranque fue una de las muchas experiencias de su vida profesional: un grupo de muchachos, que se escapaban de clase buscando refugio en el despacho de Luis. La historia, desfigurada y desarrollada, se convirtió en una aventura metafórica de la libertad.

Luis pensaba que a los más pequeños les interesarían solamente las peripecias de los protagonistas, mientras que los mayores captarían la significación más profunda. Sin embargo, en sucesivos *encuentros con el autor* Luis se fue dando cuenta de que eran precisamente los pequeños quienes captaban con más viveza el verdadero tema de la narración, aunque no siempre hallaran las palabras adecuadas para expresarse. Por ejemplo, un niño de trece años concluía así la reseña del libro: *los principales protagonistas de la novela son la amistad y la libertad*. En una entrevista, ese mismo niño le preguntó, entre otras cosas:

—Los chicos ahora parecen todos iguales y no aspiran a nada: no buscan nada. Los de

la novela son únicos, son distintos unos de otros. Tienen en común la búsqueda del sentido de las cosas. En su opinión, ¿cómo somos nosotros: como los primeros o como los suyos?

La producción superó la frontera de la mera relación lector-libro para convertirse en un encuentro directo entre el autor y el lector. Cuando esta primera narración fue seleccionada con otras cinco para participar en un concurso nacional de literatura juvenil, Luis tuvo que viajar a la ciudad en donde se otorgaba el premio y asistir, junto con sus colegas escritores, a la votación realizada por un jurado de niños y niñas de once años de edad. El fallo tenía lugar en una sala tan llena de niños que no cabía ni un alfiler. Para sorpresa de Luis, rodeado de escritores con más nombre y experiencia, su novela resultó la ganadora. A la ceremonia de votación siguió una cena de gala en la que le tocó sentarse con los siete miembros del jurado y responder a sus preguntas sobre cómo se llega a ser escritor, sobre los personajes, los significados de las aventuras y sus experiencias en la vida, al margen de los libros. Luis vio aquí con claridad que los niños penetran en la narración y saben buscar el sentido de las cosas.

Desde entonces, ese tipo de entrevistas se ha repetido frecuentemente en las clases de varias escuelas de primaria y secundaria. Eso le ha permitido conocer e iniciar una amistad con directores y maestros, que ven en estas actividades un buen incentivo para la lectura. Lógicamente, en las conversaciones resulta fácil expresar con naturalidad alguna idea orientadora, o un pensamiento que dé a sus vidas un sentido más cristiano.

Luis guarda un recuerdo muy particular de la presentación ante los reclusos de un tutelar de menores. Fueron un par de horas de estupenda conversación.

A veces surgen ocasiones imprevistas de tratar a la gente. Un día, por ejemplo, recibió una invitación a cenar procedente de una familia con cuatro hijos comprendidos entre los catorce y los veinte años. La mamá suele hacer recensiones de libros juveniles. El papá es un conocido médico de quien Luis se hizo luego buen amigo. La mamá animó a Luis a seguir escribiendo, y a sembrar con naturalidad las semillas de una devoción infantil sólida, para que pueda llegar a muchos niños que no la reciben por ninguna parte.

A Luis le hace mucha ilusión escribir pensando en ese gran número de personas que, de un modo u otro, son ya sus amigos. Los siente muy cercanos, y sabe que, además de un momento de diversión, esperan algún estímulo, alguna respuesta a preguntas muy personales e incluso, aunque ni siquiera se den cuenta, la oración de Luis por ellos hecha capítulos y dibujos.

20. LOS CAMINOS DE LA MÚSICA

ALEJANDRO

28 años, músico de grupo

Alejandro compagina su trabajo en una fábrica con el de pianista de varios grupos musicales. En ese tipo de actividad se suele viajar constantemente, pues, a partir de los meses de abril y mayo comienzan las ferias de los pueblos cercanos. Así transcurre la vida de Alex y la de sus compañeros durante esos meses, entre ensayos, pruebas de sonido antes de cada concierto y largos desplazamientos.

Este año, Alex está trabajando en un grupo musical con mucho éxito. Les llaman de todas partes. Hasta tal punto, que los numerosos compromisos les han obligado a reservar todos los fines de semana de los meses próximos.

Entre los integrantes se encuentra Ramón, que toca la guitarra y es compositor. Ángel es el percusionista y Manuel el bajista. Cuando Alex comenzó a tratarlos, se dio cuenta de que había mucho por hacer: era una oportunidad inmejorable de acercarlos más a Dios a través de la amistad.

Durante los trayectos hacia los pueblos donde actúan, Alex procura aprovechar bien el tiempo para hacer algunas prácticas de piedad. Muchas veces es el momento que utiliza para hacer un rato de lectura espiritual. Al terminar, es inevitable que le formulen preguntas sobre el libro que acaba de dejar o acerca de algunos temas doctrinales. Ángel, que se declara agnóstico, no puso ninguna objeción a comentar con Alex algunos pasajes del Evangelio. Juntos, intentan sacar las conclusiones prácticas que tienen para la propia vida. Manuel, por su parte, no estaba muy convencido de la importancia de bautizar a su hijo de cinco años: Alex dedicó varios viajes a hablar sobre el tema y, poco después, su amigo decidió que se le administrara al pequeño ese Sacramento.

Después de terminar las pruebas de sonido en uno de los lugares donde los habían contratado, se fueron a cenar todos juntos. Durante la sobremesa hicieron a Alex varias preguntas sobre la religión católica, por lo que les propuso empezar unas charlas de formación cristiana. Respondieron afirmativamente.

Uno de los últimos fines de semana se les complicó bastante porque se habían comprometido a tocar en un pueblo y al día siguiente en otro. Debían recorrer en pocas horas casi mil kilómetros de carretera. Antes de salir, Alex preparó una charla sobre la existencia de Dios y la necesidad de tratarle; tenía pensado impartirla por el camino. Cuando comenzó la sesión observó que sus amigos estaban muy atentos y no perdían palabra alguna. Al terminar, quedó un poco de tiempo para tener una conversación

personal con cada uno y ver si habían entendido todo. A Manuel le dio además un folleto con las principales oraciones del cristiano. Después de leer las preguntas que sugiere el libro para hacer el examen de conciencia, quiso saber más sobre el Sacramento de la Penitencia y tuvieron una conversación muy interesante.

Una semana más tarde actuaron en otro pueblo. Para esa gira, Alex invitó a su novia y Manuel a su mujer y a su hijo. Después de preparar los instrumentos para el concierto, dieron un paseo por el pueblo y fue entonces cuando Manuel le pidió que le presentara a un sacerdote: su mujer y él habían decidido casarse por la Iglesia. ¡La misma intención por la que Alex llevaba tiempo rezando!

21. SOBRE LA ARCILLA

CARLOS
61 años, abogado

Desde muy joven, Carlos es un apasionado del tenis, deporte que practica y le ha permitido conocer a mucha gente y hacer buenas amistades. Es socio de un club, donde se reúne algún día entre semana con un creciente grupo de amigos para jugar al tenis y luego comer, aprovechando el receso de mediodía en el trabajo.

Paco, un excelente amigo, es el de mayor edad en el grupo. En una ocasión Carlos le sugirió rezar el Ángelus antes de iniciar el partido y este aceptó con gusto. Ahora ya es una costumbre.

Con otro buen jugador las cosas fueron más rápido. Un día Carlos le preguntó directamente qué pensaba sobre la Confesión. Le contestó que su confesor había fallecido, y Carlos aprovechó para darle los datos de un sacerdote amigo suyo. Su amigo acudió sin demoras e incluso al poco tiempo asistió a un curso de retiro.

Otro amigo es Víctor, empresario. Carlos se decidió a retarle con más frecuencia en el campo de tenis y a procurar ganarle, pues le parecía que eso le daría un cierto ascendiente. En la medida en que la amistad se iba afianzando, Víctor fue cambiando poco a poco su modo de ser, algo circunspecto. En una ocasión le confió que tenía un hijo con ciertas dudas sobre su vocación profesional y no sabía cómo ayudarle. Carlos le aconsejó lo mejor que pudo, y su amigo quedó muy agradecido.

También Alberto se ha transformado a través del tenis. Comerciante de origen hebreo, tiene una buena base de virtudes humanas, entre ellas la capacidad para hacer amigos. Alberto se acercaba al grupo de Carlos y mostraba gran interés cuando salía algún tema espiritual en la conversación. Comenzó a hablar más con Carlos, quien le propuso empezar a tratar más a Dios.

En los últimos meses, la cosa ha ido a más. Después de valorar el interés mostrado por varios, Carlos se decidió a dar una clase de formación en su casa para quienes desearan asistir. Con el paso del tiempo son varios ya los que han decidido mejorar en su vida, ¡y todo gracias a unos partidos de tenis!

22. ¿QUÉ PENSARÁ DIOS DE MI SOPA?

GUILLERMO
56 años, cocinero

Hace poco tiempo, Guillermo recuperó la práctica religiosa, que había abandonado. Buscando alguna ayuda, leyó una pregunta del Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica que lo dejó pasmado: «¿Cuál es la vocación de los fieles laicos? Los fieles laicos tienen como vocación propia la de buscar el Reino de Dios, iluminando y ordenando las realidades temporales según Dios. Responden así a la llamada a la santidad y al apostolado, que se dirige a todos los bautizados»^[3]. Le llamó la atención que se subrayara tanto el valor del trabajo como camino al Cielo. Guillermo ya había meditado alguna vez sobre qué pensaría Dios cuando él hacía bien su trabajo, así que decidió partir del trabajo en su nueva búsqueda de Dios.

Al ser laico —Guillermo es cocinero y padre de familia—, aquel punto del Compendio le vino como un traje a la medida. Siguió estudiando esa idea y la comentó con el párroco de la Iglesia, y así ha encontrado buena doctrina e ideas sencillas y prácticas para vivir el cristianismo en su vida familiar y profesional.

Este deseo de formarse le ha ido ayudando a comprender y vivir mejor su fe en las cosas de cada día. Por ejemplo, en los retiros mensuales que organiza su parroquia, Guillermo aprovecha esas pocas horas de recogimiento para buscar en qué momentos de su jornada laboral puede hacer más presente a Dios.

Esta mejora repercute no solo en él sino en las personas de su alrededor, por ejemplo, en sus hijos. Tras pensar en su oración sobre cómo ayudarles, Guillermo llegó a la conclusión de que podría dedicarles más tiempo: procura acompañarles —en la medida de lo posible— mientras realizan sus deberes escolares, aunque implique cancelar alguna vez una partida de póquer con sus amigos.

Ha ido descubriendo que Dios no le está esperando en grandes acontecimientos, sino en las acciones cotidianas. ¡Pero responder como Él desea no es tan fácil como parece! Correr 100 metros a todo ritmo puede ser sencillo, pero no lo es tanto aguantar un largo maratón.

El trabajo es uno de los mejores lugares para un cristiano. Guillermo se empeña por llegar al fondo de las cosas, poniendo la última piedra que a veces tanto esfuerzo cuesta. Y no solamente para lograr la satisfacción por el trabajo bien hecho, sino también porque sabe que así presta un servicio mejor a los demás. La formación le ha ayudado también a juzgar con otros ojos el trabajo de los demás: Guillermo procura tener en cuenta que

cada uno tiene sus dificultades y a veces es precipitado dejarse llevar por las apariencias. En cambio, con los jefes, Guillermo intenta aceptar con serenidad su autoridad, relativizando las cosas molestas.

A pesar de su gran giro espiritual, Guillermo piensa que no ha cambiado mucho. Como él mismo dice *¡no se puede convertir un burro en un caballo de carreras de la noche a la mañana!* Pero sí nota que enfoca más su vida como servicio: servir con su profesión, con su vida como papá, como marido, etcétera. Y ha descubierto que la felicidad es así más duradera, más profunda.

23. TRAS UN DESASTRE PROFESIONAL

MANUEL

52 años, comerciante textil

Allá por el año 1987 Manuel abandonó su labor profesional en el sector textil, al que había dedicado cerca de cuatro lustros. Los últimos años habían sido críticos en lo económico, pero fructíferos en otros aspectos. Había llegado a ocupar un cargo relevante en unos grandes almacenes de venta al por mayor, con responsabilidad sobre bastantes empleados. Luego pensó en independizarse, pero el proyecto no llegó a buen puerto: había elegido el peor momento para echarlo a andar, porque el ramo atravesaba una de sus peores crisis.

Sin embargo, como dice el refrán, no hay mal que por bien no venga. A raíz de esa crisis profesional, se le ocurrió escribir un par de artículos con sabor un tanto nostálgico por el trabajo que había dejado. El tema de fondo era la vieja idea de que en la vida se puede caminar por muchos atajos y vericuetos pero que, en definitiva, solo vale la pena alcanzar una meta si se llega a ella siendo honrados, generosos, respetando la verdad...

Ofreció sus artículos a la prensa local. Pensaba que su contenido ayudaría a los lectores a plantearse temas poco frecuentes en las páginas de un periódico. Después de un margen prudencial entendió que sus colaboraciones no habían sido seleccionadas.

Como tiene por costumbre no abandonar ningún asunto a la primera dificultad, fue a hablar con un amigo suyo. Le explicó el deseo de publicar en la prensa, para poder influir en el ambiente. El primer intento había fallado y le pidió a su amigo que le pasara sus artículos a un amigo suyo, redactor jefe del periódico local.

Efectivamente, el amigo de Manuel lo puso en contacto, y el redactor jefe entendió muy bien sus intenciones. Además de convertirse en uno de sus mejores amigos, pasó a ser algo así como su padrino y su *coach*. Aparte de ser un óptimo enlace con el periódico, el redactor depuró el estilo y mejoró la claridad, y Manuel fue adquiriendo más fluidez con la pluma. Su nuevo amigo también le enseñó los asuntos técnicos más sencillos —como el número de líneas en torno al cual debe rondar un artículo, o la distancia habitual de los márgenes a derecha e izquierda—, y otros más periodísticos —determinar claramente lo que se desea transmitir, trazarse un pequeño esquema, utilizar un señuelo al principio, y reservar el mensaje para el final, de manera que la lectura deje un buen sabor de boca—. En resumidas cuentas, le transmitió cuanto debía saber para mantenerse cada dos semanas en la página de opinión del periódico local. Hasta hoy, Manuel ha publicado unas ciento cincuenta colaboraciones...

Y así continúa, año tras año, pensando en posibles artículos, poniendo por escrito ideas ya maduras, leyendo las de otros... Manuel ha comprobado que casi de cualquier lectura, de cualquier suceso, es posible extraer un argumento sobre el que conviene dar criterio cristiano. A veces, lo que para una persona bien formada resulta claro y diáfano, para otro lector constituye un descubrimiento. Esto lo confirma un comentario que, casi por descontado, recibe Manuel cada que publica un artículo: *¡muy interesante tu último artículo!*

24. FAMILIA EN LA TELE

CLAUDIA y ADRIÁN
42 y 44 años

Tener doce hijos ha sido una enorme fuente de alegrías para Claudia y para Adrián, pero nunca pensaron que esa circunstancia les abriría una puerta para dar buena doctrina en los medios de comunicación.

Un buen día recibieron con sorpresa la invitación a participar en un programa de radio, en el que se trataba sobre la situación actual de las familias numerosas. Esa experiencia les permitió comprobar algo que por otra parte es bien conocido: el gran poder de los medios de comunicación y la enorme audiencia de estos programas. Se recibieron bastantes llamadas durante la transmisión.

Adrián comprendió entonces la importancia de dar a conocer la grata realidad de formar una gran familia, de que los padres y los hijos cuenten su experiencia, siempre gozosa.

Por la prensa, descubrió un programa de televisión titulado: *La familia, cara y cruz*. Llamó a la productora ofreciéndose a intervenir en directo, y a llevar a otro invitado. En la actualidad, este tipo de programas tienen una marcada línea: van dirigidos a un determinado tipo de audiencia. Con un poco de gracia, el testimonio de Adrián y, especialmente el de sus hijos y sus anécdotas familiares y escolares, consiguieron darle un giro inesperado.

La acogida fue buena y durante las semanas siguientes la gente les reconocía y les felicitaba por lo que dijeron en la tele y, sobre todo, por la estupenda familia que tienen.

Después de esa experiencia se animaron a participar en otros programas de televisión. Uno fue en colaboración con una cadena extranjera. Asistieron junto con otros participantes, con un concepto de familia muy distinto. También causó un fuerte impacto, y sirvió para que muchos descubrieran que la familia llamada *tradicional* no está pasada de moda y que la organización familiar —encargos, turnos de ayuda, horarios de limpieza, y demás *infraestructura*—, podía suponer el gran secreto en la educación de los hijos.

De una productora le preguntaron a Adrián si tendría amigos con características similares, que quisieran participar en programas. Adrián se los fue presentando. Sus amigos lo hicieron mucho mejor que Adrián, y eso que no contaban con experiencia. Entre todos han tenido oportunidad de tratar sobre fidelidad conyugal, vocación matrimonial, alegría, lealtad, generosidad con los demás, trabajo, amor... El director de

los programas le invitó a comer para agradecerle su valiosa colaboración.

Una vez le llamaron para hacer un programa tertulia, con un núcleo de gente fija y otros que variarían en cada emisión. Duraría quince semanas y los temas serían variados y de actualidad, o lo que es lo mismo, con muchas posibilidades de dar doctrina. En algunos, Adrián y Claudia conocieron a gente muy particular. Aunque procuran no enfrentarse con otros, hay veces que han recibido una fuerte oposición. Algunas situaciones han sido tensas, pero incluso esos momentos han servido para aclarar ideas y proponer otras alternativas.

En una ocasión, uno de los participantes defendió algunas ideas bastante extravagantes. Adrián no suele oponerse frontalmente, pero en esa ocasión fue inevitable. El caballero se molestó mucho pero, al terminar, a solas, le dijo a Adrián:

—He pensado en lo que dijiste y, a pesar de que me sentó muy mal que me contradijeras en público, pienso que tienes razón. Nadie me había planteado nunca las cosas así.

Por supuesto que Adrián ha seguido aceptando nuevas propuestas. Cada vez está más agradecido con Dios, porque está seguro de que es él quien se lo está poniendo en bandeja. Le da la impresión de que esto no ha hecho más que empezar.

25. PONER AMOR EN TODO

JIMENA

35 años, madre de familia

Son las 6.35 de la tarde. De regreso a casa, Jimena piensa en lo que debe escribir. Llega a la puerta y mientras hurga en su bolsa para buscar la llave, cae en la cuenta de que la ropa todavía está en la lavadora...

Entra en casa anhelando acostarse un ratito. Está recuperándose de una enfermedad vírica y aún se siente débil. Los niños están haciendo sus tareas. Jimena dice:

—¡Hola, Álvaro! Por favor cierra la ventana.

Deja su bolsa encima de la cama y lleva a la cocina las verduras que acaba de comprar. Inmediatamente se lava las manos y empieza a preparar la cena.

—¿A quién le toca bañarse?

—¡A mí! —dice Rafa.

—Álvaro, ¿ya te bañaste? ¡Pero, bueno! ¡Qué desastre de mesa! ¿La puedes limpiar? ¡Maru, corre las cortinas, por favor!

—Mamá —dice Cristina—, el *teacher* nos dio un trabajo de inglés para que lo leamos a nuestros papás.

—Bien... —contesta Jimena—. Guárdalo, y nos lo lees cuando llegue papá.

Un hijo da un portazo. Jimena lo llama:

— Abre otra vez la puerta y ciérrala con cuidado, y di: «Jesús, te quiero».

Otro se lastima un dedo mientras juega. La madre, con paciencia, le dice:

— Ofrece esto a Jesús por...

Ya se lo aconsejaba a Jimena un sacerdote amigo: Pon amor en las pequeñas actividades del día, y busca descubrir ese *algo* divino que se encierra en los detalles.

Por fin la cena está lista. Jimena decide revisar el uniforme de los niños para el día siguiente. El pantalón de Rafa está lleno de desgarrones. Lo pone aparte para remendarlo —el montón crece— y la madre piensa que puede ser importante algo tan trivial como buscar el hilo de color exacto para zurcirlo. Y otros tantos detalles: está a punto de tirar un papel y se da cuenta que el reverso en blanco se podría utilizar como borrador..., y ahí descubre la pobreza cristiana. La lista es interminable.

26. COMO LOS PRIMEROS CRISTIANOS

JULIA
29 años, escritora

Los círculos sociales en los que Julia se movía eran muy materialistas. Siempre tenía la sensación de que debía elegir entre amar el mundo o amar su fe. Parecía que quienes se tomaban en serio la religión —cualquier religión— no estaban muy interesados en las cosas de la tierra. Cuando conoció a Rocío y a sus amigas, su visión cambió totalmente. Julia encontró personas extrovertidas y alegres, que estaban al día de las últimas tendencias y que además eran creyentes. ¡Eran tan positivas frente a la vida! Julia empezó a entender que era justamente amando las cosas del mundo como podemos poner plenamente en práctica la fe.

—¡Dios nos quiere viviendo en el medio del mundo! —le decía su amiga Rocío—. Como los primeros cristianos, debemos respirar el mismo aire que respiran todos, sin formar grupitos católicos. Después de todo, ¿cómo podríamos llevar el mundo a Dios si no estuviéramos en contacto con ese mundo?

Cuando Julia descubrió que podía mantener una relación personal con Jesucristo a través de las cosas de cada día, sintió que su vida se hacía más auténtica.

Ahora busca la amistad con cada uno de sus hijos para hablar de sus cosas, escucharles y responder a sus preguntas. Un día, ella y su marido se decidieron a instaurar en casa un tiempo de calma que facilitara la reflexión. Durante unos minutos, antes de la cena, los niños hacen algo por su cuenta: leer, dibujar, armar un rompecabezas, etc. Los padres les animan a que no hablen entre ellos durante esos pocos minutos. ¡Los niños encuentran muy pocas oportunidades de estar en silencio! ¿Cómo llegarán a tener una relación personal con Dios si no saben retirarse del ruido para meterse en sí mismos?...

Julia sabe que aunque su familia está en primer lugar, puede aspirar a metas profesionales ambiciosas. Así, logró completar una maestría en literatura mientras tenía cuatro niños en casa. Iba a la Universidad una noche a la semana y hacía los trabajos mientras los niños dormían o jugaban fuera.

Dice que ahora la vida le parece una aventura extraordinaria. Sabe que su personalidad y sus circunstancias, sus talentos, sus amistades, su carrera profesional, etc., *interesan* a Dios. Las decisiones que ella tome son el escenario en el que debe ejercitar su fe.

27. DEL MERCADO AL COLEGIO

RUBÉN

38 años, vendedor de verdura

Desde hace doce años, Rubén trabaja en un puesto de hortalizas en el mercado de su ciudad. Desde detrás del mostrador tiene la ocasión de tratar diariamente a una amplia clientela y a los comerciantes de los demás establecimientos. Entre verdura y verdura, Rubén procura meter un comentario positivo sobre los hijos, la alegría en el trabajo, el abandono en manos de Dios de las pequeñas o grandes preocupaciones... Muchas personas que solo venían buscando ingredientes para una buena ensalada se han marchado con el propósito de pedir a Dios la curación de un pariente o la solución de un problema económico.

A la hora de menos flujo de clientes en el mercado, Rubén hace una escapada a la iglesia más cercana para asistir a Misa. Todos sus colegas saben bien a dónde va, y a veces le encargan que rece por una intención. En varias ocasiones, alguno le ha dicho:

—Luego tenemos que hablar: quiero preguntarte una cosa.

La cosa en cuestión es una duda sobre materia religiosa, o un asunto familiar.

Hace un par de años Adriana, esposa de Rubén, tuvo que trasladarse por motivos laborales a un pueblo a cuarenta kilómetros de su domicilio. Este cambio lógicamente afectaba a todos, así que decidieron trasladarse a vivir al pueblo durante los meses del curso escolar. Rubén tendría que viajar todos los días a la ciudad para trabajar en el mercado, pero Adriana y los niños estarían más tranquilos y ahorrarían tiempo.

Ambos inscribieron a sus tres hijos en una escuela del pueblo y, en cuanto pudo, Rubén se presentó al director de la escuela para preguntarle si había alguna Asociación de Padres de los Alumnos. El director contestó que sí, pero que solo existía sobre papel. No era Rubén el primero en interesarse, pero hacía falta que alguien colocase las primeras piedras...

Durante la conversación, el director había mencionado a otro vecino interesado por lo mismo. Rubén le pidió las señas y, tan pronto como pudo, lo buscó para cambiar impresiones. Enseguida sintonizaron. Ambos se infundieron ánimos y decidieron lanzarse a refundar la Asociación. Aunque se tratara de una escuela pública, ya desde el principio se pusieron de acuerdo en el criterio cristiano que deseaban imprimir, sin dejar de respetar la libertad de los demás padres. Se limitarían a hacer valer su derecho de elegir cómo educar a los hijos.

Tras varias reuniones preliminares, convocaron la primera asamblea de padres, y

quedó constituida la Junta Directiva, de la que ahora Rubén forma parte. Aquella primera sesión terminó en un cierto propósito colectivo —nada concreto, pero sí importante—, de interesarse más por la formación de los hijos. Junto al hecho de haber reunido a todos aquellos matrimonios, todo era ya un logro y un punto de partida. En gran parte de los presentes se notaba la clara preocupación de dar a la escuela una orientación más cristiana.

Para Rubén fue, además, una primera toma de contacto con nuevos amigos. Antes y después de la sesión, ambos se presentaban a sus nuevos convecinos y saludaban a los conocidos. Pero lo más fructífero fueron las conversaciones con otros padres. Con Paco, director del colegio, Rubén se reúne cada semana. Poco a poco, de las cuestiones más genéricas han ido trascendiendo a otras más personales.

Cuando la Asociación fue ganando peso a través de las cartas circulares a los padres, Rubén y sus amigos pensaron en la radio local. Otro papá del colegio —José Ángel—, puso la emisora a disposición de la Asociación, y transmitieron una entrevista donde se explicaban las futuras iniciativas.

Otro gran acierto fue el de unir fuerzas con la otra escuela pública del pueblo. David, presidente de la Asociación de Padres del otro colegio, acogió estupendamente la idea de crear una Escuela de padres. Pronto tendrá lugar el primer curso de orientación familiar, impartido por expertos en Pedagogía, y que promete un gran éxito. También están poniendo en funcionamiento una biblioteca con títulos sobre educación y familia, que estará a disposición de los padres.

El traslado de Rubén y familia a su nuevo lugar de residencia ha sido para todos mucho más beneficioso de lo que esperaban, al menos para Rubén, que en este tiempo ha visto multiplicarse el número de sus amigos.

28. BOCANADAS DE AIRE

MARTHA

48 años, comunicóloga y madre de familia

Martha es madre de cinco hijos y trabaja como Jefa de Comunicación en un Municipio del país: redacta artículos para el periódico local, elabora guías prácticas y hace todo tipo de folletos de difusión general.

Martha ha logrado conciliar sus obligaciones familiares y profesionales gracias a que en su casa se esfuerzan todos por encontrar un punto de equilibrio, que favorece el ambiente familiar y les lleva a disfrutar cuando están juntos.

Esto es muy importante para una madre que trabaja también fuera de casa, como es el caso de Martha. Las madres que trabajan también fuera no llevan adelante su proyecto profesional a gusto si piensan que está defraudando de algún modo a su familia: por eso, sus logros y sus dificultades en su vida profesional repercuten siempre en los suyos.

Hasta el año 2004, Martha hacía una jornada laboral completa y tendía a llegar a todo. Vivía apuradísima porque sus hijos pequeños estaban en esas edades en las que necesitan especialmente a su mamá. Ahora, Martha ha llegado a un punto de equilibrio y tiene un horario laboral más flexible, que le permite —además—, dedicar los miércoles por completo a la familia. Es un punto de equilibrio tan solo, porque alcanzar el justo medio es imposible: hay que buscarlo día a día, porque los hijos no tienen horarios, y hay unos momentos y circunstancias en los que le necesitan de modo particular, por ejemplo, cuando son muy pequeños o comienzan el curso escolar, etc. Martha se esfuerza por llegar a lo que necesita cada uno en cada momento.

En todo caso, si no puede pasar más tiempo con ellos, lo importante para Martha es cómo pasa ese tiempo con ellos —siempre hablando de horarios razonables, claro: ¡no se trata de pasarse doce horas trabajando y dedicarle cinco minutos a los hijos!—; lo que cuenta, sobre todo es la actitud interior: estar en casa no consiste solo en darles de cenar, hacerles el *lunch* del día siguiente y acostarlos por la noche. Supone tener el corazón siempre disponible. No basta con estar entre ellos: los hijos tienen que sentir que ella está a su lado, siempre dispuesta a escucharles. Es decir, que *está* con ellos.

Junto con sus obligaciones familiares están las prácticas de piedad cristiana, que ocupan un tiempo de la jornada de Martha. Pero no sería adecuado valorar esas realidades —el tiempo que se está con Dios o el tiempo que se está con los hijos— con categorías meramente humanas: más tiempo, menos tiempo. Además, cuantas más cosas tiene uno que hacer, más necesidad tiene uno de rezar y de acudir al Señor.

Esos encuentros con Dios —en la oración, en la Eucaristía— repartidos a lo largo del día son como bocanadas de aire puro que le permiten a Martha ir ajustando el rumbo de cada día. En esos momentos se pregunta: *¿Qué es lo primero que tengo que hacer hoy? ¿Qué espera Dios de mí?*

Esos ratos de oración, además de recargarle las baterías, le ayudan mucho en su trabajo: por ejemplo, Martha ha notado que escribe mucho mejor después de haber hecho media hora de oración. Todo es cuestión de organizarse. Martha suele rezar el rosario en el coche, cuando va y viene del trabajo: es el único rato en el que puede hacerlo, y sabe que el Señor le está esperando precisamente en ese rato, y que no le puede fallar. Y así, ese tiempo perdido de ir y volver al trabajo se transforma en un rato de oración y de diálogo con Dios... ¡en vez de un rato de bronca y discusión con otros conductores, por cualquier cuestión de tráfico!

Es cuestión de prioridades. Dice Stephen Covey en su libro sobre las familias^[4] que lo importante no es tanto establecer unas prioridades en el empleo del tiempo, sino de emplear el tiempo en establecer unas prioridades. Si uno va apagando fuegos, haciendo en cada momento lo que parece más urgente, acaba dejándose llevar por el activismo. Hay que establecer lo conveniente, lo necesario, lo urgente, lo muy urgente, lo urgentísimo... Lo primero, lo segundo, lo tercero...

Y lo primero —dice Martha— siempre es Dios. Luego, su marido. Y luego, sus hijos. Es importante saber guardar estas prioridades, porque si uno pone a sus hijos en su escala de afectos antes que a su marido, sus hijos están perdidos, porque lo que necesitan, antes que ninguna otra cosa, es que sus padres se quieran. Luego está el trabajo, las amistades...

Es muy importante contar con un marido en el que poderse apoyar, para encontrar día a día el equilibrio necesario para conjugar y jerarquizar las cosas que hay que hacer. Eso ayuda a mantenerse optimista y a valorar los aspectos positivos de cada jornada, viviéndola intensamente.

29. TIERRA Y MAR

JOSÉ
29 años, marino

Por la Escuela Naval militar han pasado muchas generaciones de marinos para realizar su periodo de instrucción. La Academia es un hervidero de alumnos durante todo el curso.

No es fácil explicar el ambiente que se respira allí: las grandes amistades que se fraguan, los valores y las virtudes que se adquieren... Enseguida se establece una gran confianza que permite hablar con todos: no hacen falta rodeos o largas explicaciones para hablar de Dios. El ritmo y la exigencia diaria son fuertes y muchos buscan en Dios un amarre para capear el temporal. Después hay que ayudarles a que no lo dejen cuando regresa la calma.

José recuerda más de una conversación sobre la Confesión mientras corrían hacia la zona de torpedos, o mientras limpian la cubierta.

Una etapa crucial de los años de Academia es el viaje a bordo del buque escuela: un precioso velero que ha hecho ya decenas de vueltas alrededor del mundo, tripulado por los futuros oficiales de la Marina. Los meses de convivencia a bordo del navío son una estupenda oportunidad para intensificar el apostolado.

Con doce compañeros, José comenzó una catequesis para preparar la Confirmación. Se reunían en la cámara del buque, y repasaban la doctrina, al tiempo que se preparaban para una buena Confesión. Las conversaciones personales y la aclaración de dudas también eran parte de la navegación diaria. El día de la Confirmación fue de gran alegría, e hicieron una fiesta para celebrarlo.

Merece la pena detenerse un poco para hablar de Alberto. Un día le dijo a José que deseaba acompañarle a la Santa Misa y al rezo del Santo Rosario. También quedaron en empezar un curso de doctrina. Si hacía buen tiempo, trepaban a uno de los palos y allí lo tenían, pues era el sitio más tranquilo. De regreso en la Escuela, continuaron las clases y Alberto comenzó a tener dirección espiritual con un sacerdote que atiende la Escuela.

Rafa y Paco ya terminaron el período de Academia y se han incorporado a sus respectivos destinos. Rafa comenzó a asistir a la Santa Misa diariamente y a tener dirección espiritual en el puerto en el que vive. Con Paco ha ocurrido un fenómeno similar.

Pepe, otro de los alumnos, siempre que puede reza el Rosario, y en tierra, casi todos los días: no era raro que se cruzara con José por la explanada de la Escuela, dando un

paseo, y advirtiéndolo que estaban haciendo lo mismo...

Se podrían contar por decenas las anécdotas del barco estando de maniobras. El ambiente de confianza es todavía mayor, y los compañeros son más propensos a contar sus problemas y sus alegrías. De uno, José se hizo amigo en medio del campo, después de un ataque nocturno en el que no habían podido dormir nada; viendo amanecer bajo un árbol, hablaron de sus vidas y después de aquella conversación, este amigo volvió a asistir a Misa regularmente, con el deseo de recuperar la fe y acercarse a los sacramentos.

Cerca de la Escuela hay una pequeña capilla. Después de las actividades, bastantes pasan por allí para estar un rato con el Señor.

30. AL GRANO

ÁLVARO
41 años, patólogo

Para quienes ejercen la profesión médica, hay un momento especialmente difícil: me refiero al delicado cometido de transmitir un diagnóstico grave a un paciente o a su familia. Como patólogo clínico en un hospital, a Álvaro le ha correspondido en numerosas ocasiones desempeñar ese papel, y gracias a Dios, se ha encontrado con muchas personas que escuchaban sus palabras con gran sentido sobrenatural y confiando en la Providencia divina, aún cuando su mal era irreversible y el desenlace final se preveía próximo. En la consulta, Álvaro ha aprendido mucho al tratar con gente sencilla, que acepta el querer de Dios con una fe y una paz envidiables.

Pero también hay trances en los que, por el contrario, Álvaro debe preparar mejor al enfermo antes de notificarle la gravedad de su dolencia. Innumerables veces ha comprobado que, más que la rebeldía, lo que habitualmente hace sufrir es la falta de formación. Con uno de estos pacientes, Álvaro llegó a hacer bastante amistad. Tenía que informarle del resultado arrojado por los análisis: una enfermedad tumoral grave. Cuando le dijo lo que padecía, el paciente se derrumbó. Viéndole tan destrozado interiormente, Álvaro decidió armarse de fortaleza e ir enseguida al grano. Le explicó que el mal físico no es un mal absoluto; que el único verdadero mal es el pecado, y que Dios podría emplear su cáncer para obtener bienes mucho mayores que la salud del cuerpo: en su alma y en las de sus seres queridos. Aquél hombre entendió muy bien, y recuperó —con el tiempo— su alegría.

La amistad de Álvaro con José Luis también comenzó por los quebrantos de salud del segundo. No eran serios, pero sí requerían un notable cambio de ritmo en su vida. Hablando de todo un poco, Álvaro le invitó a tratar más a Dios: hasta ahora ha respondido positivamente a cuanto Álvaro le ha propuesto.

El lugar que Álvaro ocupa en el hospital es privilegiado desde el punto de vista apostólico. Por el laboratorio pasan médicos de todas las especialidades. Profesionalmente, el papel principal de Álvaro es emitir diagnósticos, pero nada le impide dar también una opinión sobre la terapia que se debe seguir, sobre todo cuando existen implicaciones morales. Con varios compañeros, Álvaro ha mantenido interesantes conversaciones sobre temas de Bioética.

Rodrigo, director del Laboratorio, preguntó en cierta ocasión a Álvaro qué razones aducía en determinados casos cuando la resolución no era cuestión de medicamentos,

sino de principios. Tras aquella primera charla, Álvaro y Rodrigo han dedicado otros muchos ratos a profundizar en estos temas. Otro de los compañeros del hospital, Orlando, después de estudiar la doctrina de la Iglesia sobre la defensa de la vida, ha pasado a leer otros muchos documentos que le ayudan a mejorar cristianamente. Le atrajo especialmente la idea de santificarse en medio del mundo, a través de los quehaceres ordinarios.

Con todos los médicos del hospital, las ocasiones para hablar de Dios surgen espontáneamente: el análisis de un enfermo no es siempre fácil de interpretar, y el especialista que lo solicita suele pedir aclaraciones, o solicitar nuevos exámenes. Uno de los visitantes más frecuentes del laboratorio es Jaime, ginecólogo, con el que Álvaro ha hecho amistad. El trabajo les ha dado ocasión de hablar sobre temas morales como la castidad en el matrimonio. El resultado de sus charlas ha sido muy positivo.

El Instituto de diagnóstico, sin embargo, no es el único ambiente donde Álvaro desarrolla su trabajo. También frecuenta las aulas de la Escuela Militar de Medicina, donde imparte clases de Patología.

Y así transcurre la jornada, yendo de un frente a otro: del aula al laboratorio; del laboratorio a la consulta... Y en cada frente, Álvaro agradece la bendición de encontrarse a diario con tantas decenas de personas a las que ha de acercar a Dios.

31. JUNTO A LA FOTOCOPIADORA

DON LUPE
63 años, intendente

Don Lupe es conserje en una escuela pública. Su trabajo es tan variado como las instalaciones del centro educativo: unas veces se encarga de la fotocopidora; otras, repara un proyector de diapositivas o una instalación eléctrica.

Don Lupe procura estar localizado por si algún profesor —hay más de treinta en la escuela— lo necesita. Normalmente lo encuentran en el cubículo de la fotocopidora. Entre aquellas cuatro paredes, don Lupe ha mantenido bastantes conversaciones con ellos. Mientras fotocopia, ordena y engrapa los documentos que le encargan, comentan alguna noticia del día o un evento de la escuela. A través de esas breves conversaciones, don Lupe ha ido conociéndoles mejor, y se considera amigo de varios. Con el tiempo, le resulta fácil hablar de su vida cristiana y proponerles algunas lecturas que les acerquen más a Dios. Para facilitarles la compra, en el cubículo de la fotocopidora suele tener homilías del Papa y artículos doctrinales de actualidad. Pasados unos días, don Lupe suele preguntarles qué les ha parecido el documento. Siempre le agradecen las sugerencias.

En una ocasión, un profesor —tras comprobar que en Navidad y en Cuaresma don Lupe renovaba el *stock*— le sugirió en broma que se dedicase al mundo editorial. Y es que, en esas fechas, incorpora varios libros de espiritualidad. Otro profesor le preguntó si conocía una buena edición de los Evangelios, y un compañero se interesó por las encíclicas del Papa. ¡Cuántas conversaciones habrá presenciado aquella fotocopidora!

Pero lo que la fotocopidora ignora es que, desde hace doce años, don Lupe enseña el catecismo en su parroquia a niños que recibirán la Primera Comunión. Habitualmente, algunos de esos niños estudian en la escuela donde don Lupe trabaja. Este curso, cuarenta niños recibieron por primera vez el sacramento de la Penitencia e hicieron la Primera Comunión.

Estas catequesis permiten también dar doctrina a los papás. Todos los años, don Lupe sugiere personalmente a cada uno de los papás que den ejemplo a sus hijos y se confiesen. Algunos le responden que no saben cómo prepararse. Para ellos, don Lupe tiene un sencillo folleto que les enseña a hacer el examen de conciencia. Gracias a Dios, este año muchos papás se confesaron el mismo día que sus hijos.

32. MEJORANDO EL AMBIENTE

PACO
37 años, empresario

Paco lleva ocho años pasando las vacaciones de verano en un pueblecito de la sierra. Empezó a ir cuando su cuarta hija, Sofía, tenía solo dos meses, y precisaba su biberón cada tres horas. Entonces era más difícil hacer planes. El pueblo les gustaba mucho: el buen ambiente, la gente, la tranquilidad... Era lo que buscaba Paco para sus vacaciones.

Al año siguiente, con su familia, alquiló una pequeña casita en la parte vieja, en el centro del pueblo, muy cerca del mercado y de la iglesia. Enseguida organizó un torneo de fútbol. De ese modo, rápidamente conoció a otras familias que veraneaban también allí.

Año tras año, Paco y su mujer han ido creando una maravillosa pandilla de matrimonios. Los chicos organizan el torneo de fútbol, en el que ayudan o participan los papás. Los matrimonios organizan tertulias para hablar del hogar, del trabajo dentro y fuera de casa, de los hijos, de cómo conseguir sacar un poco de tiempo libre para los hijos...

Es habitual que las tertulias continúen por la noche, mientras se toma un café. Todos se reúnen y pasan un rato muy agradable, charlando sobre temas que a todos interesan, y a la vez conociéndose más y mejor.

Otra actividad tradicional son las excursiones. Se hacen al menos dos cada período vacacional y en ellas participan todos. En esas excursiones aprenden a compartir lo propio con alegría y lo pasan bastante bien. Siempre buscan un momento para rezar el Santo Rosario y hacer la Visita al Santísimo en alguna iglesia cercana.

Poco a poco, fueron surgiendo tertulias y charlas doctrinales para los chicos, los papás e incluso los abuelos.

Cada año, gracias a Dios, aumenta el número de amigos a quienes Paco tiene la oportunidad de tratar al menos durante ese mes de vacaciones. Luego se intercambian direcciones de correo electrónico para mantener la amistad y animarles a asistir el año siguiente.

33. LECCIÓN INOLVIDABLE

ÁLVARO

28 años, arquitecto

Carlos cuenta que un día —siendo pequeño— se puso a jugar con unos dibujos en los que su hermano Álvaro había trabajado un año entero. Los estropeó completamente.

«Mi mamá, al ver aquel desastre, se llevó un gran disgusto y me dijo algo así como: Ya verás, cuando llegue tu hermano Álvaro y vea lo que le has hecho, echándole por tierra tanto tiempo de trabajo. Yo aguardé su llegada con el natural temor. Esperaba que me regañara y me gritara; o incluso que, como fruto de la irritación, llegara a los golpes... Pero no sucedió nada de eso. Llegó a casa; contempló lo que le había hecho; me llamó; me acerqué temblando; me sentó sobre sus rodillas (por entonces yo tenía 8 años) y, entonces, con la serenidad que le caracterizaba, comenzó a explicarme el tiempo que había empleado en realizar aquel trabajo, y cómo yo, por haber jugado donde no debía, lo había echado a perder. Yo me quedé asombrado: en vez de pegarme, lo que hizo fue enseñarme la importancia de aquel trabajo, ¡para que yo aprendiera a ser más cuidadoso en el futuro! Puede parecer una anécdota sin importancia, pero yo nunca la he podido olvidar».

34. PENSAR EN LOS DEMÁS REJUVENECE

MECHE
63 años

Meche es de un pueblo pequeño de 526 habitantes que antes ni siquiera venía en los mapas; tierra de mucho frío en invierno y mucho calor en verano.

Su familia era muy cristiana: le enseñaron el Catecismo, a ir a Misa... Muy cristiana y muy numerosa: son diez hermanos. Al ser tantos, desde chiquilla tuvo que arrimar el hombro en las faenas de la casa y del campo, ayudando a su mamá a cocinar, planchar, lavar, segar y recoger la cosecha: lo que hiciera falta.

Y desde chica también tenía unas inquietudes espirituales, un deseo de más, un algo dentro, que no sabía cómo concretar.

Meche estudió en el pueblo hasta los trece años, y luego, al igual que habían hecho sus hermanas, se fue a buscar trabajo a la capital. Al recordar todo esto, le parece... hablando en plata, milagroso. Fueron demasiadas casualidades juntas. Allí estaba la mano de Dios.

Estaba buscando trabajo: cuidar niños, empleada de hogar, lo que fuera, cuando un buen día se presenta un señor en casa de su hermana, al que no conocían de nada, y les pregunta si conocían a personas dispuestas a trabajar en casa de unos señores.

Meche no sabía cómo iba a terminar aquello; porque para entonces no había salido de su pueblo y *tenía poco mundo*; pero las cosas de Dios son así, y todo acabó cuadrando, poco a poco; y cuadró muy bien. Aquel señor le presentó a la señora, que fue muy amable con ella. El ambiente de la casa le gustó mucho, porque la señora, además de tratarle con mucha confianza, se preocupaba por su formación. Le ayudó a mejorar y a progresar en todos los sentidos.

Un día, la señora le habló a Meche de una Escuela del Hogar, donde se enseñaban cosas básicas de mantenimiento y atención del hogar. Fueron a verla. Y Meche encontró allí lo que llevaba buscando desde hacía años, eso que llevaba dentro desde pequeña. Vio en aquellas mujeres un deseo de amar a Dios, una alegría, un afán por ayudar a los demás que le atrajo muchísimo. «Esto es lo mío», pensó Meche, y comenzó a asistir a la Escuela con unos deseos grandes de aprender.

Y lo necesitaba, verdaderamente, porque había muchas cosas que no sabía; solo las intuía; pero seguía adelante, porque veía a Dios detrás de todo aquello.

—¿Y qué aprendiste allí? —le preguntan sus amigas a Meche.

—Aprendí que podía realizar mi trabajo desde la noche a la mañana, en presencia de Dios; comprendí que santificándome con aquel trabajo podía ayudar a santificar a los

demás... ¡comprendí tantas cosas!

Para Meche, la vocación de servicio a los demás le parece la llamada más bonita que Dios puede darle a una persona, aunque sabe que cada cual pensará lo mismo de su propia vocación, y que cada cual debe ir por donde Dios le llame: cada caminante siga su camino.

Un sacerdote que visitó la Escuela, al ver a Meche, le preguntó cuántos años tenía.

—¡Eres muy joven! —le dijo, sonriendo. Y dirigiéndose a todas, añadió unas palabras que no se le olvidarán nunca:

—¡Ustedes nunca cumplen más de veinticinco años, porque tienen la juventud de la entrega!

A lo largo de la vida —y no es que Meche sea tan mayor, pero, como suele decirse, los cincuenta ya no los vuelve a cumplir...— ha ido comprobando la verdad de esas palabras. No era una frase bonita: verdaderamente el amor a los demás, la entrega, rejuvenece el corazón.

—¿Por qué? —le preguntan sus amigas a Meche.

—Una de las razones —les dice—, es porque una persona entregada se pasa todo el día, de la noche a la mañana, pensando en los demás. Y pensar en los demás rejuvenece mucho...

—¿Haciendo qué?

—El trabajo de cada día, según la personalidad de cada una. Yo he trabajado en muchas cosas: primero en mi pueblo, después con aquella señora, en muchos otros lugares y por último en mi hogar, procurando que en todos tengan calor y sabor de hogar, sean casas de familia cristiana, convertidas en hogares luminosos y alegres.

Y este es su trabajo: sacar adelante su hogar. Un trabajo bonito, pero también intenso, que le ocupa gran parte del día. Meche es, como tantas mujeres de ahora, una de esas personas con muchísimas cosas que hacer. Sin embargo, cuando le hablaron de una ONG que se dedica a ayudar a los demás, no se lo pensó dos veces y decidió colaborar. ¡Y eso que no le sobra el tiempo, precisamente! Pero cuando uno se propone hacer algo acaba encontrando tiempo, aunque tenga que sacarlo de debajo de las piedras...

En esa ONG hay muchos programas de voluntariado. Meche se apuntó a uno que consiste en atender a personas desvalidas en sus casas. Van siempre dos voluntarios, para garantizar la continuidad de la atención. Las personas atendidas suelen ser mujeres que por distintos motivos viven solas: normalmente son ancianas, sin hijos y sin familia. Los nombres los proporciona el Estado.

La primera persona que Meche atendió era una señora mayor, ciega, que vivía sola. Les recibía a Meche y a la otra voluntaria con un cariño inmenso. Tenía la casa patas arriba, como se puede suponer, porque la pobrecita, en su situación, hacía lo que podía.

Meche y su compañera estaban unas horas con ella y la ayudaban también en todo lo que podían. Además procuraban darle cariño, esperanza, alegría... Y les fue tomando mucho cariño; tanto que le dijo a un familiar suyo que quería que la acompañaran a la hora de su muerte: si ves que me estoy muriendo —le dijo— llamas enseguida a Meche y a Lulú por teléfono.

Y así fue. Cuando llegaron Meche y su compañera, la señora ya estaba inconsciente, pero Meche cree que notó su presencia, porque cuando le tomó la mano ella se la apretó.

Cuando piensa en las vivencias que ha tenido con tantas personas en el voluntariado, hablando en plata, piensa que ha salido ganando: Meche ha dedicado tiempo, a veces con esfuerzo y sacrificio, pero esas personas le han enseñado a sufrir en silencio y llevar sus penas con alegría y agradecimiento.

35. CON SUS MISMAS ARMAS

SERGIO
48 años, matemático

Un amigo de Sergio se resistía a bautizar a su hijo, gravemente enfermo. Su mentalidad positivista —profesor universitario de matemáticas, influido por las ideas comunistas de la facultad— rechazaba todo razonamiento sobrenatural.

Sergio decidió empuñar sus mismas armas:

—¿Qué probabilidad le darías a la existencia de Dios? ¡Ánimo, dale un valor!
¿Admitirías... uno de cada mil?

El otro asintió, algo sorprendido.

—Y si se diera esa remota posibilidad, y Dios existiera... ¿cuál sería su valor?

—Supongo que infinito, ¿no?

Entonces Sergio pasó al pizarrón.

—Bien, ahora relaciónalos. ¿Qué valor obtienes?

—¿Matemáticamente? mmm... pues... infinito.

—Y con ese dato, ¿vas a arriesgar el alma de tu hijo?

36. A TRAVÉS DEL E-MAIL

MARCO
51 años, científico

Para un científico, el *e-mail* ofrece la posibilidad de entrar fácilmente en contacto con colegas de los puntos más alejados del globo, pedir datos, esclarecer dudas, exponer el proyecto de una publicación...

Cuando Marco entra a su oficina, en el departamento de Matemáticas de una Universidad, después de echar una mirada a la imagen de la Virgen, regalo de un compañero —antiguo comunista—, revisa en su computadora la bandeja de entrada del *mail*. No es raro que, entre las fórmulas matemáticas y las informaciones sobre congresos, se encuentre con otra clase de mensajes, que prolongan el trato empezado tiempo atrás.

Hace unos meses, Marco recibió un mail desde Alemania firmado por David. Siguiendo un antiguo consejo dado por Marco, David explicaba que había comenzado a asistir a Misa y ahora se preguntaba sobre el significado de la próxima fiesta del Corpus Christi. Y concluía:

—Ahora iré a Misa. Imagino que allí lo explicarán.

Marco y David se conocieron hace un año, con motivo de un viaje de David para investigar en el tema de su tesis doctoral. La primera impresión de Marco fue de cierta perplejidad por el peculiar atuendo de David: larga cabellera y perfecto uniforme de *rockero*. Delante de la Universidad había estacionado su moto, potente y bien cuidada. Pronto comenzaron a tratarse, pero Marco nunca imaginó que sus conversaciones con David trascenderían pronto mucho más allá de las ciencias exactas.

Fue David quien tomó la iniciativa, pidiendo a Marco que le recibiera en su oficina. Durante la entrevista charlaron amistosamente sobre el sentido de la vida y el modo de resolver algunas inquietudes sociales o caritativas de David. Marco le insistió en que el mejor servicio que podía hacer a la sociedad sería adquirir una gran competencia profesional, mostrándose generoso con los demás en su vida ordinaria.

37. COMO MI PROPIA FAMILIA

EDGAR
43 años, médico

Edgar es médico. Siempre ha considerado una gran suerte la de ser el médico de su pueblo natal. La permanencia y el ejercicio de una profesión fundamentalmente de servicio, han hecho que conozca por su nombre prácticamente a todos los vecinos, y que en cualquier casa del pueblo se sienta como en la suya.

Hace doce años se casó, y el Señor los bendijo —a él y a su esposa— con cuatro hijos.

La consulta médica le ofrece numerosas oportunidades de ayudar a sus paisanos. En cierta ocasión, por ejemplo, se presentó en el consultorio un matrimonio joven. Deseaban que Edgar les diera una orden para poner fin a la gestación de una criatura. Edgar les explicó los motivos que le impedían actuar de ese modo, contrario a la Ley de Dios y a su conciencia. Escucharon con atención, y después se marcharon. Continuaban firmes en su propósito. Algunos meses después, la madre regresó al consultorio con una preciosa niña recién nacida. Iba a darle las gracias a Edgar. Contó que, ya en el hospital, su marido y ella habían comentado las razones que Edgar les había dado y que, gracias a Dios, se dieron cuenta a tiempo del grave crimen que iban a cometer. Inmediatamente rompieron la orden médica que habían obtenido con otro doctor y salieron de allí.

Hay otra historia que comienza en el mismo escenario, pero es bien distinta.

Un día Edgar vio entrar a Ramón al consultorio. Como tenía muy buen aspecto, le dijo:

—Pero si tú tienes una salud de hierro. ¡No me digas que vienes a ponerte en mis manos...!

Se encontraba perfectamente, gracias a Dios. De todas formas no le extrañó absolutamente nada a Edgar que viniese al consultorio, aún estando sano. De vez en cuando pasan por allí los amigos de Edgar para darle algún recado, o simplemente para saludar o charlar un momento. En ese momento Ramón atravesaba una situación matrimonial complicada y necesitaba el consejo de un buen amigo.

Casos como este suceden con frecuencia en el consultorio. A Edgar le ilusiona mucho saber que en su pueblo natal —ante esa gran familia— tiene la responsabilidad de velar no solo por la salud corporal de sus habitantes, sino también por su salud espiritual.

38. EN EL DISEÑO DE MODAS

PAOLA
33 años, diseñadora

Paola se hizo diseñadora industrial en el área textil y en el de la moda. Quizá su profesión estuvo pautada desde chica, ya que tuvo la influencia de su mamá, a quien siempre le gustó reciclar ropa, entre otras cosas como forma de ahorro para vestirse a ella y a sus diez hermanos. Paola cree que de ella heredó esa veta artística.

Actualmente es la encargada del desarrollo del producto de una fábrica de confección para sastrería femenina y masculina. La mayoría de la producción se exporta a EEUU, Brasil, Chile y Argentina.

Por otro lado, con una amiga, Paola ha lanzado su propia colección de moda, que han llevado a diversos festivales y pasarelas.

En la moda actual la tendencia viene marcada desde Europa. Paola procura tomar parte de esa información y agregarle ciertos valores que ella considera fundamentales: la elegancia, la armonía, tratando que en cada prenda realce la dignidad de la mujer.

Su ámbito es interesante pero difícil. Algunos diseñadores tratan de realizar modelos llamativos buscando captar la atención, apelando al fácil recurso de lo procaz. Algo que Paola tiene muy claro es que la moda es para vestir y no para desvestirse, y esto es como un *leit motiv* para ella.

Desde sus primeros pasos le aconsejaron a Paola que tuviera un firme criterio y un sano complejo de superioridad, porque el ambiente es avasallador. *Se hace especialmente necesario ahora intensificar el trabajo apostólico en el campo de la moda para llevar también el buen olor de Cristo a este gran medio de influencia social. Nuestro deseo es encontrar a Dios en este sector —tan paganizado muchas veces— de la vida y de las costumbres humanas, y procurar convertirlo en una ocasión de apostolado, en algo que hable de Dios y a Dios lleve,* decía un gran santo de nuestro tiempo.

A la hora de diseñar, Paola no busca simplemente que las personas estén a la moda sino que combinen la modestia con la elegancia, con pequeños detalles y accesorios. Cada prenda está pensada hasta los más mínimos detalles.

Trabaja con un grupo de costureras muy profesionales que viven en distintos barrios de la ciudad. Generalmente los talleres están en sus propias casas y esto le da la posibilidad de conocer a cada una de sus familias. Paola las incentiva y estimula a que realicen su trabajo de la mejor manera posible y de cara a Dios.

39. LA MONTAÑA ES UNA AVENTURA

MARY

35 años, administradora

Mary es una apasionada de la montaña, lo mismo que toda su familia. Todos llevan esa afición en la sangre, desde los abuelos hasta los nietos. Mary conserva una fotografía de 1930 en blanco y negro de sus abuelos, de cuando eran novios. Se la tomaron en la punta del *Iztaccíhuatl*, una de las cimas más impresionantes de su país, y van con el equipo de montaña propio de la época. Entonces no era frecuente que una mujer practicara alpinismo, ni que fuera licenciada en lengua y literatura, como la abuela de Mary.

En otra fotografía, de 1928, se ve a un grupo de esquiadores de la Universidad y del Politécnico. Entre ellos, es fácil descubrir el rostro sonriente del otro abuelo de Mary. Y como estas, hay muchas más fotografías —ya en color— en el álbum familiar, en las que van apareciendo todos los miembros de la familia, de las sucesivas generaciones, hasta llegar a los sobrinos más pequeños de Mary, sonrientes y felices en la ladera o en la cima de una montaña.

Con el paso de los años Mary ha ido descubriendo el profundo paralelismo que tiene esa afición familiar con su vida: ese afán por subir a lo más alto, en un clima de solidaridad y compañerismo, respirando el aire puro de la montaña...

Tanto en la montaña como en la entrega cotidiana a Dios se presentan ascensiones difíciles, caminatas por valles plácidos, y caminos que necesitan —para recorrerlos con fortuna— del consejo y la ayuda de los demás. Y como sucede en la montaña, a veces hay que volver sobre los propios pasos para reencontrar la vereda... siempre con la alegría íntima de saberse profundamente amado por el Amor de Dios. No es una travesía fácil, pero tampoco reviste una dificultad extrema, porque Jesús no nos abandona y camina siempre a nuestro lado, como les sucedió a los discípulos de Emaús.

Unas veces se encuentra el horizonte cubierto por la niebla, y otras veces, claro y despejado, y se abre ante nuestros ojos un espectáculo maravilloso, como le sucedió a Mary este invierno durante una excursión al Pico de Orizaba. Iban caminando, cuando las nubes que les habían acompañado durante la subida se esfumaron de improviso y les ofrecieron un espectáculo indescriptible, con cadenas de montañas, cimas y valles que se extendían hasta el infinito...

En la actualidad, Mary se dedica profesionalmente al desarrollo de algunas iniciativas que han surgido en el ámbito de la educación tanto en el centro como en el sur del país.

El cuidado de la formación humana y espiritual de tantas personas —según Mary— es una aventura apasionante y hay que caminar como en la montaña: sin perder de vista la cima ni la grandeza del horizonte y pendiente de mil cosas concretas, porque las grandes travesías son siempre la suma de muchos pasos pequeños: un paso, y otro, y otro...

Las enseñanzas y el ejemplo que ha aprendido de su familia y en la montaña, alientan a Mary a darse a las personas que va encontrando por esta travesía de la vida: procura ayudar a las jóvenes que se topan en su camino, para que sepan descubrir sus propias capacidades y talentos, con confianza en Dios y confianza en sí mismas y en los demás; para que sepan tratar al Señor con sencillez y naturalidad.

Como en las travesías de montaña, Mary les ayuda —considerando juntas, dentro de un clima de amistad sincera—, a descubrir cuál es el camino mejor para llegar a la cima: porque no basta querer llegar hasta arriba; no basta solo con desear hacer el bien: hay que aprender a hacerlo. Y cada persona tiene un camino propio, irrepetible, personalísimo, para llegar a lo alto. Todos necesitamos pedir ayuda de vez en cuando, o cantar una canción, mientras caminamos, cuando el corazón nos rebosa de alegría. A veces sufrimos el mal de montaña: es el momento para hacer un alto en el camino y pedir luces a Dios para que nos ayude a tomar la dirección por la que, en su providencia paternal, desea que vayamos.

Cuando Mary habla con las estudiantes universitarias —que han generado tantas expectativas en sus respectivos entornos familiares— intenta abrirlas nuevos panoramas en el ámbito de la universidad o del trabajo, planteándoselos no como una competición en la que lo único importante es llegar la primera a la cima, sino como la andadura propia de una hija de Dios que se afana por transmitir a Dios en sus relaciones humanas, intentando transformar y mejorar la sociedad desde dentro.

Mary recuerda especialmente una subida a la Cima de *Lagoscuro*, en los Alpes Italianos, por un sendero estrecho que sube desde los tres mil a los tres mil doscientos metros, entre grandes precipicios, sobre el *Paso Paraíso*. Durante la Primera Guerra Mundial, el *Adamello* fue escenario de gestas alpinas legendarias. Caminaban lentamente, avanzando con cautela y mirando bien donde pisaban.

Al mismo tiempo iban con prisa, porque querían hacer el complicado descenso del glaciar del *Presena* antes de que cambiara el tiempo. Mary miró a su alrededor, y vio un paisaje maravilloso de cimas y lagos alpinos, que se extendían, valle tras valle hasta las moles imponentes de las montañas. Pensó entonces en aquel punto de *Camino*:

«Tienes razón. —Desde la cumbre —me escribes— en todo lo que se divisa —y es un radio de muchos kilómetros—, no se percibe ni una llanura: tras de cada montaña, otra. Si en algún sitio parece suavizarse el paisaje, al levantarse la niebla, aparece una sierra que estaba oculta.

Así es, así tiene que ser el horizonte de tu apostolado: es preciso atravesar el mundo. Pero no hay caminos hechos para vosotros... Los haréis, a través de las montañas, al golpe de vuestras pisadas»[\[5\]](#).

Mary pensó que aquel panorama era una imagen de la propia vida, en la que intentamos hacer a nuestro alrededor todo el bien que podemos. Sin embargo, a medida

que avanzamos, debemos superar las numerosas dificultades internas y externas que se alzan ante nosotros, con la mirada puesta en lo alto, proyectados hacia el futuro, abandonándonos en las manos amorosas de nuestro Padre Dios, que guarda para nosotros unos horizontes insospechados, unos caminos nuevos que debemos recorrer por los senderos de la comprensión, la fraternidad, la solidaridad y la paz. ¡Qué gozoso resulta recorrer esos senderos, unas veces amplios y otras veces estrechos, sabiendo que nos conducen hasta el Señor!

Continuamente piensa Mary en estas palabras, que le animan a recorrer con alegría las jornadas de su existencia, compartiéndola con las personas que va encontrando en su camino.

40. FAMILIA, TRABAJO Y BUEN HUMOR

SOFÍA

39 años, administradora

Sofía nació en el seno de una familia numerosa. Sus papás eran maestros y la situación económica no era precisamente boyante. Sin embargo, sus recuerdos de infancia, con 7 hermanos, son muy felices. Sus papás trabajaban mucho, pero con alegría. Era una casa viva, divertida, ruidosa, siempre con mucha gente... En resumen: que no le daba a uno tiempo de aburrirse.

Ahora Sofía intenta crear ese mismo ambiente en su familia.

Evidentemente, las familias numerosas tienen sus problemas: pero a Sofía no le gusta hablar de dificultades. Además, ha comprobado que los problemas no dependen matemáticamente del número de hijos que uno tenga.

Sofía piensa que en una familia numerosa no hay más tensiones, por principio, que las que se dan en una familia sin hijos o con pocos hijos. Todas las familias se encuentran con dificultades y, en gran medida, superarlas es cuestión de paciencia y de orden. Si uno se planifica bien, puede llegar a todo, o a casi todo: los hijos mayores entretienen a los medianos, los medianos cuidan de los pequeños, y entre todos se ayudan entre sí, especialmente cuando uno de ellos enferma...

Con un poquito de buen humor todo resulta más sencillo, aunque las cosas no salgan siempre como uno se espera. Uno de los hijos de Sofía, Álvaro, de siete años, padece una enfermedad neuromotora. Después de su nacimiento, Sofía tuvo que renunciar a su trabajo para dedicarse exclusivamente a cuidarle.

Cuando quiso volver a trabajar, no tuvo más remedio que volver a capacitarse, porque durante ese tiempo en la Administración habían cambiado mucho las cosas y ella ya estaba un poco obsoleta. Se preparó y presentó un examen para ganar de nuevo la plaza. Lo consiguió y continuó trabajando en el mismo puesto. Ahora el resto de sus hijos le ayudan a cuidar a Álvaro, turnándose entre ellos para estar más pendientes o haciéndole compañía cuando tiene que pasar algún tiempo en el hospital.

En los asuntos familiares —como en todo—, lo importante es aprender a priorizar y saber dividir el trabajo entre el marido y la mujer con realismo, sin porcentajes teóricos. A Sofía no le parecen demasiado realistas esos intentos de distribuir de forma radical las tareas en casa, porque la vida es más rica que todo eso y hay ocasiones en las que la mamá tiene que soportar todo el peso de la familia, y otras en las que le toca al papá.

—Lo que hay que tener claro —dice Sofía— es qué está en primer lugar y qué en

último. Por ejemplo, con el panorama que ella tiene en su casa, no se puede poner a ver la tele a las cuatro de la tarde. Y su marido lo mismo: cuando llega no se sienta en un sillón y se pone a ver el fútbol... Ser madre o padre de familia numerosa no resulta cómodo, ni fácil. Para llevar este estilo de vida ayuda mucho tener unos motivos más altos que los meramente humanos. Hay momentos de cansancio, y días en los que parece que uno ya no puede más. Pero sí se puede; se puede si uno recurre a Dios, si se apoya uno en Él. Se puede, cuando uno comprueba de nuevo, que Dios es un Padre bueno que nos da fuerza para superar las pequeñas y grandes dificultades.

41. EN EL TALLER DE ELECTRÓNICA

MARIO
49 años, ingeniero

Mario da clases en un instituto de formación profesional al que acuden cada día mil doscientos alumnos. Unos noventa profesores componen el equipo docente.

Al llegar a su nuevo puesto de trabajo —profesor titular de electrónica—, Mario se encontró con un panorama muy atractivo, precisamente por lo mucho que había que hacer en todos los campos: profesional, material y sobre todo en el campo humano.

Poco a poco, las horas de diálogo y amistad han ido calando con bastantes de sus compañeros de trabajo, que van incorporando costumbres cristianas a su vida. Como botón de muestra, basta el comentario de aquel profesor que, poco antes de morir, consideraba el bien que le había hecho un hábito tan sencillo como el de bendecir la mesa.

A veces las conversaciones más sobrenaturales surgen a partir de un simple comentario sobre el buen estado en que Mario procura tener su taller de electrónica. A la gente le llama la atención que el material de trabajo esté ordenado y limpio, o que se reparen los desperfectos, para que el instrumental dure más. Mario les explica que no puede ofrecer a Dios un trabajo mal hecho y por eso cuida esos pequeños detalles. De ahí es muy fácil que la conversación gire hacia temas más personales como la ilusión profesional, la familia, la vida cristiana...

En otras ocasiones la vía es más recta. Algunos acuden directamente a Mario porque necesitan comentar algún asunto, o solicitarle consejo tras tomar la decisión de regresar a los sacramentos.

Cada año, unos cuantos alumnos participan en una actividad extraoficial que Mario organiza en el taller de electrónica. Los chicos montan su propio laboratorio en una zona del salón, y Mario les orienta en sus trabajos de investigación. Además de ampliar sus conocimientos profesionales, Mario les ofrece la posibilidad de participar en un curso de doctrina cristiana. Como fruto de ese trato más continuo, algunos muchachos han aumentado su trato con Dios.

Uno de los exalumnos de Mario, que ahora trabaja en su propio taller, sigue una costumbre que adquirió en el instituto: la de instalar el Nacimiento cada Navidad junto a los instrumentos de trabajo. Como buen profesional, se esmera particularmente en lo que se refiere a la iluminación.

El recuento de estos años en el instituto —ya más de tres lustros— hace pensar a

Mario en los muchos centenares de muchachos que han pasado por su laboratorio y las decenas de profesores con los que se ha relacionado. Aquel maravilloso campo que Mario encontró al llegar, continuamente se renueva y se amplía.

42. EN TODOS LOS AMBIENTES

MIGUEL ÁNGEL y EDUARDO
35 y 29 años, mecánicos

Miguel Ángel trabaja en un taller. El ambiente reflejaba la poca formación cristiana de algunos de sus subordinados. Se planteó ayudarles y les ofreció algunos consejos que mejoraran su comportamiento: al menos, por respeto a sus clientes. Al principio no mostraron disconformidad —se trataba de una indicación del jefe—, pero algunos se molestaron. Pocos días después, alguien pinchó las cuatro llantas de su coche. Miguel Ángel no se inmutó y continuó interesándose por ellos. Poco a poco, por la preocupación que mostraba hacia ellos y hacia sus familias, se ganó su confianza.

Algunos aceptaron asistir a un curso de doctrina cristiana. Además de estudiar un catecismo elemental, se leían escritos muy sencillos sobre el matrimonio y otros temas de formación humana. Al terminar una clase, un mecánico se acercó a Miguel Ángel y a solas le dijo:

—¿Te acuerdas de las llantas pinchadas? Quería pedirte perdón. Fui yo. Necesito que me sigas ayudando...

Este mecánico es un líder en su barrio, a pesar de su juventud, pues tiene apenas veintitrés años. Está casado y tiene dos hijos. Lleva ya varios años acudiendo a los cursos doctrinales. Tiene unas dotes especiales para tratar a los jóvenes de su vecindario. Gracias a él, algunos se han aficionado al fútbol y han dejado las peleas callejeras. Varios padres de familia le presentan a sus hijos para que les ayude a dejar las drogas. A quienes le preguntan de dónde saca tiempo y fuerzas para dedicarse a los demás, les contesta que de la oración ante el Santísimo.

Eduardo es un amigo de Miguel Ángel. Supervisa el mantenimiento mecánico en una empresa. Actualmente tiene bajo su cargo a tres ayudantes y, además de asignarles el trabajo correspondiente, imparte un curso de actualización a sus empleados. En cada sesión del programa, que tiene una periodicidad semanal, intenta facilitarles algún consejo que les ayude a ser mejores.

En una ocasión, los directivos habían sugerido que hablara de seguridad en el trabajo. En la siguiente sesión, Eduardo explicó que, para estar concentrados en el trabajo y evitar riesgos, convenía que antes tuvieran serenidad interior. Y para conseguirla, les propuso que se interesaran por la paz en sus familias y que dedicaran tiempo a sus hijos. También aludió al aprovechamiento del tiempo en el trabajo, que evita muchas precipitaciones, e hizo una llamada a la responsabilidad: no solamente darían cuentas al

patrón, sino también a su familia y a Dios.

Sus palabras causaron conmoción. Uno de sus ayudantes le dijo que, aunque la plática había rebasado el tema inicial, le había hecho pensar en muchas cosas. Otro de los mecánicos esperó el momento en que quedaran solos para prevenirle:

—A mí tendrás que dedicarme más tiempo. Cuando era niño, mi familia dejó de practicar la fe...

Eduardo hizo como le había pedido. Ahora este trabajador ya ha bautizado a sus hijos, y les lleva a cumplir con el precepto dominical y a la catequesis para la Primera Comunión.

Este tipo de reacciones se han multiplicado, no solamente por las charlas semanales, sino también por la biblioteca ambulante que Eduardo ha fundado. Los empleados tienen acceso a libros sobre temas de vida familiar y cristiana. El jefe de capacitación estaba tan contento con Eduardo que le pidió que impartiera las mismas charlas a otros equipos de trabajo. Poco después, la encomienda de su jefe fue diferente:

—Necesito que vayas formando a otros para que puedan dar las charlas al resto del personal. Pero tú resérvate esos temas familiares y personales, que ya tienes muy estudiados.

La influencia no solo se circunscribe al ámbito profesional y familiar, sino que se despliega en los ambientes de la barriada donde reside cada uno. Eduardo vive en una calle cortada por los muros de una fábrica de pinturas. En la pasada Navidad, sugirió a su familia rezar el Rosario con los vecinos durante la octava de la fiesta, siguiendo la costumbre de las posadas. Y, para que hubiera algunos elementos propios de la ocasión, instalaron un nacimiento al final de la calle, en el límite con la fábrica. La propuesta tuvo gran éxito, pues sirvió para revitalizar la convivencia entre los vecinos.

Cuando terminó la Navidad, costaba recoger el Nacimiento: se había convertido en el punto de reunión del vecindario. Eduardo tuvo otra idea: solicitar una autorización a la fábrica para colocar una imagen de la Virgen de Guadalupe en el muro. Allí podría rezar algunas tardes el Rosario. Desde que se colocó la imagen, el día 12 de cada mes se reza el Rosario en la calle. Y cada año, con ocasión de la fiesta de la Virgen de Guadalupe, Eduardo va con varios amigos y vecinos a la Villa.

43. ¿TOTALMENTE ATEO?

CÉSAR

26 años, estudiante de posgrado

Cuando Juan Pablo II llegó a Roma, quiso seguir en su nueva diócesis una costumbre que tenía en Cracovia, que consistía en organizar una Misa para los universitarios durante el Adviento.

César, que se encontraba en Roma realizando unos estudios de posgrado, se enteró de dicha iniciativa del Papa y se propuso invitar a todo estudiante que se encontrase en su camino. Cierta día detuvo a un muchacho y le dijo:

—Quería invitarte a una Misa que celebra el Papa para los universitarios, para nosotros.

El interpelado le contestó:

—Mira, a mí eso no me interesa. Yo soy ateo.

Entonces, este extranjero que pensaba: yo en italiano no sé argumentar..., se encomendó a los Ángeles de la guarda —al suyo y al del otro chico— y respondió lo primero que se le ocurrió:

—Pero... ¿completamente ateo?

Aquél se quedó un momento parado y admitió:

—Bueno... completamente, completamente, no.

De modo que aceptó la invitación. Fue con su novia a la Misa del Papa y los dos se acercaron a los Sacramentos.

44. LOS FUNERALES DE JUAN PABLO II

ARTURO

35 años, diseñador gráfico

La mañana de la muerte de Juan Pablo II, Arturo se percató de que en varios canales de televisión transmitirían los funerales del Santo Padre.

Justo esa mañana iba a tener una reunión en la empresa transnacional en que Arturo trabaja. Debido al tamaño de la empresa, suele trabajar con personas de todo el mundo. Como no era problema aplazar la reunión, llamó a la empresa para explicar que prefería mover la sesión, porque deseaba seguir la ceremonia. En la empresa le ofrecieron otra posibilidad: disponían de una sala con pantalla grande. Podría verla allí, y luego tener la reunión.

De entrada no le gustó la idea a Arturo, porque prefería ver el funeral en casa reunido con la familia. Pero luego se dio cuenta de que podía ser una buena oportunidad para tratar a sus compañeros y aceptó.

La sala en cuestión tenía las paredes de cristal y todo el que pasaba veía a los que estaban dentro, ante una generosa pantalla de plasma. Poco a poco fue entrando gente. Llegaron a reunirse seis —además de Arturo—: ninguno de ellos católico y solo uno creyente, pero todos muy interesados en saber cosas del Papa. Uno, que acababa de entrar, le hizo una pregunta:

—¿Qué significa ser católico?

Arturo se quedó unos momentos sin reaccionar, pensando en cómo resumir todo el catecismo en pocas frases. Enseguida le vino a la memoria esa respuesta que muchos hemos aprendido de niños:

—Ser católico significa luchar para ser feliz en la tierra y después ser feliz para siempre con Dios en el Cielo.

Entonces fue él quien se quedó pensativo. Se sentó, y repuso con otra pregunta:

—¿Y qué significa ser feliz?

El resto de la conversación ocuparía demasiadas hojas para ser contado aquí. Pero fue solo la primera de muchas sesiones. Aún queda mucho catecismo por recorrer.

45. EN LA LÍNEA DE TRES PUNTOS

ANDRÉS

48 años, jugador de baloncesto retirado

Durante la década de los ochenta, Andrés se dedicó profesionalmente al baloncesto. Jugaba en el máximo circuito nacional. Pero ya se sabe: la actividad física a nivel competitivo tiene una duración muy limitada, y en plena juventud hay que ir pensando en el primer cambio de ocupación. Como muchos de sus antiguos compañeros, después de retirarse, Andrés siguió trabajando en el mundo del basquet, aunque de otra manera: es entrenador y promotor de jóvenes jugadores.

Hace años, entre varios amigos fundaron una red de asociaciones dispersas por los barrios de la ciudad. Un día se dio cuenta de que, donde más había arraigado la asociación era precisamente una zona de la ciudad en donde la gente estaba más necesitada de educación. Fue como una llamada de atención, porque le sirvió a Andrés para dar a su trabajo un enfoque más amplio. Quizá el beneficio, desde el punto de vista deportivo, no sería proporcional al esfuerzo; pero en lo apostólico, era indudable que valía la pena.

Ahora Andrés se siente como ratón en el queso. Detrás de cada joven —y son centenares—, hay una familia y un grupo de amigos. Las iniciativas se han multiplicado y ha tenido que pedir socorro a otros amigos para poder llegar a tanta gente.

Hacía falta un punto de apoyo en la zona donde más se mueven. Hace años, con la ayuda de unos jóvenes *basquetboleros*, se instaló un localito, en el que —además de los cursos intensivos de baloncesto— se instaló un aula para diversos cursos y una pequeña biblioteca. Ahora se benefician de él muchos otros chicos y cada vez lo frecuentan más universitarios, ajenos incluso a este deporte; pero los jugadores lo sienten como algo propio: allí —además del deporte— reciben cursos de doctrina cristiana.

Matías, uno de los que asisten, es muy buen estudiante —de los mejores de su escuela—, y un jugador excepcional de baloncesto: tanto, que ha jugado en la selección nacional juvenil. Un día le comentó a Andrés:

—Antes de venir a estas clases estudiaba porque las buenas calificaciones me daban mucha satisfacción; ahora lo hago sobre todo porque he aprendido que allí puedo encontrar a Dios.

Detrás de cada chico hay una familia a la que llegar. Tratar a los papás resulta muy fácil. Algunos aparecen por los partidos o por los entrenamientos. Andrés comienza charlando de cuánto ha mejorado el muchacho en velocidad, o en el tiro a media

distancia, y terminan hablando de lo que realmente importa: virtudes humanas y cristianas. Junto a los cursos doctrinales para los chicos, han nacido los cursos correspondientes para los papás.

Un día, Andrés invitó a uno de ellos a hacer una romería[6]. Para asombro de Andrés, el papá aceptó. Tuvo que usar un librito de oraciones, porque no se acordaba del Avemaría. Mientras regresaban a casa, le dijo:

—¿Sabes una cosa? Hoy durante el Rosario he notado que el Señor me está pidiendo un cambio, un cambio muy serio...

Andrés y sus amigos están comenzando una nueva temporada y, como sucede en cualquier equipo, este año apuntan a mejorar los anteriores resultados: hay que llegar a más jóvenes y a más papás.

46. ECLIPSES, LA RADIO Y UN COHETE ESPACIAL

FERNANDO
39 años, físico

Desde hace varios años, Fernando imparte clases de Física en un colegio. Procura fomentar el interés de los muchachos por la materia que explica. Con muchos, el modo de hacer amistad ha sido la investigación sobre algún fenómeno ordinario. Les enseña a trabajar con medios sencillos, pero con espíritu y método científico. Eso le ha proporcionado muchas ocasiones de hablar con ellos y de conocerles mejor.

Hace cinco años, José Ramón y Luis estudiaron las ondas que emite una radio. Obtuvieron el premio nacional de Bachillerato. Javier está ahora terminando la carrera de Ingeniería. Cuando era alumno de Fernando, desarrolló un estudio sobre la resistencia del cabello humano. Su trabajo mereció un premio de la asociación de profesores de la ciudad. José Ignacio observó el movimiento de la luna, fotografiándola con un pequeño telescopio. Con esos datos y diversos cálculos, determinó con bastante precisión la trayectoria lunar y los siguientes eclipses. Ahora es un brillante estudiante de ingeniería y sigue manteniendo contacto frecuente con Fernando.

José Manuel investigó las posibilidades de construir un cohete espacial. Lo fabricó con una botella de plástico, medio llena de agua, un tapón especial, y una bomba de inflar llantas de bicicleta. Con su experimento ganó un premio estatal y participó en un concurso nacional.

Pero no solo los logros científicos han sido los éxitos de estos muchachos. José Ramón sabe que la tenacidad en su proyecto se la debe a su profesor de Física; Javier cuenta que el éxito de su proyecto se lo debe a Fernando, quien le enseñó a cuidar los pequeños detalles en el trabajo; y José Ignacio agradece a Fernando el haberle enseñado a descubrir el valor sobrenatural que tiene algo tan aparentemente inútil como el calcular el movimiento de la luna.

Alberto recientemente analizó las emisiones de radio de Júpiter —poco a poco van conociendo muy bien ese planeta—; Víctor fabricó un freno magnético y Ricardo estudió el enfriamiento de una taza de té. Los tres experimentos recibieron un premio científico. Como vencedores de un concurso, estaban invitados a participar en un congreso nacional de jóvenes investigadores, de una semana de duración. Aunque el horario era apretado, Víctor y Alberto pudieron acompañar varios días a Fernando a Misa. En el viaje de ida y vuelta también hicieron algunas prácticas de piedad todos juntos.

Con el paso del tiempo siguen pasando los «científicos» y sus descubrimientos. Lo importante es que muchos de ellos descubren también la maravilla de estar más cerca de Dios.

47. ENTRE MOLDES Y PLÁSTICOS

JUAN

35 años, supervisor de planta

Juan trabaja desde hace varios años en una fábrica de artículos plásticos. Como jefe de planta, tiene la oportunidad de conocer y tratar a los aprendices que colaboran con él.

Juan procura que su trato con unos y otros sea siempre sencillo: mientras les indica cómo realizar sus labores, les pregunta con naturalidad sobre sus familias, sus estudios, sus proyectos futuros... Con esas breves conversaciones puede ir conociéndoles mejor y comienza un diálogo de donde acaba por brotar la amistad. La mayoría agradecen que haya alguien que se interese por lo que les preocupa y que, en caso necesario, les brinde alguna ayuda.

A medida que Juan iba tratando a sus nuevos amigos, fue notando que bastantes de ellos carecían de formación religiosa. Uno a uno, les ofreció unas clases de doctrina cristiana. Buscó un lugar idóneo y un horario compatible con el trabajo: al final decidieron reunirse los sábados en un local de la fábrica.

José, uno de los trabajadores, comentó a Juan que le gustaba hacer bien su trabajo. Se le veía con buenas condiciones para los estudios, así que después de un par de conversaciones, Juan le planteó la posibilidad de que estudiara una carrera universitaria. Actualmente José está a punto de concluir la carrera de Ingeniería Química. Un sábado, tras una clase de doctrina cristiana, José le preguntó a Juan si tenía tiempo para charlar. Se veía que quería decirle algo importante:

—Mis tres hermanos menores están sin bautizar... ¿Qué puedo hacer?

Juan le contestó que, en primer lugar, debía rezar por ellos. Después, conversar con sus papás y explicarles lo necesario que es el Bautismo.

—A tus hermanos, enséñales con calma el catecismo... —le decía Juan.

Durante las semanas siguientes, volvieron a hablar del tema. José le relató la buena reacción de sus papás y hermanos. En alguna ocasión le preguntaba incluso cómo exponer alguna cuestión que le parecía más difícil.

Con el paso del tiempo no solo recibieron el Bautismo los tres hermanos de José, sino que también sus papás decidieron acudir con frecuencia a los sacramentos.

Pedro y Manuel son otros dos empleados de la fábrica de plásticos. También ellos —después de algunas conversaciones— han vuelto a recibir con asiduidad los sacramentos.

A partir de las charlas de doctrina cristiana, Beto quiso prepararse para recibir el sacramento del Bautismo. Juan le propuso un plan intensivo de formación. Erick,

compañero de Beto, se acercó a Juan una mañana:

—Me ha dicho Beto que le estás preparando para el Bautismo. ¿Podría asistir yo a las charlas? Deseo bautizarme y no quiero desaprovechar la oportunidad.

También le resulta natural a Juan el tratar a los clientes. Después de varias conversaciones, algunos han decidido dar un giro a sus vidas. Cualquier conversación laboral puede ser el comienzo de una amistad más honda.

48. BIBLIOTECA DE PRÉSTAMOS

ARTURO
77 años, Jubilado

El cumpleaños de Arturo coincide con el fin de año, y siempre se reúne con toda la familia para festejarlo: padres, hijos, nietos... Cada cual se presenta con un regalo para Arturo. A pesar de que Arturo agradece mucho los presentes, siempre hay alguno superfluo o repetido.

La última vez se le ocurrió hacer una lista de libros que le gustaría tener. Incluyó varios libros del Papa y algunos otros títulos de espiritualidad. Todos agradecieron que les facilitara acertar en el regalo.

En realidad, Arturo lo hizo pensando más en ellos que en sí mismo, y la idea surtió el efecto deseado: la flamante biblioteca de nuevas adquisiciones provocó gran curiosidad, y se convirtió enseguida en biblioteca de préstamos. Como resultado, algunos de sus hijos y sus amigos han leído o están leyendo esos libros.

49. ENCONTRÉ A DIOS EN LA UNIVERSIDAD

MONTSERRAT

22 años, estudiante de comunicación

Montse estudia Ciencias de la Comunicación en una Universidad de la ciudad. Una amiga suya acudía a una residencia universitaria para recibir unos cursos de formación cristiana. Más de una vez le invitó a acompañarla, pero sinceramente a Montse la idea no le atraía mucho.

Desde hacía algún tiempo, Montse había dejado de ir a Misa. No veía motivos para acercarse a una Iglesia en la que —pensaba entonces— se vivía una fe medieval. Aquello no iba con su forma de ser.

Así que a esa amiga le respondía:

—No, gracias. No me interesan esas cosas.

Y, por si acaso insistía, Montse se inventaba cualquier excusa.

Finalmente, más por educación que otra cosa, un buen día decidió acompañarla a la residencia universitaria. Pensaba para sus adentros que, contentando a su amiga una vez, bastaría para que no siguiera insistiendo en futuras ocasiones.

En esa residencia se podía charlar con un sacerdote, y por curiosidad Montse comenzó a hablar con él. Le sorprendió su capacidad de escucha (¡y vaya que a Montse le gusta hablar!). Hablaron de muchas cosas, y en verdad esa experiencia le resultó muy atractiva.

Comenzó a estudiar —a sugerencia del sacerdote— con un crucifijo delante de los libros. No sabe si eso fue la razón principal, pero por aquel entonces pensó que podría extender su gusto por la conversación al diálogo con Dios. Tenía verdaderas ganas de encontrar a alguien que diese un significado a su vida, pero temía quedar decepcionada.

A través de sus conversaciones con Dios, Montse comprendió que la puerta que había cerrado tiempo atrás podía abrirse de nuevo. Así que comenzó a asistir a un curso de doctrina cristiana básica que se organizaba en la residencia.

Durante este tiempo Montse ha podido pensar mucho en su relación personal con Dios. Comprendió, por ejemplo, que corría el riesgo de basarlo todo en los variables estados de ánimo. Pero es peligroso, porque cuando el sentimiento cambia o decrece, la amistad con Dios también puede hacerlo.

Para descubrir esos problemas a otras personas, su amiga —aquella que tanta paciencia había tenido con Montse— y ella misma, pidieron prestada un aula de la Universidad. Allí organizan encuentros con amigos y otros estudiantes una vez a la

semana, en los que hablan de cuestiones relativas a Dios y a la existencia humana.

Montse y su amiga piensan que hay mucha gente que no conoce a Dios porque sencillamente no ha hablado con nadie acerca de Él. Por la misma razón, otros muchos viven su religiosidad de forma rutinaria, sin profundizar.

Montse misma afirma que encontró a Dios en la Universidad. Hacer apostolado allí — hablar a los demás de Dios— no es solamente posible, sino que además resulta una experiencia intelectualmente estimulante.

Por ejemplo, en la asignatura de Derecho es normal hablar del Matrimonio como institución social. Este año, la profesora de Montse ha visto la necesidad de tratar en clase sobre las parejas de hecho.

Montse pensó que se le presentaba una ocasión única, y solicitó realizar un estudio específico y presentarlo en público. Sus compañeros pensaban que citaría textos de la Sagrada Escritura, pero Montse fundamentó la diferencia entre la institución matrimonial y esas otras realidades basándose únicamente en el derecho y el sentido común.

Esto no significa que no haya otros argumentos válidos de diferente naturaleza. De hecho, muchos compañeros le mostraron su interés por conocer otras fundamentaciones de su exposición, más allá de los conceptos jurídicos.

Montse está muy contenta por haber encontrado sentido a su esfuerzo, a su estudio, a sus actividades. Un sentido que no se queda simplemente en la satisfacción inmediata del deber cumplido, del reconocimiento o del prestigio. Ahora sabe que trabaja para ofrecer todas estas cosas a una Persona.

50. ES LO MISMO, PERO NO ES IGUAL

CARMEN
33 años

Carmen trabaja en un supermercado, tiene 33 años y es madre de una niña adoptada. Se enfrenta a los problemas normales de la vida, pero sabe que Dios le está mirando y le cuida: así todo es lo mismo, pero ya nada es igual.

Su vida es muy corriente. De jovencita, lo único que le interesaba era salir con la pandilla de amigos, y luego con su novio, Paco, con el que se casó hace ya diez años. Son un matrimonio feliz.

Les hubiera gustado tener hijos pero, como los chiquillos no llegaban, decidieron adoptar a una niña de tres meses que los ha hecho muy felices. Ahora quieren adoptar otro, porque Carmen y su marido piensan que es mejor que tenga hermanos.

Después de casada —con el gusanillo de formar un buen hogar— Carmen comenzó a asistir a unos cursos de formación cristiana. Le gustaba lo que iba aprendiendo, la alegría de la gente y lo atentos que eran.

Allí descubrió que podía santificar su trabajo y su vida corriente, esforzándose por rezar algo más, por luchar contra sus defectos, por ser una buena esposa y una buena madre, haciendo cada vez mejor su trabajo.

Carmen trabaja en un supermercado, en la zona de comidas preparadas. Cocina y envasa todo lo que sale, y a ratos, cuando puede, atiende al público; pero eso es raro, porque suele tener mucho trabajo dentro.

En cuanto a su matrimonio, ambos tienen los mismos problemas que tantos otros matrimonios de su generación: pagar el crédito de la casa —que ha subido mucho—, hacer equilibrios para llegar a fin de mes, salir corriendo del trabajo para recoger a tiempo a su hija cuando sale de la guardería... Todo muy normal; con la diferencia de que Carmen ha descubierto que en medio de esas circunstancias tan normales puede tratar a Dios y esforzarse por corresponderle.

Hoy Carmen está colaborando, junto con otros padres, en un proyecto para educar mejor a sus hijos. Es algo que está teniendo mucho éxito, porque la gente se está dando cuenta de la importancia del valor de la familia.

Todo esto explica que rara vez Carmen saque tiempo para una de sus grandes aficiones: el baile. Le encanta bailar. Es una tradición de su familia: son ocho hermanos y a todos les apasiona la música. Hace años, el papá de Carmen, su hermano y su cuñada formaron un grupo musical.

Y eso es todo. Como decía al principio, la vida de Carmen es muy corriente. Hace lo mismo que hace tanta gente... pero con una diferencia: ha descubierto que cuando intenta vivir cara a Dios, la vida se llena de una alegría profunda y maravillosa, con unos horizontes de amor a Dios y a los demás que antes no podía ni soñar... como decían en un anuncio de la tele: es lo mismo... pero no es igual.

51. LAS PREOCUPACIONES SE QUEDAN EN EL COCHE

JESÚS

34 años, ingeniero industrial

Chuy es el director general de una compañía financiera. La volatilidad de las circunstancias de su trabajo hace que cada día aparezcan en su escritorio montones de expedientes con casos complicados: que si la fluctuación de determinada moneda, que si el aumento en los precios, que si la caída de un índice económico provocada por una huelga...

Aun así, una de las cosas que más me llamó la atención cuando lo conocí, fue su alegría: da la impresión de ser un hombre sin problemas. Fue hasta la segunda ocasión en que me subí a su coche, cuando descubrí algunos de sus secretos.

Nos dirigíamos hacia una reunión con un comité de inversores. La cosa no pintaba nada bien porque una crisis en el mercado metalúrgico estaba causando estragos en nuestras inversiones. En algún momento del trayecto, Chuy notó mi nerviosismo por la reunión. Sacó un estuche lleno de CD's y escogió uno que puso en el reproductor. Era una música muy agradable. Me llamó mucho la atención la cantidad de discos que traía y —sobre todo—, la variedad: desde sonidos de la naturaleza hasta rock pesado. Entonces me dijo:

—¿Sabes por qué tengo tantos discos?

Sentí como si me hubiera leído la mente. Y continuó:

—Mi trabajo genera muchos roces y fricciones. Pero no es justo que yo ande por la vida transmitiendo esa tensión a los demás. Siempre que regreso del trabajo a mi casa, procuro buscar la música más adecuada para relajarme, porque pienso en el gran esfuerzo que hace mi mujer para tener agradable la casa cuando llego: las horas que pasa limpiando la casa, ayudando a los niños a hacer la tarea, preparando la comida... ¡y me parece una injusticia llegar con mi carota y mis problemas! Por eso he decidido luchar por aprender a dejar las preocupaciones en el coche. No es fácil —y no siempre lo logro—, pero creo que mi esfuerzo contribuye en algo a la alegría de mi casa.

Me impresionó muchísimo su respuesta. Añadí:

—Pero... *¿a poco así nomás* con un poco de «musiquita» y listo?

—¡Por supuesto que no!, aunque algo ayuda. Una cosa que me sirve mucho es pasar unos minutos antes por la iglesia de la esquina y echarle las broncas al Señor: le pido que me ayude a resolverlas, se las dejo en sus manos y le pido que me ayude a poner buena cara. Y cuando las cosas están más difíciles procuro además escaparme antes de la

oficina y me voy al gimnasio a pegarle al saco de boxeo hasta que quedo agotado —cosa que no me lleva más de 15 minutos—, ¡y listo!

52. AL DEJAR LA POLÍTICA ACTIVA

DIEGO
56 años, político

Mientras ocupaba diversos cargos en el gobierno, Diego trató a muchas personas que se empeñaron en la defensa de los principios morales cristianos. Pero llegó el día de pasar el relevo a los que venían detrás.

Al principio, a Diego le costó trabajo adaptarse a esa separación de los lugares donde se debaten cuestiones tan importantes como la vida del no nacido o la estabilidad familiar... Además, veía con inquietud cómo los valores fundamentales seguían siendo amenazados, incluso con la irrupción de algunas presiones que provenían de más allá de nuestras fronteras.

Gracias a todo lo que Diego ha aprendido en su familia, comenzó a hacerse cargo de la nueva situación. Hablando con sus amigos, comprendió que únicamente había cambiado de circunstancias externas: la fe seguía exigiendo de él una actuación apostólica responsable, de servicio a todas las personas.

Por aquellas fechas, se presentaron ante el tribunal constitucional diversas propuestas que hicieron inoperante la ley de espectáculos públicos que estaba en vigor. Como consecuencia, el cine y la televisión comenzaron a proyectar, sin restricción alguna, películas y programas poco sanos.

Ante esta situación, Diego y sus amigos decidieron presentar al gobierno un reglamento que controlara esas emisiones. El trabajo de aquellas semanas fue acompañado de mucha oración. Diego comprendió que la Providencia le volvía a ofrecer la posibilidad de tomar la iniciativa, según su forma de entender lo que debían ser esos canales de cultura: unos instrumentos útiles para formar a la sociedad a través de la información, del ocio y la diversión.

A su plataforma se sumaron algunas personas del mundo de la comunicación y columnistas de prestigio. Presentaron su enmienda al Presidente de la República y se inició un proceso de estudio en el que se revisó la legislación al respecto.

No faltaron las voces que mostraron su desacuerdo con la iniciativa de Diego. Algunas cadenas de televisión y empresarios dedicados al mundo del cine organizaron una fuerte oposición. Pasaban las semanas y el proceso de discusión seguía su curso. Varios ex-presidentes decidieron firmar a favor del reglamento y, poco después, varios ex-secretarios hicieron otro tanto. El debate estuvo presente en los diversos sectores de la sociedad. Fue determinante en el resultado final el apoyo de varios miembros del mundo

empresarial y las asociaciones de padres de familia.

El documento que resultó de aquella confrontación fue presentado al Gobierno, y aprobado.

Durante aquellas semanas de consultas, entrevistas y gestiones a todos los niveles, Diego pudo consolidar su amistad con algunos de los que participaron en la elaboración del texto. Álvaro fue uno de ellos. Es periodista y Diego está convencido del papel positivo que tuvieron sus comentarios en el programa de televisión que dirige.

Poco tiempo después, se presentó otro reto: dar un giro a la política de planificación familiar, sometida a las presiones internacionales de los últimos años para la aplicación de la regulación de la natalidad.

En esta ocasión, Diego y sus amigos decidieron presentar a la Dirección de la Seguridad Social un plan fundamentado en la Declaración de la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo. Después del ir y venir de propuestas y contrapropuestas, de poner todos los medios humanos y sobrenaturales a su alcance, se aprobó la creación de unos cursos, rectamente orientados, dirigidos al personal médico del sistema público sanitario. Un especialista en la materia, con buena formación doctrinal, puso en marcha un ciclo, en el que se explicaron las enseñanzas de la Iglesia sobre estos temas.

No habían terminado de agradecer a Dios el resultado de tantos esfuerzos, cuando se presentó a la Asamblea Legislativa un proyecto de ley sobre la fecundación humana asistida y la manipulación genética.

Nada más tener conocimiento del caso, Diego y compañía decidieron estudiar el texto y descubrieron que algunas de sus cláusulas eran inadmisibles incluso según los parámetros fijados por la Organización de las Naciones Unidas.

Una vez más, reunieron a un grupo de ciudadanos y comenzaron la movilización. El primer resultado no tardó en llegar: el proyecto fue retirado de la agenda extraordinaria de la Asamblea. El caso aún no está cerrado y siguen los estudios y debates.

Gracias a la labor de varios, se ha logrado un clima de opinión que seguramente favorecerá la presentación de un proyecto que defienda la vida e integridad del no nacido desde el momento de la concepción.

Como es lógico, este trabajo ha permitido a Diego consolidar su amistad con varios amigos de valía que ya trataba, pero ahora con más profundidad.

53. CARTAS AL DIRECTOR

PEDRO

54 años, licenciado

Con ocasión de las fiestas navideñas, una importante cadena de televisión se mostró más bien parca en reportajes de contenido cristiano. A lo largo del año, Pedro había observado que, sin embargo, en las fechas más señaladas de otras religiones, la misma emisora se había prodigado en referencias y comentarios alusivos. Escribió serenamente al nuevo director de la cadena para comunicarle su extrañeza, máxime cuando la mayoría de la población de nuestro país están, cuando menos, bautizados.

A vuelta de correo, el director, católico practicante, agradeció efusivamente la carta a Pedro, que le había permitido demostrar con hechos cuál había sido la reacción del público ante la injusticia cometida —contra su opinión—, por el grupo que controla el canal.

54. SEMBRANDO ENTRE CAMPESINOS

PABLO

33 años, ingeniero agrónomo

La familia de Pablo tiene una pequeña granja. Al terminar sus estudios de Agronomía, Pablo se estableció en la capital, pero sigue yendo con frecuencia a la granja a supervisar la producción de la finca.

Hace unos diez años organizó un curso de doctrina cristiana para sus vecinos agricultores: gente humilde que vive de lo que producen sus pequeñas parcelas. Las sesiones tenían lugar los domingos, y el número de asistentes era bastante elevado.

Entre los vecinos, bastantes padecen necesidades de tipo material. Pensando en la manera de ayudarles, Pablo decidió utilizar su preparación universitaria, y un día anunció que desde la semana sucesiva habría una clase sobre asuntos de interés profesional, aparte de la charla de doctrina cristiana. Por supuesto, eran libres de asistir o no asistir. La perspectiva de escuchar los consejos de un ingeniero agrónomo resultó enormemente atractiva. Pablo abordaría temas como las nuevas variedades de maíz y cuáles se podrían implantar mejor en esa zona del país; técnicas para el máximo aprovechamiento del abono; qué negocios son los más ventajosos de acuerdo con los cultivos de la zona; medios para incrementar la producción...

Las clases tenían lugar en la granja de Pablo, que servía también como ejemplo práctico de las sugerencias que aportaba. Aunque el terreno de la granja es reducido — apenas media hectárea—, está muy bien aprovechado. Allí crecen árboles frutales y hortalizas. Alrededor de la granja hay un canal de agua que sirve a la vez como drenaje, canal de riego y criadero de peces.

La amistad con los vecinos fue afianzándose y creciendo cada vez más, como los cultivos de aquellas tierras. Aquellas actividades de formación profesional estaban dando resultado: estaban aprendiendo a trabajar bien, con sentido cristiano y espíritu de servicio.

En cierta ocasión, Pablo consiguió la donación de dos camiones de plantas y árboles frutales, que fueron distribuidos entre los campesinos de la zona.

Entre 2005 y 2007, Pablo tuvo que interrumpir sus viajes periódicos a la granja, pues durante esa temporada trabajó en una ciudad muy distante. Pero al cabo de esos dos años, regresó y reanudó la supervisión de la granja. Se lanzó entonces a promover dos cooperativas de ahorro entre los campesinos y, más adelante, a poner en marcha una fundación que respaldase una escuela agraria y un centro de formación para pequeños

negocios familiares. Seis meses más tarde ya existían dos cooperativas con más de veinticinco miembros cada una. Esta nueva relación profesional facilitaba mucho el trato con ellos. Se estaba *sembrando* entre los agricultores.

Durante el Año Internacional de la Familia, Pablo —junto con su esposa— organizó un curso de orientación familiar para los campesinos de las cooperativas. En el mes de febrero, prepararon en el rancho una celebración en la que, con tono rejuvenecedor y alegre, se trató del valor cristiano de la vocación al matrimonio. El ambiente era muy cordial. Uno de los vecinos, comentó al terminar:

—Es la primera vez que oigo hablar de esta forma de la familia. Me ha gustado mucho la idea de mantener el amor a la esposa con la misma ilusión que durante el noviazgo.

Durante el pasado verano, Pablo contactó con un grupo de universitarios de la ciudad que estaban interesados en hacer un proyecto social durante sus vacaciones. Pablo los invitó al rancho. Más de cien niños recibieron clases de catecismo, y se prestaron algunos servicios médicos a muchas personas. Se ve que esta *siembra* entre los campesinos dará mucho fruto.

55. SOLO TE TENGO A TI

PALOMA

61 años

Paloma está casada, es madre de familia y feliz abuela de dos nietos. Su trabajo es algo singular: es Presidenta de una Asociación de niños maltratados y directora, desde hace quince años, de un centro de menores.

Antes atendían —porque se trata de un proyecto familiar— a niños de 0 a 3 años, hasta que les propusieron trabajar con adolescentes de 12 a 18 años. Paloma y su asociación lo estuvieron pensando, y al fin, se decidieron.

Fue un cambio fuerte, duro, aunque tenían cierta experiencia, porque junto con su marido, Paloma había creado una granja-escuela, que parecía un buen modelo de enseñanza.

Y así, dejaron la enseñanza regular y, en conexión con un plan social para zonas marginadas, impulsaron ese nuevo tipo de enseñanza.

Durante ese tiempo Paloma estaba atravesando un periodo de crisis espiritual que le había llevado a perder la fe. Hasta que un día, hablando de cuestiones de trabajo con un Fiscal de Menores, estuvieron hablando de los valores espirituales, y el Fiscal le recomendó que pidiera consejo a un sacerdote.

Así se reencontraron Dios y Paloma, en un periodo crucial de su vida. Y desde entonces Dios no solo le ha ayudado a recobrar la fe, sino que le da la fuerza para seguir trabajando en este campo, tan complicado.

Sin ese anclaje en Dios, no podría afrontar día tras día los retos de un trabajo como el suyo, que es muy difícil, mucho más difícil de lo que pueda parecer a primera vista.

Su esposo es el subdirector del centro y su hija, la psicóloga. Todas las niñas y niños que tienen en el centro —veinticuatro— están sujetos a la ley. Ellos quieren vivir a su aire, y lo primero que piensan, cuando llegan al centro, es: *mañana mismo me escapo*. Pero su drama, lo profundamente triste de su situación, es que no tienen a nadie que les quiera; no tienen a nadie a quien acudir, salvo a los que están allí. Son niños sin familia. A veces se escapan y cuando vuelven, lo dicen: *Es que me he dado cuenta de que solamente te tengo a ti*.

Cuando Paloma lee el historial de estos niños le da una gran pena, porque con frecuencia han sido maltratados física, psíquica y sexualmente. No es fácil ayudarles a sanar esas heridas, aunque estén veinte educadores para veinticuatro personas, casi uno por persona, las veinticuatro horas del día y todos los días del año... Y son pocas

personas.

—¿Cómo te has metido en esto? —le preguntan algunos a Paloma.

Y ella les responde que la gente ignora lo que significa no tener familia y haber sufrido el maltrato en carne propia... «¡Hay que ayudarles!».

56. VENDIENDO ILUSIÓN

EUGENIA

58 años, vendedora de lotería

Con veintinueve años, Eugenia quedó viuda y con cinco hijos, de siete años el mayor y embarazada del último. Como la pensión que tenía no era suficiente para sacar adelante a sus hijos, solicitó al Estado una ayuda especial. Buscaba un trabajo que le permitiera dedicar tiempo a sus hijos y, a la vez, conseguir unos ingresos. En ese momento los puestos de lotería se concedían a personas con necesidades económicas especiales y por eso le concedieron un puesto.

Desde entonces trabaja en su puesto de lotería. Mientras sus hijos eran pequeños, su tarea se centraba fundamentalmente en supervisar lo que hacían los dos empleados que tenía. Poco a poco, conforme sus hijos se fueron haciendo mayores, le ha podido dedicar más tiempo al puesto. Ahora trabaja de lleno junto con una de sus hijas, Cristina y otras dos personas.

La lotería tiene un horario muy amplio, hasta las ocho de la tarde, y eso requiere mucha dedicación. Pero gracias a ella, Eugenia ha ido conociendo a mucha gente de la zona y, cuando les vende ilusión o les desea que ganen la lotería, reza también por ellos desde la ventanilla.

Con el paso del tiempo, Eugenia ha ido aprendiendo a querer a la gente, a ofrecer el cansancio y a intentar servir a los demás desde donde está; a ver el lado positivo de las cosas, estar alegre y con buen humor, a poner ilusión en lo que hace.

Eugenia tiene una bonita imagen de la Virgen que preside su puesto. Constantemente le pone flores frescas. Eso ha dado pie a muchas conversaciones con los clientes que, en ocasiones le preguntan y le cuentan sus vidas. En varias ocasiones, se ha quedado sorprendida al ver cómo algunas personas se han acercado a Dios a través de la Virgen. También en esos momentos, aprovecha para hablarles de Dios y les cuenta también de su vida.

En estos treinta años al frente de su puesto de lotería, no solo tiene clientes, sino muchos amigos a los que intenta ayudar y que saben que cuentan con su oración y su cercanía.

57. MÁS ALLÁ DE LA CALIDAD TOTAL

JUAN PABLO

32 años, ingeniero industrial

Juan Pablo trabaja como director comercial de una empresa con varias sucursales por todo el país. En las conversaciones con los directivos de otras tiendas diseminadas por todo el territorio, cada vez eran más frecuentes los temas de ética empresarial: la honradez en los negocios, la preocupación por cada persona que trabaja con nosotros, el buen empleo de las ganancias... Siempre coincidían en que hacía falta sacar fruto de aquellos diálogos, llegar a una aplicación práctica, para bien de todos los empleados y de la propia firma.

Después de considerarlo por su propia cuenta, Juan Pablo hizo a varios colegas —por separado— la siguiente pregunta:

—¿Qué te parece si tenemos una reunión en mi despacho para hablar sobre algunos principios éticos? Tenemos que empezar por estudiarlos bien.

En todos los compañeros, Juan Pablo encontró un apoyo incondicional. A las pocas semanas tuvo la primera sesión con una decena de personas en el Club de Industriales. Juan Pablo enfocó el asunto sin enunciar títulos y subtítulos: *Ética de las virtudes*. No pretendía ser original, pero le pareció importante dejar claro desde el principio que no se tratarían ideas teóricas, sino que se ahondaría en cuestiones de índole vital y personal de manera muy práctica. Al final de la reunión, unos y otros se acercaban con comentarios que confirmaban su interés:

—Me parece estupendo tratar así la Ética. Si mejoramos por dentro, también mejoraremos en nuestra actuación profesional —comentaba uno de los asistentes.

En todas las empresas existe una gran preocupación por mejorar la calidad técnica y los servicios que se ofrecen. La empresa de Juan Pablo, que no es una excepción, quería humanizar el trabajo enseñando a practicar las virtudes humanas. Así será posible una recta orientación hacia la verdadera calidad del producto, tal como se entiende en muchos ámbitos empresariales.

Isaac, que había participado de la primera reunión, acondicionó una sala de sus oficinas e invitó a Juan Pablo para que transmitiese algunas de aquellas ideas a todos sus colaboradores. Pocos días antes de la reunión, comentó a Juan Pablo:

—Me parece fundamental dirigir cualquier empresa apoyándose en convicciones firmes y serias. He aprendido que hace falta una recta orientación incluso en las decisiones menos trascendentales del quehacer diario.

Al comprobar que aquella preocupación no era exclusiva de los que ya participaban en las clases, fijaron una serie de reuniones mensuales a las que dieron mayor difusión. También pensaron en organizar un simposio que llevaría por título *Ética y Calidad*.

Luis Fernando puso a disposición su domicilio para reunirse mensualmente. Era conveniente tener las reuniones fuera de la oficina para distinguir aquellas sesiones del trabajo propiamente dicho y que nadie se sintiera obligado a asistir. Cada cuatro sábados, la familia de Luis Fernando *salía de compras* —como decía él con gracia— y durante buena parte de la mañana transformaban su casa en un verdadero centro de estudios de Ética empresarial.

Trataron, por ejemplo, sobre la relación entre las virtudes cardinales y el buen gobierno de una empresa, o las aptitudes necesarias para realizar una buena gestión. Los participantes se fueron dando cuenta de que no bastaba con una preocupación por mejorar el comportamiento personal, sino que era necesario conocer a detalle la Doctrina Social de la Iglesia. Y así, también esos temas pasaron a ser objeto de estudio.

Los comentarios que se escuchaban aquí y allá dejaban ver que las charlas no se quedaban en la mera teoría. Uno de ellos, por citar un caso, comentó a Juan Pablo al final de una reunión:

—Esta filosofía me está colocando delante de Dios y estoy acudiendo a los sacramentos con más frecuencia. Te lo digo sinceramente: ahora sé por qué los recibo y por qué me hacen tanta falta.

Los objetivos inmediatos se iban consiguiendo con estudio y con gracia de Dios. Pero todavía tenían que afrontar el desafío del simposio sobre *Ética y Calidad*, abierto a todos los empresarios de la ciudad.

Después de mucho rezar y buscar, encontraron el local idóneo para el encuentro: una sala perteneciente a un Sindicato. Aunque al principio les pareció demasiado amplio, el espacio no sobró. La jornada fue un rotundo éxito y muchos aseguraron su participación en las próximas reuniones u ofrecieron su ayuda para preparar un segundo simposio.

Luis Fernando presidía la mesa. Antes de presentar al primer ponente, echando una ojeada al numeroso público, comentó a Juan Pablo:

—¡Quién me iba a decir en lo que acabaría la primera reunión que tuvimos en mi casa...!

58. EN LA LOGÍSTICA

ÓSCAR

41 años, ingeniero industrial

Óscar es un profesional del transporte. Trabaja como agente de logística, ocupándose de todas las gestiones y tareas de coordinación necesarias para que una remesa de material sea transportada desde un lugar a otro, en el menor tiempo posible y con seguridad. La logística le parece a Óscar un mundo fascinante, también por la gran variedad de personas con las que trata a diario: camioneros, agentes de barco, aduaneros, responsables de empresas...

Gracias a los modernos avances de las comunicaciones, tiene la suerte de trabajar en su casa, a solo unos metros de su esposa y sus hijos. Sin embargo, su atención se pasea por toda América del Norte, desplazándose de un lugar a otro. Óscar pasa la mayor parte del tiempo hablando con camioneros, para ayudarles a solucionar distintos problemas: desde uno que se ha visto obligado a dar un rodeo a causa de un derrumbe en alguna carretera de Canadá, hasta otro que necesita un cambio de camión por una dificultad mecánica en Chiapas. Al mismo tiempo que se mantiene en contacto con ellos, Óscar puede estar negociando un contrato en el puerto de Lázaro Cárdenas o dando ánimos y compañía a otro conductor que se encuentra atravesando una tormenta en Nebraska.

Óscar ha aprendido las ventajas, también profesionales, de intentar siempre comportarse con nobleza. En este trabajo, evitar las verdades dolorosas, o dar informaciones ambiguas para salir momentáneamente del paso, nunca resuelve los problemas. A veces, hay clientes que llaman un tanto alterados:

—¿Dónde está mi camión? ¿Cuándo llegará a destino? ¡Lo esperan desde hace media hora...!

Los plazos de entrega de las mercancías son ajustados, y muchas veces están en juego negocios o inversiones importantes. Como decía antes, en estos casos, lo mejor es la sinceridad:

—No sé dónde está su camión.

—¿Cómo! ¿No lo sabe usted?

—Como lo oye: llevo cuarenta y cinco minutos intentando hablar con el conductor, pero aún no lo he conseguido. En cuanto tenga cualquier información, le llamaré.

Así, el cliente sabe que se le dice la verdad, aunque las cosas a veces no vayan como le gustaría. Pero se tranquiliza sabiendo que será informado de inmediato en cuanto haya alguna novedad.

En este trabajo, Óscar ha tenido oportunidad de conocer a muchos camioneros a través del contacto por radio: la mayoría viven en otras ciudades y probablemente nunca se verán, pero son amigos. El trabajo de los conductores casi siempre consiste en cargar maquinaria industrial pesada, que llevan de un lado a otro por carreteras largas y solitarias. A veces hablan y se comportan bruscamente, pero la experiencia de Óscar es que la mayoría de ellos tienen un corazón muy grande y están abiertos a la amistad. Cuando hay un mínimo de confianza, Óscar procura hablarles de Dios: así ha comprobado que entienden muy bien el Amor paternal que el Señor nos tiene.

En ocasiones, Óscar pide a Dios el *don de lenguas*: muchas veces le han agradecido que les diga las cosas claras, con términos que nunca se publicarían en ningún lugar, pero que ellos entienden y aprecian. También Óscar pone esfuerzo en hacerse cargo de las circunstancias personales de sus choferes, sobre todo cuando surge algún problema que tiene que ver con la organización del trabajo. Recientemente, por ejemplo, un camionero —justo antes de un largo viaje que le tocaba emprender— se enteró de que su hija acababa de ser ingresada en el hospital. Deseaba quedarse para acompañarla, pero los plazos de entrega apremiaban... Enseguida Óscar se puso a realizar gestiones con las empresas implicadas, para que aceptaran un retraso y así salvar el contrato de transporte que ya estaba firmado.

Otras veces, Óscar está atento a que se reconozca y aproveche la contribución que los conductores pueden dar, por su larga experiencia en el manejo de algunos materiales más complejos de transportar. No hace mucho, un fabricante quería que se transportaran unos enormes aparatos de flotación, que se usarían en las plataformas petroleras del Golfo de México. Su peso extraordinario y su gran tamaño causaban muchos problemas logísticos. Óscar insistió en que el conductor estuviera presente mientras se hacía el montaje, para que aportara su opinión. De esa manera se solucionaron las dificultades y, una vez terminada la operación, Óscar invitó al responsable de esa empresa —que era católico— a rezar juntos el Ángelus: porque era mediodía y en acción de gracias. El individuo comentó que era la primera vez que rezaba esta oración en medio del trabajo.

Como se va viendo, organizar el transporte de mercancías tiene su complejidad: los aspectos puramente logísticos requieren numerosas gestiones, y no es menos laboriosa la estipulación de los contratos entre las partes implicadas, incluidas las compañías de seguros. Es preciso pasar tiempo negociando y colaborando con los responsables de las empresas y, así, muchas veces se presenta la ocasión de llegar a la esfera personal en el trato con esos colegas. Aunque se encuentren a muchos kilómetros de distancia, con frecuencia Óscar habla con ellos de temas fundamentales —la familia, la fe...— y, según los casos, trata de reforzar la voz de sus conciencias, les invita a escuchar al Espíritu Santo o, al menos, apela al sentido común.

Varias veces, ha tenido la alegría de enterarse de que un matrimonio se ha reconciliado, ha cambiado su actitud hacia la transmisión de la vida o ha regularizado su situación. Con algunos las cosas van más despacio, y Óscar debe confiar en que Dios solucionará las cosas cuando sea mejor, y aumentar la oración y mortificación por sus amigos. También hay personas que le agradecen libros, folletos o materiales en audio

que les ha mandado para ayudarles en su formación y piedad.

Como es natural, Óscar no solo tiene amigos a distancia. Otros viven en su barrio, algunos muy cerca, como Gerardo, que tiene su casa en la misma calle que Óscar. Su aprecio por las enseñanzas de la Iglesia ha ido en aumento, y lo está contagiando a sus amigos.

No deja de admirar a Óscar la cantidad de gente buena que va encontrando casi sin pretenderlo, en el trabajo, en el barrio y por otros cauces para él inesperados. Por eso pide al Señor que le ayude a compartir con ellos el tesoro de la fe que Dios ha puesto en sus manos.

59. BIEN LIMPIO

HÉCTOR
48 años, jardinero

Hace unas semanas, Héctor se topó con un amigo por la calle que iba al hospital para visitar a un enfermo. Cuando este le dijo el nombre del enfermo —don Pepe—, Héctor lo identificó inmediatamente como un cliente que había tenido hace muchos años. Le recordaba como un señor de unos cincuenta años, muy trabajador, y siempre entregado a su familia. Ahora le acababan de localizar un tumor maligno en el cerebro.

Héctor tomó nota de cuándo le operarían y se despidió de su amigo.

Al día siguiente era martes. Faltaban dos días para la intervención quirúrgica y, como Héctor sabía que don Pepe era creyente pero alejado de los sacramentos durante años, decidió ir a visitarlo. Estaba consciente pero un poco decaído. En un momento en el que pudieron hablar a solas, Héctor le dijo que eso de entrar en un quirófano era una cosa seria, y le propuso hacer una buena confesión.

La respuesta de don Pepe le sorprendió:

—Sí, de acuerdo, quiero presentarme delante del Altísimo bien limpio. Muchas gracias por sugerírmelo.

Héctor se puso en marcha. Aquella noche estableció contacto con un sacerdote y quedaron para el día siguiente, miércoles. A las siete de la tarde pasó a recogerle y poco después llegaron al hospital. Don Pepe y el sacerdote estuvieron hablando bastante rato. Al salir, el enfermo le dio un fuerte abrazo a Héctor, agradecido. Al día siguiente entró en el quirófano, y ahora está inconsciente en la unidad de cuidados intensivos...

60. ENTRE CAZUELAS

JUAN PABLO
56 años, cocinero

En sus primeros años de ejercicio profesional, Juan Pablo trabajó en una imprenta manipulando papel y cartón. Hace veintidós años, animado por su hermano, comenzó a trabajar en un centro de Conferencias. Inicialmente se encargaba del mantenimiento y del cuidado del jardín, pero la actividad en la cocina, que atendía su mujer, era cada vez más abundante, y comenzó a ayudarlo.

Entretanto, iba creciendo la familia y Juan Pablo tuvo que buscar otros empleos, todos relacionados con el mundo de la hostelería, que le permitieran sostener económicamente a los suyos. Pasó por residencias de estudiantes, colegios y, desde hace seis años, se encarga del servicio de comedor de un hospital geriátrico donde viven trescientas setenta personas. Algunos están allí temporalmente, convalecientes de alguna lesión; para otros, es su residencia habitual. Enseguida Juan Pablo advirtió que muchos de ellos apenas conocían a Dios, y decidió no desaprovechar la oportunidad.

La cocina es como el motor del geriátrico. En turnos, trabajan dieciséis personas todos los días del año. Es una labor que facilita ser generoso: esmerarse en la preparación de las comidas, dedicar unas palabras de cariño o prestar unos minutos de compañía a una persona anciana... Además, las horas de trabajo crean un ambiente de cordialidad en el que fácilmente nace la amistad. Resulta natural que los compañeros de trabajo le cuenten a Juan Pablo sus preocupaciones que, a veces, parecen insuperables. Juan Pablo reza por ellos y, en muchas ocasiones, les presta algún folleto que trate del tema que le preguntan. En poco tiempo se ha creado un clima más sobrenatural y optimista; trabajan con mayor ilusión y conversan sobre los pequeños asuntos familiares: la adolescencia, la formación de los hijos, el sentido cristiano del trabajo y de la diversión... de lo divino y de lo humano. Con frecuencia escucha comentarios que le ayudan a dar gracias a Dios: *desde que me dejaste este libro, hablo más con mi mujer. Ya le di ese consejo a mi hija y está mucho más tranquila. Ahora trabajo con más ilusión y me canso menos...*

En el geriátrico, Juan Pablo conoció al presidente local de un sindicato, un hombre con virtudes humanas y muy abierto. Aunque está alejado de los sacramentos, se interesó, y Juan Pablo le prestó un libro doctrinal. Ahora reza por él para que se decida pronto a llevar una vida cristiana.

Los años le han enseñado que si la cocina funciona, marcha toda la casa. Con frecuencia viene a su memoria las palabras que pronunció un santo refiriéndose al

trabajo de Juan Pablo: *por el estómago se llega al corazón.*

61. UNA CARDIÓLOGA CUALQUIERA

GLORIA
44 años, cardióloga

Gloria estudió medicina y luego hizo su especialidad en cardiología. En aquella época estaba más o menos satisfecha de su vida: tenía una bonita familia, amigos, buenas notas... y, sin embargo, notaba que le faltaba algo.

Algunas de sus amigas llevaban dirección espiritual. Un día, por hablar de algo, Gloria le dijo a una de ellas que le contara algo acerca de su director espiritual.

—Charlando con él —respondió su amiga, con sencillez— he aprendido tres cosas: a querer, a estudiar y a rezar.

Gloria le pidió que le presentara a ese sacerdote. Algunas semanas más tarde se conocieron y Gloria comenzó a tener dirección espiritual. Se estaba muy bien allí.

Con el tiempo entendió que lo que le había atraído era la naturalidad con que su amiga vivía su fe cristiana. Enseguida se le abrieron nuevos horizontes en la vida. Descubrió que Dios le quería y que ella podía responderle en sus actividades de cada día. Su estudio, su tiempo libre, su trabajo, su futuro, en fin, su vida, eran un camino para llegar al Cielo.

Desde entonces, la vida de Gloria ha sido muy intensa. Como es normal, no han faltado los momentos duros, oscuros, pero también la fe se ha hecho más fuerte. Gloria recuerda, por ejemplo, cuánto le costó aceptar la muerte prematura de su papá, a quien ella estaba muy unida. Él le había enseñado a ser responsable y autónoma para tomar las propias decisiones.

Otro momento difícil fueron los comienzos en la carrera de Medicina. Su primer examen de Física fue un desastre. El segundo, de Química, parecía insuperable.

—¡Dios mío! —se decía Gloria—, quizá me he equivocado de profesión.

Recuerda que aquello le angustió mucho. Contó su problema a una amiga con más experiencia, y le serenó.

¿Y qué ocurrió después? Pues Gloria encauzó muy bien sus estudios de Medicina, y se especializó en Cardiología. Desde entonces, procura ayudar a estudiantes que —como ella entonces— necesitan orientación y apoyo en los primeros años de Universidad.

Desde hace quince años atiende la unidad de Cardiología, a donde llegan los enfermos de corazón de su ciudad. En concreto se ha especializado en la *ecocardiografía*. En muchas ocasiones, asiste a enfermos que se debaten entre la vida y la muerte. En esos momentos límite, Gloria lucha por no dejarse llevar por la rutina, por no acostumbrarse

al sufrimiento.

Otras veces, cuando está de guardia —de noche—, pasa por las habitaciones de los enfermos; mira sus rostros: algunos duermen, otros no lo logran a causa del dolor, o del miedo o de la soledad. Entonces Gloria procura detenerse y hablar con ellos, darles ánimos y esperanza. Cuando por fin logra tranquilizarles, parece desaparecer su propio cansancio.

Cada día, al llegar al trabajo, toma el ascensor para subir a su consultorio. En ese momento, suele rezar para que Dios la ilumine y le ayude a ser útil a los demás. Especialmente, le pide ser ayuda para sus compañeros de trabajo. Con todos, especialmente con los más veteranos, Gloria tiene una relación de confianza y estima. ¡Han pasado tantos momentos duros juntos! Desde las situaciones de estrés vividas cuando está en juego la vida de un hombre, hasta las mil y una batallas en defensa de la vida, que algunos intentan interrumpir incluso antes del nacimiento.

Pero son los médicos jóvenes quienes realmente dan energías nuevas al hospital. Muchos trabajan con Gloria para aprender a hacer ecocardiografías. Pero Gloria procura no solo enseñarles eso. Intenta también darles, en la medida de sus posibilidades, buen ejemplo.

Junto con un colega, ha organizado unos cursos sobre ética clínica, la dimensión espiritual del enfermo, el sentido del sufrimiento, la justa competitividad, el equilibrio entre trabajo y familia, etcétera. Cada vez participan más doctores jóvenes y ya han llegado a la tercera edición del curso. Gloria da gracias a Dios cuando se topan por los pasillos y advierte que están poniendo en práctica lo que ella a su vez aprendió: ¡hacer grande la vida ordinaria sirviendo a los demás!

62. ¡ESOS SON HOMBRES!

DON ISIDORO
92 años, arquitecto

A pesar de sus 92 años, don Isidoro tiene un estupendo estado de salud. El invierno pasado, varios frentes fríos azotaron su ciudad y la temperatura bajó considerablemente. Un buen día comenzó a toser.

A esas edades, cualquier tos puede complicarse, por lo que uno de sus hijos — Santiago— decidió llevarlo al doctor. Ya en la consulta, el doctor le dijo a don Isidoro:

—Lo veo a usted muy desabrigado. Necesita taparse bien porque tiene una infección en los pulmones.

Don Isidoro se giró hacia su hijo y le dijo:

—¡Tú no oigas esto! ¡Tápate las orejas! Y creyendo ingenuamente que su hijo no lo escuchaba, le susurró al doctor:

—Lo que pasa, doctor, es que no puedo taparme porque tengo muchos hijos y le ofrecí a Dios el sacrificio de no ponerme nada más que mi chamarra durante este invierno, para que todos puedan llegar al Cielo.

El doctor se quedó helado.

—¡Don Isidoro! ¡No debe usted poner en peligro su vida! Le sugiero que busque otro sacrificio que no le haga daño. ¡A partir de hoy se me tapa usted bien!

Don Isidoro se quedó pensativo. Miró hacia su hijo, que fingía no oír nada, y susurró de nuevo al médico:

—Y... ¿realmente me hace daño?

—¡Por supuesto! Una «tosesita» de estas se puede convertir en neumonía y...

Don Isidoro seguía pensativo.

—Entonces supongo que también debo dejar de bañarme con agua fría, ¿no?

Su hijo Santiago no daba crédito a lo que oía.

63. UNA LECCIÓN INMEJORABLE

JOSÉ
51 años, médico

José, profesor de la Facultad de Medicina de la universidad, aprovechó una de sus horas de clase para hablar a sus alumnos del aborto en algunos casos límite. Al final de la exposición, dejó unos minutos para que manifestaran su opinión. El salón quedó dividido desde el primer instante con posturas enfrentadas. Pocos minutos antes de terminar, algunos preguntaron al profesor cuál era su opinión. Este pidió que le dejaran pensar mejor la respuesta: en la próxima clase hablarían de ello.

Efectivamente, en la siguiente sesión llegó con una señora que llevaba de la mano un niño de seis años, aproximadamente. El pequeño tenía Síndrome de Down. La madre comenzó a hablar a los alumnos de lo que había significado para toda su familia el nacimiento de aquel niño. Al principio, dijo, les costó mucho trabajo aceptar la realidad pero, después, esta se impuso por sí misma... y muy favorablemente: los demás hermanos se unieron mucho entre sí y con los papás.

Al terminar de decir estas cosas, se dirigió al pequeño y le pidió que les hablara a los alumnos de lo que había aprendido en la escuela. El niño empezó a decir las letras que sabía escribir, los números que había memorizado... También les enseñó sus tareas, sus cuadernos, sus dibujos... Para despedirse, el niño les dijo que quería darle un abrazo a cada uno. Y así lo hizo. Sobran palabras para explicar el impacto de esa lección en los alumnos.

64. UN REPARTIDOR DE GAS

ANTONIO

46 años, repartidor de butano

Hace un par de años, Antonio se quedó sin trabajo cuando había contraído algunas deudas importantes. Dedicó mucho tiempo a buscar un nuevo empleo, pero la respuesta solía ser la misma: *De momento no nos es posible...*

Fue entonces cuando Antonio y su mujer decidieron pedir ayuda de lo alto, e iniciaron una novena. En el octavo día, estaban un poco inquietos porque la situación seguía igual. Aún así esperaban que Dios se luciera. ¡Y vaya si lo hizo! Precisamente cuando terminaban la novena le ofrecieron a Antonio repartir el butano con un camión. La oferta no era desdeñable porque, además del salario, tenía el incentivo de las comisiones. Solo había un pequeño problema: Antonio nunca había manejado un camión. Para ser más precisos, ni siquiera tenía licencia para conducir. Pero —pensando para sus adentros—, si Dios le había conseguido ese trabajo, sería el que más le convendría.

Nuevamente acudió a su intercesión: necesitaba tiempo para sacar la licencia. En solo quince días debería aprender a manejar y aprobar el examen para recibir la licencia. Dos semanas después, Antonio transportaba bombonas de butano por toda la ciudad.

En los primeros días conducía agarrotado, y la sensación de inseguridad se acentuó después de dos pequeños accidentes de tráfico. Antonio temía perder el empleo. Afortunadamente, una mañana durante un embotellamiento, una persona se detuvo para animarle. Estuvieron hablando un momento y Antonio pidió a su interlocutor que rezase por él hasta que lograra ser un conductor experto. Desde aquel día, no ha vuelto a tener ningún percance.

Su nuevo trabajo le permitía tratar regularmente a muchas personas. Procuraba ser amable, como ha aprendido en su casa, y la gente le correspondía con una confianza desconcertante. Unos clientes le hablaban de cuestiones personales, otros le pedían consejos para solucionar problemas familiares. Cuando Antonio volvía a esas casas para reponer el gas preguntaba si se había curado el niño enfermo o si se habían resuelto aquellas cuestiones de las que le habían hablado la vez anterior. En aquellas cortas conversaciones, varios clientes le pidieron información sobre cursos de orientación familiar e incluso un muchacho le planteó algunas dudas de fe que tenía.

¡Cuántas escaleras he subido!, decía Antonio. En los barrios populares donde distribuía el butano, no suele haber ascensor, y algunos de los clientes vivían en los últimos pisos. A veces Antonio debía subir cuatro o cinco pisos con los veintisiete kilos

que pesa una botella, después de haber repartido otras ciento ochenta durante la jornada. Tampoco era infrecuente que, cuando había terminado el reparto en un edificio, apareciera una persona anciana en el descanso de la escalera:

—¿Sería usted tan amable de subirme también una a mí?

Antonio conoció a personas muy buenas, que agradecían sus esfuerzos. Una maestra jubilada se ofreció a darle clases gratuitas para que terminara la secundaria. Gracias a su interés, ahora Antonio estudia una carrera universitaria. En otra ocasión, se le acercó a Antonio un señor con un carro donde llevaba una botella de gas vacía. La cambió por una llena, pagó y le dio a Antonio una generosa propina.

—Le veo a usted todos los días en Misa —añadió—, y he querido bajar y ahorrarle otras escaleras. Su asiduidad me anima mucho.

Antonio también se acordaba de él. Cada mañana, antes de empezar el trabajo, estacionaba el camión del gas en la puerta de la iglesia. Los primeros días, algunos feligreses le miraban con curiosidad porque asistía a Misa con el uniforme de trabajo. Después, al llegar a sus domicilios con la bombona, le reconocían por el uniforme. Antonio solía aprovechar esa conversación para tratarles más y despertar en ellos alguna inquietud que les ayudara a ser mejores.

65. SECRETO REVELADO

JOSÉ PABLO
85 años, jubilado

Con cierta regularidad, José Pablo acude a un consultorio médico para renovar las recetas de las medicinas que tiene que tomar. Acude a consulta dos o tres veces al año. El médico es mucho más joven, pero siempre le atiende con corrección y confianza. Al finalizar una de esas consultas, el médico le sorprendió al rogarle que le aclarara un secreto.

—¿Qué secreto? —preguntó José Pablo, intrigado.

—Quiero que me diga cómo logra usted, a sus ochenta y cinco años, estar siempre sereno, cordial y de buen humor.

José Pablo le contestó que, desde luego, se lo iba a revelar, porque lo consideraba un buen amigo:

—Pues, mire usted: procuro estar siempre de buenas con Dios.

No se sabe si el médico esperaba esa respuesta. Al despedirse, José Pablo le tuvo que advertir que no le hablara «de *usted*», porque le hacía sentir más viejo de lo que era. Los dos esbozaron una ligera sonrisa.

66. TRABAJANDO COMO... ¡UN BUEY!

JOSÉ
56 años, agricultor

José es agricultor. Tiene una pequeña parcelita y todos los días, desde temprano, sale a trabajarla. Es común que se tope con algunos de sus vecinos que, como él, salen a trabajar la tierra.

Una ocasión, muy de mañana, José se encontró con un vecino que estaba arando con su yunta de bueyes. José lo saludó y le preguntó:

—¿Ya ofreciste hoy tu trabajo a Dios?

El interpelado se quedó desconcertado ante semejante pregunta. Pero su reacción fue mayor cuando José continuó su razonamiento:

—¡Porque si no lo has hecho, trabajas como ellos! —dijo, señalando a los animales que jalaban la yunta.

67. ECHANDO ROLLO

LUISA
27 años, dietista

Luisa tiene 27 años. Proviene de una familia de seis hermanos, que vive al día. Sus papás han tenido que esforzarse mucho para sacarlos adelante.

Ahora, todas las mañanas, de camino al hospital, le *echa su cuento a Dios*.

—Trato de ser amiga de los que trabajan conmigo —afirma Luisa—. Soy dietista y trabajo en un hospital tres días a la semana. Otros dos días atiendo consultas privadas.

Luisa se levanta a las 5:30, le da gracias a Dios por ese nuevo día y se lo ofrece. Luego, agarra su ordenador, sus libros, su bata y su comida, porque no regresa a la casa hasta la noche.

De camino, acostumbra a hacer un rato de oración: un rato de *conversación* con Dios y con la Virgen. ¡*Les echo mi rollo!* Cuando tiene un hueco, reza el Rosario a la Virgen y procura asistir a la Santa Misa en la capilla del hospital.

—¡El día se me pasa volando viendo los pacientes! —dice.

El hecho de que los salude y se aprenda sus nombres marca una diferencia, y ellos se lo agradecen. Trata de ser amiga de sus colegas, de preocuparse por ellos, y piensa que así agrada a Dios y hace también más agradable su trabajo.

El fin de semana recupera fuerzas. Se los dedica a la familia, va a la playa, a comer, ve a sus amigos...

Una idea que la marcó desde pequeña fue una frase que escuchó en su clase de moral durante la secundaria: le enseñaron a rezar por la Iglesia y a *ser Iglesia* allí donde se encuentre. Su compromiso consiste, por tanto, en buscar a Dios en la vida ordinaria.

68. LA DECISIÓN QUE NO LLEGABA

HUMBERTO
47 años, carpintero

Humberto andaba empeñado en que su amigo Emilio se confesara. Sin embargo, durante bastante tiempo no pudo conseguir un sí definitivo. Un día parecía que sí..., otro que no, que esta o aquella otra razón lo hacía imposible... La vacilación continuó hasta que un buen día Humberto decidió ponerse más enérgico que otras veces.

Emilio había estado diciendo:

—Pues sí, creo que me vendría bien confesarme, pero no sé si me atreveré. Creo que no tengo las fuerzas suficientes...

Aquél *sí* continuaba sin aparecer, hasta que Humberto disparó en un tono más bien fuerte:

—¿Por qué no dejas de poner excusas y vamos allí de una vez?

Tras unos instantes de silencio, Emilio contestó con una sonrisa:

—Esto era exactamente lo que necesitaba, que me lo dijeras en ese tono. Vamos, antes de que me arrepienta.

69. EL EJEMPLO DE SU ESPOSO

ISABEL
36 años

Desde su niñez, Isabel ha sido creyente, aunque no practicaba su fe católica. Por la iglesia se asomaba solamente cuando afrontaba alguna especial dificultad, cuando no se sentía todopoderosa... Entonces, se acordaba de que allí podía pedir ayuda.

Le parecía que Dios estaba en algún lejano lugar... Pero rezar el Rosario o asistir regularmente a Misa le parecía algo más propio de personas de edad avanzada... Ella pensaba que para los jóvenes *no estaba de moda*.

Se consideraba católica, aunque en realidad no sabía lo que era eso: realmente, sabía muy poco sobre la fe católica y sobre su compromiso como bautizada.

Reconoce que, al enterarse de que David, la persona que le gustaba, era un hombre piadoso, su primera reacción fue de miedo, miedo por ignorancia. A pesar de eso, la sinceridad y naturalidad de David difuminó su temor. Ahora —con pocos años de matrimonio— Isabel es muy feliz y le agradece a Dios haber conocido a alguien así.

David ha sido siempre para ella un ejemplo de buen cristiano. Sus esfuerzos diarios para encontrar tiempo para Dios, para la oración, para la Santa Misa, sin importar dónde estuvieran, dejaron en ella una huella profunda.

Además, este buen ejemplo le suscitaba un montón de preguntas: *¿cómo es mi relación con Dios? ¿qué lugar ocupa en mi vida?* Por supuesto, a veces se tranquilizaba pensando que no necesitaba profundizar en esas cuestiones, que *no tenía tiempo* para eso.

Pero, más bien, no tenía mucho interés en encontrar ese tiempo. Cuando comprendió que el trabajo más importante de su día era su encuentro con Dios, pudo captar que ordenando bien su día y haciendo en primer lugar las cosas importantes, aprovecha más el tiempo.

70. CUMPLIENDO CON EL ENCARGO

SANTIAGO

16 años, estudiante de preparatoria

Santiago estudia la prepa. Tuvo la oportunidad de pasar un verano en Canadá, en casa de una familia amiga, católica. Un domingo le invitaron a visitar algunos lugares turísticos importantes, que tenía muchas ganas de conocer. Como no sabía a qué hora planeaban ir a Misa, lo preguntó. Le contestaron que no iba a ser posible, porque tenían que visitar muchos lugares y que —además— debía cumplir su encargo en la casa: cortar el césped.

Ante esa respuesta, Santiago agradeció la oportunidad del viaje, pero les dijo que prefería quedarse y asistir a Misa. Contrariados, no tardaron en encontrar una alternativa: modificarían un poco el recorrido y asistirían a una Misa muy tempranera que quedaba en el camino.

El viaje fue maravilloso. Grande fue la sorpresa de los señores al ver la noche del domingo, después de un día tan ajetreado, a Santiago cortando el césped...

Hace ya varios meses que Santiago regresó, pero el contacto con su familia adoptiva continúa a través del email. En un reciente correo, le agradecían su ejemplo porque, gracias a él, la familia ha retomado la costumbre de asistir a Misa los domingos.

71. DOS INTENCIONES

JOSEMARÍA

39 años, directivo de empresa

Josemaría trabaja como Director Comercial en una empresa de alimentos. Por motivos profesionales, se desplaza continuamente por todo el territorio nacional, visitando e impulsando las distintas sucursales de su empresa.

En uno de esos viajes, tras dos días de intensa negociación con el nuevo socio, se acordó abrir una nueva sucursal. Después fueron a comer juntos, y la relación profesional dio paso a un trato más amistoso. Terminaron hablando de Dios, de sus vidas, de sus familias...

El nuevo socio le contó que lo había pasado muy mal, ya que uno de sus hijos murió en un accidente con solo tres años. Además, estaba atravesando una mala temporada, llena de agobios, y por eso había decidido tomarse una semana de vacaciones, dejando a su mujer e hijos en casa. Josemaría tenía ya suficiente confianza con él como para recordarle sus obligaciones familiares y la importancia de darse a los demás.

Un rato más tarde, el socio llevó a Josemaría al aeropuerto, y allí, antes de despedirse, añadió:

—Voy a pedir dos cosas al hijo tuyo que murió: la primera, que te vayas de vacaciones con tu mujer y tus hijos; y la segunda, que las ventas de esta zona vayan muy bien.

Cuando volvieron a verse, lo primero que hizo Josemaría fue preguntar a su socio sobre las vacaciones: había ido finalmente con toda la familia. Y la segunda intención también marcha sobre ruedas...

72. REMATANDO CON ÉXITO LA FAENA

ADRIÁN
69 años, jubilado

Adrián había cumplido apenas doce años cuando tuvo la oportunidad de ser presentado a dos famosísimos toreros. Desde entonces, su mayor ilusión fue llegar a ser matador de toros. Como en aquella época la televisión era un bien escaso, Adrián se tenía que conformar con sintonizar en la radio un programa semanal sobre toros, y leer con fruición las críticas de prensa a la labor de tal o cual diestro, que publicaba un periódico local. Su padre le incitaba a cultivar esa afición, así que, cuando Adrián comenzó sus estudios universitarios, su papá vio con buenos ojos que, si era responsable en los estudios, le dedicara tiempo.

Terminada la carrera, Adrián se casó. El gusanillo de la tauromaquia continuaba como el primer día. Adrián fue a varias tientas, donde tuvo la oportunidad de dar algunos capotazos, pero no apareció ningún mecenas que se hiciera cargo de él, y allí acabaron sus intentos.

Hace ocho años, el director de una emisora de radio le propuso que sacara adelante un programa taurino. Adrián comenzó a buscar a otros amigos que colaboraran con él. Convenció a Miguel, profesor de Economía, y a Antonio, médico pediatra. Los tres son personas muy diferentes, pero los une una misma afición; el ambiente que se ha creado en el programa es muy grato. Delante de los micrófonos se van abordando diversos temas y no es difícil encontrar el momento de aclarar algún aspecto de la doctrina católica.

A veces, Adrián encuentra apoyo en los invitados que, con su actitud o sus ideas, contribuyen a que la emisión tenga un claro carácter apostólico. Hace unos meses, por ejemplo, grabaron un programa en un hotel, tras una corrida. Subieron a la tribuna al torero y a su banderillero, Alejandro, que había estado magnífico. El banderillero se puso al lado de Adrián y vio un crucifijo sobre la mesa.

—¿Eso qué es? —preguntó.

—Esto es lo que hace que el programa tenga éxito —respondió Adrián.

Alejandro miró a derecha e izquierda y besó, por dos veces, la imagen del Cristo crucificado. Adrián se emocionó pues, a pesar de su timidez, Alejandro habló con mucha garra durante el programa. Al terminar, le dijo a Adrián:

—He estado en muchos programas y ninguno como este.

—Pues ya sabes de dónde viene el éxito —respondió Adrián.

En otra ocasión entrevistaron a Enrique, uno de los mejores toreros, bastante joven y con un futuro prometedor. Sus respuestas fueron ejemplares. Adrián le preguntó si le gustaba viajar.

—Mucho —respondió Enrique—, me encantaría ir a Jerusalén, Belén... .

—¿Y hay alguna personalidad que tengas un especial deseo de conocer?

—A Su Santidad, el Papa Juan Pablo II, porque yo soy católico, y procuro vivir mi fe con coherencia.

A Adrián le maravilló aquella valentía y la falta de respetos humanos; más aún, viniendo de una persona tan joven y que ya ocupa un lugar entre los famosos.

Los toreros suelen ser personas sencillas, con más o menos formación cristiana, pero siempre abiertos a aprender. En multitud de ocasiones Adrián ha visto cómo rezan en las habitaciones de los hoteles, antes de salir al ruedo, delante de una imagen del Señor, de la Virgen o de algún santo.

Los relatos aquí recogidos no son más que una muy reducida muestra de la enorme cantidad de situaciones heroicas que, día a día, suceden desapercibidamente a nuestro alrededor. Muchas de ellas podrían parecer incluso ridículas o sin espectáculo, como la persona que lucha por levantarse puntualmente todos los días, o el chófer de autobús que se esfuerza en sonreír amablemente a cada pasajero que sube. Pero son ellos, esos HÉROES ANÓNIMOS, quienes contagian las ganas de vivir, sembrando paz y alegría en un mundo tan necesitado de estos elementos. Ojalá no nos quedemos atrás.

Notas

[1] SAN JOSEMARÍA, *Surco*, n. 534.

[2] Añado una cita no textual, que tomé sin apuntar su origen. Dice más o menos así: *El Señor se complace en las familias numerosas, hoy más necesarias que nunca. Con la cultura del bienestar material —del egoísmo—, apoyándose en mil sinrazones, se ha organizado la propaganda del miedo a los hijos; el rechazo a la prole que el Señor concede ha cundido en tantos lugares, y de modo más alarmante en los países donde impera el hedonismo: se ha pervertido el orden natural, para dar paso a una apología de los instintos. No quieren recibir las criaturas que Dios les manda, porque no quieren oír hablar de entrega, de sacrificio; ansían una opulencia grande en todo, y carecen de amor; buscan con afán realizarse, pero se hacen estériles a sí mismos. No es raro comprobar que si esos matrimonios llegan a tener algún hijo, este crece al ejemplo y a la medida de su egoísmo.*

[3] *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 188.

[4] COVEY STEPHEN, *Leader in me*, Franklin Covey, 2008.

[5] SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 928.

[6] Práctica tradicional cristiana que consiste en visitar un Santuario de la Virgen y rezar tres partes del Rosario: la parte del día en el Santuario y las otras dos en los trayectos.



© 2012 *by* LUIS NORIEGA

© 2012 *by* EDICIONES RIALP, S.A.,
Alcalá, 290. 28027 Madrid.

www.rialp.com

Fotografía de cubierta: © GiZGRAPHICS – Fotolia.com

Conversión ebook: [MT Color & Diseño, S. L.](#)

ISBN: 978-84-321-4184-3

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir, fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portadilla	2
Introducción	3
1. Tres impactos	5
2. El efecto dominó	6
3. ¿Qué tienen los hombres en la cabeza?	8
4. Donde los demás huyen	11
5. De taxi en taxi	13
6. Buenos días, esperanza	15
7. Mil kilómetros semanales	19
8. Ser policía	21
9. El mejor truco de magia	23
10. En la cárcel	25
11. Cuanto antes, mejor	27
12. Por insistencia popular	28
13. 13 hijos y 51 nietos	29
14. Hay que entrarle...	31
15. Mis cinco hijos y la cuna del nacimiento	32
16. El ejemplo arrastra	34
17. El ejemplo de una sonrisa	35
18. Mercancía de exportación	36
19. Capítulos y dibujos	38
20. Los caminos de la música	40
21. Sobre la arcilla	42
22. ¿Qué pensará Dios de mi sopa?	43
23. Tras un desastre profesional	45
24. Familia en la tele	47
25. Poner amor en todo	49
26. Como los primeros cristianos	50
27. Del mercado al colegio	51

28. Bocanadas de aire	53
29. Tierra y mar	55
30. Al grano	57
31. Junto a la fotocopidora	59
32. Mejorando el ambiente	60
33. Lección inolvidable	61
34. Pensar en los demás rejuvenece	62
35. Con sus mismas armas	65
36. A través del e-mail	66
37. Como mi propia familia	67
38. En el diseño de modas	68
39. La montaña es una aventura	69
40. Familia, trabajo y buen humor	72
41. En el taller de electrónica	74
42. En todos los ambientes	76
43. ¿Totalmente ateo?	78
44. Los funerales de Juan Pablo II	79
45. En la línea de tres puntos	80
46. Eclipses, la radio y un cohete espacial	82
47. Entre moldes y plásticos	84
48. Biblioteca de préstamos	86
49. Encontré a Dios en la universidad	87
50. Es lo mismo, pero no es igual	89
51. Las preocupaciones se quedan en el coche	91
52. Al dejar la política activa	93
53. Cartas al director	95
54. Sembrando entre campesinos	96
55. Solo te tengo a ti	98
56. Vendiendo ilusión	100
57. Más allá de la calidad total	101

58. En la logística	103
59. Bien limpio	106
60. Entre cazuelas	107
61. Una cardióloga cualquiera	109
62. ¡Esos son hombres!	111
63. Una lección inmejorable	112
64. Un repartidor de gas	113
65. Secreto revelado	115
66. Trabajando como... ¡Un buey!	116
67. Echando rollo	117
68. La decisión que no llegaba	118
69. El ejemplo de su esposo	119
70. Cumpliendo con el encargo	120
71. Dos intenciones	121
72. Rematando con éxito la faena	122
Nota del autor	124
Notas	125
Créditos	126